3 1761 09545331 2

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/paginasescogidas00herr

PAGINAS ESCOGIDAS

5653p

Colección de Escritores Americanos
dirigida por Ventura García Calderón

IV

Páginas escogidas

DE

JULIO HERRERA Y REISSIG

con un estudio preliminar de Juan Más y Pí

35-8957
23: 12: 38

CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166.—BARCELONA

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

Advertencia preliminar

En esta selección de *Páginas escogidas* del genial poeta uruguayo, hemos seguido la excelente edición de «poesías completas» (cinco volúmenes) que apareció en Montevideo en 1913. Hemos agregado, al final del libro una admirable página muy poco conocida, el discurso en elogio de Alcides De María. Nos lo remite para esta obra la señora viuda de Herrera y Reissig, admirable Julieta del escritor que ha inspirado sus más gloriosos cantos.

Creemos oportuno encabezar estas páginas con el magistral estudio que publicó en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, un amigo y admirador fraternal del poeta, el malogrado escritor hispano-argentino Juan Más y Pí.

Julio Herrera Reissig

I

El nombre de Julio Herrera y Reissig suena ya en toda América con ecos de triunfo. La muerte le ha consagrado. Ante su tumba se han detenido las incontentadas jaurías del rencor, de la envidia, para ceder lugar a la fama. El blanco mármol que cierra la sepultura es como el anuncio de la clara luz de la justicia, esa que se negó en vida como una amante vergonzosa.

Julio Herrera y Reissig concentró durante largos años toda la odiosidad de la pequeña burguesía de su tierra. Tenía la altivez de los superiores, la independencia de los fuertes, y eso no podía tolerarse en un ambiente donde la clasificación se imponía, donde era necesario abandonar la propia personalidad para embanderarse en un partido, convirtiéndose en un cero más. El Montevideo atrabiliario de los almaceneros al por menor, dividido en *blancos* y *colorados*, había de sentirse ofendido por esa independencia, altanería de un espíritu elevado. Y entonces la jauría tumultuosa se arrojó contra su sombra, ya que más no podía hacer contra quien volaba tan alto.

La vida de Julio Herrera Reissig es una lección y un ejemplo. El doloroso sacrificio que llenó su existencia hasta sus horas últimas, constituye la más admirable de las lecciones y es como un augurio para lo porvenir. Sólo cuando los espíritus de esa clase puedan gozar de plena libertad, viviendo la autonomía de su ensueño propio, sólo entonces estos países podrán decir que viven. Mientras los Julio Herrera y Reissig mueren olvidados en un rincón de la tierra que su verbo enalteciera, no hay derecho a esperar la redención.

Obstinado, valeroso, nació poeta y murió en poesía. Su existencia no supo de placideces burguesas porque no quiso renunciar a su ensueño. Lírico, el más alto de nuestro tiempo y en nuestro idioma, un día, para poder vivir, solicitó un empleo público: sería «inspector de leche» en las calles de Montevideo, como Roberto Burns fuera inspector de cerveza en Escocia. Siempre la cruel imagen del viejo Pegaso uncido al arado, dura imagen gráfica de un siglo *práctico...*

Herrera y Reissig no fué ni quiso ser otra cosa que poeta. Y mal podía serlo en América, aquí donde la vida cotidiana impone su ley, donde nada es en fin y todo es un medio, donde desde la época de la conquista hasta el momento actual América no es más que el continente inesperado, obstáculo imprevisto surgido en el camino hacia las Indias y donde la humanidad, en su loco empeño de conquistar lo venidero, de alcanzar lo lejano—fortuna, dominio,—se acostumbra a estar de paso, como en todos los caminos, donde no se ponen sólidas bases al hogar, donde no hay estabilidad moral ni material para nada, donde todo fluctúa, indeciso, inconsistente, caminos abiertos en ese gran camino de América, locura de los humanos. ¿Y cómo se podrá ser poeta y nada más que poeta en América? Créanse consulados y se conceden legaciones para premiar el mérito intelectual que ha rendido pleito homenaje al poderío de los fuertes. Ser poeta, únicamente poeta, es llamarse Almafuerte, tener alma de misionero, espíritu de cenobita, capaz de encerrarse en una covacha despreciando el mundo; es llamarse Herrera y Reissig y morir lentamente, agobiado bajo

el peso de la más pavorosa indiferencia. Salvador Díaz Mirón ha sido político, gobernador de provincia; Rubén Darío ministro de Nicaragua; Santos Chocano y Leopoldo Díaz y Olavo Bilac, cónsules. Los demás han nacido ricos, o han sido dilettantes del verso, o han cogido con ambas manos la salvadora tabla del periodismo, única y a veces fatal esperanza de los que sienten bullir en su cabeza mundos de ideas. Pero, poetas, nada más que poetas... ¡Oh, triste vida la de esos hombres ingénuos, sencillos en la infantilidad de su bárbaro orgullo, resignados a morir antes de macular la patena de sus ensueños.

A Herrera y Reissig se le negó todo, por odio al soñador, por esa estúpida maldad de los impotentes coaligados contra el hombre libre, capaz de remontarse muy alto, por encima de la podridura de la tierra. Orgulloso, altivo, se negó siempre a solicitar lo que se le debía, lo que obtenían tantos otros, necios audaces, viejos cargados de presunción, cobrando en serenidad espiritual lo que dieran en moneda de elogios al triunfante. El, que no había rendido su pluma en homenaje, que no había claudicado jamás, tampoco quiso pedir; el día en que forzado por las circunstancias se dirigió a un ministro para hacer resaltar la tremenda injusticia, lo hizo en términos dignos de su orgullo.

Y era porque desde su altura sabía muy bien qué clase de odios excitaba, qué rencores despertaba su nombre, en el tremendo abismo abierto entre él y la masa de sus conciudadanos, que no habían de perdonarle jamás ser un tránsfuga de la tradición política de su patria, elevarse por encima del nivel común, resistirse a ser *blanco* o a ser *colorado*, sacudir el viejo yugo político y arrancar de su cuello la golilla partidista con que durante casi un siglo se ha venido marcando en sello de esclavitud moral a las generaciones uruguayas.

Quiso ser poeta y lo fué, bravamente, sinceramente, poniendo su alma en la partida, jugándose la existencia, porque no ignoraba que al fin había de caer vencido por el número y por las necesidades, aplastado por la horda triunmarse Herrera y Reissig y morir lentamente, agobiado bajo

ensueños, que reían de sus quimeras y que al sonar su lira armoniosa volvían la cabeza para escuchar el guitarreo de payadores de frac y corbata blanca, en el monótono lirismo del criollaje triunfante.

Pero, ahora, muerto Herrera y Reissig, se le pueden reconocer sus méritos al regar con lágrimas su tumba, ¡oh! póstumos elogiadores de los que caen, glorificadores de todo aquel que por no ser ya no molesta, ya no estorba! La muerte es la justificación de muchas vidas.

II

Viejo abolengo criollo era el suyo, en esa dinastía de los Herrera que por tanto tiempo mantuvo sobre la tierra uruguaya recia señal de dominio, en la única actividad que entonces y por mucho tiempo fué posible: la de la política. Fueron sus abuelos, don Manuel Herrera y Obes, el gran estadista que tanto hizo por su patria y por la Argentina, y doña Bernabela Martínez, y los bisabuelos don Nicolás Herrera y doña Consolación Obes por línea paterna y don Teodoro Reissig y doña Josefa Galliña, entroncamiento en que funden ramas criollas y ramas de ingerto hispánico su vigorosa y noble savia, que en el poeta habían de florecer maravillosamente.

Julio nació el 9 de Enero de 1875, en una quinta a la entrada del Prado, que todavía existe, vieja propiedad familiar. Malos días corrían entonces para la familia Herrera, tan hondamente identificada con la vida de su patria, y el mismo sol que alumbró al poeta la senda del destierro a su tío Julio. El mismo día el gobierno daba el famoso golpe que había de terminar con la deportación de los más notables elementos intelectuales del Uruguay. La odisea de la barca *Puig* es demasiado conocida para que haya necesidad

de repetirla. Entre los deportados, al lado de los Ramírez, Vedia y Rodríguez Larreta, se hallaba Julio Herrera y Obes, destinado a gran porvenir. En recuerdo del gran luchador, caído entre las garras del feroz adversario, deportado a la Habana, quiso la familia que el recién nacido llevara su mismo nombre.

El futuro autor de «Desolación absurda» llegaba un poco tarde para continuar la tradición de los Herrera, como hace notar César Miranda, «afortunadamente tarde». Y agrega: «La presidencia de su tío Julio le sorprendió en plena niñez y la bancarrota del colectivismo se produjo cuando el poeta alcanzaba recién su media vida, esto es, a los diez y seis o diez y siete años.»

La tradición del nombre pesa mucho y para poderse libertar de ello tuvo que hacer Julio Herrera y Reissig inauditos esfuerzos. Mayores hubieran tenido que ser, indiscutiblemente, si en vez de entrar a la vida cuando el nombre histórico se hundía en la variación natural de los tiempos, llega a hacerlo en pleno auge. Habría sido entonces Herrera y Reissig el político afortunado que en el parentesco y predilección del alto personaje hubiera encontrado francos y abiertos todos los caminos: periodista batallador, especie de hombre de letras, poeta patriótico en ocasiones, en esa terrible facilidad de la épica semi-oficial que parece propiedad exclusiva de los hombres que se calientan al sol de los presupuestos.

De aquellos días de pujanza, últimos fulgores de una luz que iluminó crudamente la vida, no quedó en su alma nada más que el anhelo del lujo, el encantamiento de la belleza, todo lo gozado en las horas inconscientes de la niñez y nunca más obtenido. De aquellos días no conocemos nada; únicamente de la base católica de su instrucción nos habla su paso por el Seminario de Montevideo, donde alguien le recuerda como un niño apocado, tímido, de espíritu encalmado, alma evocativa, retardado en los estudios durante todo el año y desarrollando un admirable esfuerzo en víspera de exámenes, hasta sobrepasar a los discípulos más adelantados.

Alguien nos ha hablado del niño de ojos azules y cabello rubio, «el sobrino del presidente, Julio como él», que los domingos ayudaba a decir misa en la iglesia del Seminario, siendo uno de los que en la hora de la colecta obtenían mayores dádivas de los fieles que llenaban el templo.

Sobre su niñez y pubertad se mantiene la sombra gris de lo común, de lo vulgar. No ha pasado aún el tiempo necesario para que la anécdota florezca. Vivimos demasiado cerca de los días del poeta para que sus menores actos, sus dichos, adquieran el relieve indispensable.

Monótona y triste debía de deslizar su existencia en el Montevideo de aquellos días, donde la pasión política, tan poderosa como siempre, estallaba en agitaciones tempestuosas. El niño pálido y triste, que contemplaba el mundo con la suave expresión de sus ojos azules, debía de sentirse sorprendido por esas agitaciones cada vez que abandonando la calma del colegio llegaba a su casa, se aproximaba al padrino, entonces en la cumbre del poder, y presenciaba la agitación de aquellos espíritus por cuyo interior paseaba su clarividencia de poeta futuro.

La niñez de los poetas está hecha de silencios y de interrogaciones. Cada una de las miradas envuelve una pregunta, mezcla de curiosidad y de angustia, por las cosas que pasan por su lado y que temen llegar a comprender.

Julio Herrera y Reissig, que sintetizaba en su espíritu luminoso toda la actividad errabunda e inconsciente de los Herrera a lo largo de tres generaciones, no podía menos de sentirse inquieto ante ese ambiente de política que parecía especialmente predestinado de todo espíritu juvenil, decidido a conservar la personalidad de su ensueño, que todos los inadaptables a un ambiente inferior, se concentran en sí mismo, se esconden en la caparazón hostil de una rudeza superficial, porque el ensueño tiene también sus grandes habilidades y una de ellas es esta de la simulación, salvaguardándose de ataques en la rudeza de un aislamiento incomprensible.

De aquellos días de su adolescencia no ha llegado a nosotros más que el recuerdo de un aislamiento voluntario, como

si entre las posibilidades que le brindaba el medio familiar a que pertenecía y su propio ensueño, escondiéndose temerosamente tras de una timidez más fingida que real y por esto mismo orgullosamente aisladora.

III

Tendencias literarias en un niño de patricia sangre y noble estirpe acaban siempre en la política, prosaicamente: es el límpido raudal que acaba extinguiéndose en charca pestilente. No así en Herrera y Reissig. Y de ello pudieron formarse idea exacta sus amigos, sus allegados, cuando le vieron insistir por el camino propio que sus manos de adolescente iban abriendo en la cerrada breña de la suspicacia colectiva. No eran caminos trillados donde posar la fácil planta vencedora lo que buscaba el niño de ojos azules y rubios cabellos, sino la majestad, la nobleza altiva de las sendas vírgenes.

Y su estreno en el mundo de las letras se hizo valientemente, con unos versos que luego pretendiera olvidar, pero que vivían por la presentación que de ellos hiciera aquel noble corazón que se llamó Samuel Blixen, presentación que equivalía al recio espaldarazo con que se arma a los noveles caballeros.

«He aquí una valiosa primicia—decía Blixen,—es la revelación de un poeta de veinte años, que lleva sobre sus hombros juveniles el peso de un nombre y de un apellido muy sonados en la historia de este país. Nuestros lectores descubrirán en los versos de Julio Herrera y Reissig que hoy les ofrecemos, muchas y muy valiosas condiciones: frescura de inspiración, espontaneidad admirable, novedad en las ideas. Hay imágenes que sorprenden por lo felices; alguna habrá que suspenda por lo arriesgada. Pero será

peccata minuta perdida en un tesoro de bellezas y muy disculpable en estos tiempos en que los maestros del decadentismo se han impuesto a las inteligencias jóvenes, con su fiebre de originalidad, con sus torturaciones al buen sentido, con sus espasmos pasionales y con lo que podría muy bien llamarse su *epilepsia de la metáfora.* Felizmente, el nuevo escritor, a quien darán hoy nuestros lectores el clásico espaldarazo, consagrándolo noble caballero defensor de la Poesía y de la Hermosura, no necesita para triunfar, de las malas artes que están en boga entre los poetastros malandrines de los tiempos que corren... Bien pronto—depurado su buen gusto en el trato íntimo de los grandes, exaltada su fantasía en la contemplación cariñosa de la Madre Naturaleza,—podrá nuestro poeta llegar, con los ímpetus generosos de su espíritu culto y selecto, a esa región de la gloria refulgente, en que se deleitan siempre las esperanzas y las ambiciones juveniles, anticipándose a la sanción de los críticos y del público, que, en este caso, no puede hacerse esperar.»

Valía la consagración por ser Blixen quien era, pero, más aún, por valer el poeta lo que verdaderamente valía.

«Su entusiasmo por la poesía—dice César Miranda, su compañero de muchas horas y cuyo testimonio hemos de invocar repetidas veces a lo largo de este trabajo (1)—considerado como un mal pasajero por sus parientes y amigos, se ratifica de hora en hora.» Los veinte años florecen en belleza; para la juventud todo es primavera. Y la fuerza emocional del poeta estalla en cantos impetuosos, cantos que desbordan en exaltado lirismo, un poco ingénuo, un tanto a la moda, amanerados en Hugo, en Andrade, en Díaz Mirón. ¿Cómo ha de libertarse de ello un niño que empieza a vivir? ¿Qué naturalidad puede haber en los balbuceos del poeta juvenil cuyo plumaje tiene aún todas las coloraciones de lo ancestral y de lo paterno?

Surgieron entonces aquellos cantos «A España», que le valieron una felicitación de la entonces reina María Cristina

(1) César Miranda - *Herrera y Reissig*, conferencia pronunciada en el club «Juventud Salteña» - 1913.

y «A Castelar» en la hora turbia en que los destinos de España se envolvían en la tonalidad obscura de los grandes desastres y en que no se avistaba ninguna luz indicadora de lo porvenir. La voz de Herrera respondía como un eco a la clamorosa imprecación contra la injusticia de la época. Y vinieron después los cantos «A Lamartine» y «A Guido y Spano», recogido cariñosamente en doble homenaje al autor y al vate argentino en uno de sus libros póstumos.

Son poesías en las que la inspiración suple la técnica; en que el versificador vence con facilidad las dificultades; en que la espontaneidad impulsiva de su alma abierta a todos los vientos de las ideas, se deja arrastrar por el ritmo elocuente de la palabra, saltando con agilidad todos los obstáculos.

El nombre de Herrera y Reissig crece durante ese período. Se le sigue con curiosidad, no por venir de donde viene, sino por saber a dónde va; no en vano pasa el tiempo y de su dinastía tres veces afirmada en la tierra charrúa, él es el único que va quedando. Política es transformación, modificación, mudanza perpetua. Blancos y colorados se agitan en la eterna lucha intestina que desgarra el alma de su pueblo y siembra de cenizas la extensión verdeante de las cuchillas, hinchadas como senos de mujer en perpetua gestación, dulce y generosa madre tierra que no se cansa de parir, reponiendo las bajas de la gesta bárbara. Y la poesía, esa cosa volandera, juego de niños, infantilidad risueña, es lo único que va quedando, lo único que permanece en la estabilidad serena de lo eterno.

Queda, sí, la poesía; queda perdurablemente, en ese volver de un siglo que ha de presenciar tantas evoluciones y presidir tantos cambios. Herrera adquiere personalidad propia; ya no es el niño de veinte años, entusiasta rimador de la primera hora, porque en ese momento gris de la vida de su pueblo, cuando los ciudadanos debaten la eterna quimera del poder, él se encierra en sí mismo, se reconcentra allá en lo alto del viejo caserón que fué un día palacio de glorias mundanas, para observar, para soñar. Sobre la inquietud del Uruguay tumultuoso destaca como de un alto faro la luz de la Torre de los Panoramas.

IV

La «Torre de los Panoramas» fué por mucho tiempo lo que del Uruguay intelectual se conocía en el exterior, porque era lo único verdaderamente vivo. Como de elevado monte, sobre la gris monotonía de la llanura, se avistaban desde ella los resplandores luminosos de la idea; desde allí seguían ojos curiosos y espíritus entusiastas el orto del sol, porque allí no había nada que les obstaculizara la cotidiana maravillosa contemplación.

Y la Torre, como sus ensueños, como sus esperanzas, todo no era más que una ficción... ¡Ni torre, ni panoramas! Andrés Demarchi, otro de los iniciados en el secreto de esa ilusión, describe así la ya legendaria buhardilla:

«¿Qué es la *Torre?* Una deteriorada buhardilla de un tercer piso de la calle Ituzaingó, a dos cuadras del templo inglés. Así se llama la buhardilla: la Torre de los Panoramas... una cueva a la manera de aquellas que escarban bajo tierra los ratones; pero, como en este caso no se trata de ratones sino de poetas, la cueva es aérea, en pleno cielo..., entre nubes... Desde sus ruinosas aberturas se veían largas fajas de mar; un mar inmenso, agitado y quejumbroso en los días invernales; azul como un ensueño, sosegado y pensativo en los largos veranos.

«Por esas aberturas penetraba triunfante el Pampero en los días grises, sin sol y sin alegrías. Allí vivía Julio Herrera y Reissig; allí se reunían los eufonistas y los soñadores. Sus paredes estaban cubiertas de grabados de Gustavo Doré, arrancados de alguna vieja biblia familiar. De allí el nombre. Al pie de cada grabado, un soneto. Doré ilustraba a la Torre y sus eufonistas ilustraban a Doré.»

Sobre la ciudad, dormida en el sopor de su materialismo,

la Torre de los Panoramas flameaba a todos los vientos las banderas de la ilusión. La juventud se concentraba allí con sus nuevos ideales, tan diferentes de los que hasta ese momento habíanse albergado en el alma de los *viejos*.

Los ideales modernísimos que llegaban a América empujados por vientos de Francia, entraban a la Torre y allí encontraban propicio nido a su desarrollo. Era la renovación espiritual que se producía en el ambiente americano, como consecuencia lógica de los adelantos europeos. En Buenos Aires era la acción directa de Rubén Darío, viajero infatigable, hombre que había vivido al habla con las mentalidades más puras de su tiempo. En Montevideo era el esfuerzo tenaz y valeroso de un grupo de muchachos de buena voluntad, decididos a no cejar en la admirable empresa.

Contra las tendencias de su tiempo oponían las audacias parisinas, aceptaban la renovación inspirada en los primitivos, cambiaban gustosos la serenidad fría y monótona del *Tabaré* por la angustiosa sinceridad todo muecas de una *Complainte* del también montevideano Laforgue. En manos de esos adolescentes la poética sufría una modificación substancialmente renovadora.

Julio Herrera y Reissig era el corifeo del grupo tumultuoso, allá, en el altillo bullente de ideas, que a veces tomaban la forma de piedras y caían estrepitosamente sobre el tejado de los vecinos en literatura.

Fué aquella una pequeña guerra literaria, en la que los combatientes se sucedían y sólo permanecía el jefe nato de la temible empresa, el fuerte y valeroso Herrera y Reissig, obstinado en sus ensueños, lleno de fe, esperando siempre...

Era el único que no sentía fatiga de su esfuerzo, prodigándose en exaltaciones líricas, en vibrantes ensueños poéticos y encontrando tiempo, en medio de toda esa vana agitación, para inmiscuirse—el nombre obliga,—en cuestiones políticas, tratadas por él con soberano desprecio, desde la altura de su aislamiento. En la «Vida Moderna» que publicaba

Montero Bustamante, apareció en Septiembre de 1902 su «Epílogo wagneriano a la política de fusión, con surtidos de psicología sobre el Imperio de Zapicón». De entonces es también una violenta polémica en la que intervinieron César Miranda, Pérez Petit, Leopoldo Lugones y otros muchos, debatiendo concretos puntos de estética. A ella puso término Herrera y Reissig con el siguiente

«DECRETO

»Abomino la promiscuidad de catálogo. ¡Sólo y conmigo mismo! Proclamo la inmunidad literaria de mi persona.

»*Ego sum imperator*. Me incomoda que ciertos peluqueros de la crítica me hagan la barba...

»¡Dejad en paz a los Dioses!

YO, JULIO.»

«Torre de los Panoramas».

Toda la violenta agresividad de aquel período está en esas cortas líneas, en las que aparece su espíritu inquieto, renovador, lleno de cosas nuevas.

De entonces es el retrato que nos ha trazado César Miranda en su admirable conferencia del Salto, «con su americana negra, su plastrón de faya, su sombrero blando y sus guantes grises..., efusivo, torrentoso y siempre jovial, en los labios el cigarrillo de legítima fabricación casera..., trepando por los montículos de Ramírez, por inverosímiles planos inclinados, sirviéndose del bastón como de un báculo..., sencillo, casi infantil, con su sonrisa de niño enfermo y sus ojos en éxtasis...»

En lentas divagaciones o en violentos estallidos, su obra se hacía con pasmosa regularidad. Los sonetos se sucedían, intensificando la emoción poética; largos estudios llegaban, anunciando el reposo de la madurez, la obra meditada y serena de la hora máxima.

En 1905 Herrera y Reissig tuvo el ensueño de la correspondencia sentimental. Fué entonces cuando un empleo brindado en las oficinas del Censo de Buenos Aires le retuvo algunos meses lejos de su vivir habitual, meses que desbordan en largas cartas íntimas que componen el epistolario de amor más admirable que se ha escrito. Herrera sentía la necesidad de apresurarse; vivía ya en el galope exasperado de los que teniendo un ideal en la vida temen la posibilidad de su pérdida.

A Herrera y Reissig, pese al nombre, se le negaba todo apoyo, todo auxilio. Por un momento tuvo la esperanza de ser nombrado cónsul en La Plata, cuando cierto incidente lamentable impidió que fuese allí Roberto de las Carreras. Fué la primera vez que Herrera suscribió una solicitud. Y había de ser la única.

La carta escrita a don Antonio Bachini, ministro entonces de relaciones exteriores, merece recordarse como expresión de un temperamento:

«La ocasión la pintan calva y juzgo que sería del caso demostrarme en un acto que por todos lados me satisfacería, la confianza y la buena voluntad de V. E. y del señor Presidente, ya anticipadas en generosas promesas, y en conceptos de sincera amistad. Se dice que acuden por centenares los postulantes y hasta que existe el candidato seguro por parte de V. E. y del señor Presidente. En todo caso, yo que no he querido incomodar personalmente al señor Bachini y que desearía no se me confundiera con los tantos *cuantitativos,* acudo a la alta magnanimidad y luminoso criterio selectivo del señor Ministro, con todos mis escasos méritos... políticos y con la frente bien ancha y bien limpia, por si juzgare la hora digna de mis aspiraciones. No sé qué me dice el corazón de obscuro y negativo como la sentencia infernal del Dante, pero, conste en el peor de los fracasos, que a mí no me han hecho, sino que *soy;* que es más lo que merezco, que lo que he pedido, y que siempre daré más de lo que se me ha dado.

»Mi ilustre amigo el señor Bachini, en caso de serle grato, podría valientemente hacer valer mi nombre y mis pala-

bras al señor Williman y tal vez algún día se me hiciera justicia y el país fuera digno de Julio Herrera y Reissig.

»Sin otro motivo, lo saluda hasta la historia.—J. H. y R.»

La impertinencia de este recordatorio hubo de exaltar sin duda al ministro. Otro fué nombrado en vez de Herrera. Y éste volvió a encerrarse en la tranquila calma de su hogar, dispuesto a vivir su vida de poeta.

La labor prosigue, obstinada, heroicamente. Su nombre sólo aparece en «El Diario Español» de Buenos Aires, única publicación que recoge sus versos y no teme la estridencia de sus prosas.

El espíritu del poeta se va serenando. La tranquilidad del hogar recién formado se comunica a su obra. Esta se halla ya madura para los hombres de su tiempo...

V

¡La obra de Herrera y Reissig! Jardín encantado de flores raras, donde el Hada Poesía ha prodigado los más excelsos de sus colores, será siempre el encanto y la gloria de los poetas, paraíso de los artistas de verdad, donde el espíritu se complacerá en hacer sentir la supremacia de sus destinos. La obra de Herrera y Reissig, eminentemente lírica, intelectual bajo todo aspecto, única en América, es también excepcional en nuestro idioma, donde la poesía se mantiene aún bajo la férula de los academicismos dominantes. Lírica en extremo, posee el vigor del ala y el impulso de la sangre; ha sabido elevarse siempre muy al ras de la mediocridad triunfante; ha flotado por encima de las bajas miserias cotidianas. Rebelde a toda ley, ha ido por lo alto, obligando a extrañas contorsiones a los semaforistas encargados de controlar su vuelo. Y estos apre-

ciables señores, críticos desde abajo, han concluído con un voto de censura. Recordemos que los altos edificios y las montañas y las aves y los aeroplanos, fotografiados desde abajo, dan una imagen singularmente ridícula. La crítica, que es la fotografía del espíritu, reclama también la ley del nivel.

La obra de Herrera y Reissig ha sido mal interpretada hasta por aquellos que más cerca estaban de su espíritu. El mismo Rubén Darío, colmándole de elogios en su conferencia de Montevideo, habló de la morfina; Soiza Reilly habló también de su gran pecado de los paraísos artificiales; otros insistieron en ver en gran parte de la obra admirable del poeta insigne un fermento de locura, producto de anormalidad. Es lamentable.

Entre tanto, oigamos a César Miranda, su camarada de todas las horas, fiel hasta la muerte «ed ultram»:

«Puedo afirmar de un modo categórico que Julio Herrera y Reissig no buscó nunca en la morfina un estimulante para su labor literaria. Sus poemas más extraños y sibilinos son un producto exclusivo de su propia naturaleza poética, de su cenestesia de soñador, de su numen inspirado y genial; ellos traducen también lo que podríamos llamar la parte obscura de su vida luminosa, sus desazones sentimentales, la inflexible saeta de la desgracia que se confunde punto a punto con la trayectoria que le tocó recorrer, su eterno oscilar sobre el círculo de la muerte, poco más amplio que el círculo de la vida.»

Formada la leyenda, a la cual contribuyeron muchos de los que más honestamente debieran haber cuidado su reputación en vida, su memoria cuando muerto, difícil se hace reaccionar contra ella. No hace mucho alguien nos hablaba de su obra, como de algo perfecta y sencillamente divisible: a un lado lo *normal*, a otro lo *anormal*. El crítico no quiso explicar su tesis, no nos dió la clave de esa división, porque sin llegar al extremo de preguntarle qué se puede entender en términos generales, por *anormalidad* en la poesía, podríamos interrogarle sobre qué entiende él por *anormal* en la obra de Herrera y Reissig. ¿Qué hay de anormal, de loco, de ex-

traño y delirante en su obra? ¿Sus *Poemas violetas* acaso? ¿Serán sus *Sonetos vascos?* ¿Sus *Extasis de las montañas?* ¿Sus *Parques abandonados?*

Analizando su vasta labor, título a título y composición por composición, nada aparece en ella de anormal, de loco, de delirante. Y tomando el conjunto maravilloso de su obra, todo aparece equilibrado, sereno, en la serenidad augusta de la sinceridad.

Existe una *Desolacion absurda,* hay ciertos *Poemas oblícuos,* pueden encontrarse composiciones de un hermetismo extraordinario; pero ¿acaso no puede tener el poeta la libertad de su pensamiento propio?

Donde se ha dicho *anormalidad,* debemos leer *libertad;* donde se ha escrito *locura,* debemos poner *innovación,* esto es, ansia de caminos nuevos, horror a lo trillado, dignidad de poeta que pugna por encontrar una senda virgen por en medio de la maleza y que al hallarla sigue por ella, sin saber a dónde va, ignorando si al fin del camino se encuentra la placidez de un claro donde brilla el sol y perfuman las flores o la sombría oquedad de una cueva o el corte insalvable de un abismo. Lo esencial, lo dignificador, es la sorpresa del camino nuevo, el encanto de la metáfora encontrada al volver los recodos de la idea, la emoción de las sensaciones originales...

¡Obscuridad maravillosa de los poemas de Herrera y Reissig! El mismo nos rogó no enfadarnos contra «lo obscuro en la poesía», agregando que «en el verso culto las palabras tienen dos almas: una de armonía y otra ideológica» y concluye: «De su combinación que modula un ritmo doble, fluye un residuo emocional: vaho extraño del sonido, eco último de la mente, cauda rareiforme y estela fosfórica, perisprit de la literatura, equis del temperamento y del estado psíquico, que cada cual resuelve a su modo y que muchos ni perciben.»

La crítica se ha lanzado en cada uno de sus estudios contra el poeta que la negaba derechos. Porque esa interpretación era una negación. La libertad del artista, su fuga desesperada de todas las cárceles de la idea, no es más que el des-

conocimiento de los derechos afirmados por la crítica, advenediza enriquecida.

Y en esa comprensión de su libertad, en ese amplísimo derecho del creador sobre los intérpretes, Julio Herrera y Reissig ponía su alma toda, exigiendo algo más que respeto y algo menos que admiración. Orgullosamente, altivamente, decía al final de uno de sus estudios:

«Yo siento a mi manera lo que cada uno siente a la suya. Hay quien tiene doble vista. Para el ciego siempre es noche. ¡Piafe el imbécil en su impotencia!»

VI

La obra de Julio Herrera y Reissig, complicada en grandes giros intelectuales que a veces le obligaban a insistir sobre un tema tratado años atrás, no puede ser vista en el detallismo de una cronología, porque su espíritu no señaló jamás la vacilación de adelantos ni de retrocesos. Todo en él fué completo, como si su trayectoria no fuese más que un gran giro sobre sí mismo, o como si esa trayectoria fuese tan grande, tan vasta y desmesuradamente grande, que a nuestra vista de pequeños mortales no pudiese ser apreciada en su maravillosa infinitud. Tal el astro centro de nuestro sistema planetario, inmóvil con relación a éste, pero girando a su vez en armónico conjunto, dentro de lo infinito de los demás sistemas.

Todo en Herrera y Reissig fué completo, definitivo. La misma maestría en 1900 al publicar sus *Pascuas del tiempo*, que en 1910 al escribir sus últimos poemas. No hubo en él un adelanto, porque desde el momento en que se sintió poeta gozó la plenitud de su genio. Tendremos, pues, que considerar la obra poética de Herrera y Reissig en su singular conjunto, libertándonos por un momento de toda severidad es-

colástica, libres de toda tendencia, gozando la plenitud de esa independencia que tan cara costó al poeta.

Pero, antes, salvando una deficiencia de sus Obras Completas, no creemos inútil trazar en una breve síntesis cronológica la marcha del poeta señalada por sus trabajos:

1900.—Pascuas del Tiempo.
Aguas del Aqueronte (poemas).
Traducciones en verso.
1902.—Los maitines de la noche.
Las manzanas de Amarylis.
1903.—La vida.
Conferencias.
1904.—Los éxtasis de la montaña.
1905-1909.—El alma del poeta (Epistolario).
1906.—Poemas violetas.
Sonetos vascos.
Opalos.
1907.—Atomos.
El renacimiento en España (Prosa).
1908.—Los parques abandonados.
El círculo de la muerte (Prosa).
La sombra (Teatro).
1909.—Ensayos sociológicos.
1910.—Los éxtasis de la montaña (II.ª serie)
Los pianos crepusculares.
Clépsidras.

Tal es el conjunto de la obra que compilada en unos pocos volúmenes está en curso de publicación y que mostrará en épocas venideras la honda intensidad alcanzada por la poesía en el Río de la Plata, gracias a los esfuerzos maravillosos de un muchacho genial que en la concentración de su espíritu supo encontrar los tan anhelados «caminos nuevos» con que sueñan eternamente los poetas.

Citar sus obras cronológicamente, si bien es inútil, como ya hemos indicado, para el estudio de la labor en sí, no deja

de tener su interés para determinar la ubicación del poeta en el medio en que le tocó actuar. Señalando la fecha en que sus obras fueron saliendo a luz, podemos ver así mismo en qué forma influyó Herrera y Reissig en su tiempo. Su manera tan especial del soneto, que ya en 1901 alcanzaba la plenitud de su forma, habremos de encontrarla después en muchos de los «Crepúsculos del Jardín» que dieron fama a Leopoldo Lugones. Esto demuestra que el innovador montevideano, desde la cumbre solitaria de su torre de los Panoramas, influía directa y decisivamente sobre la mentalidad circundante. Se le aceptaba ya como uno de los jóvenes maestros de la literatura americana y había para él sino el respeto proclamado, la consideración tácita que consistía a veces en seguir sus procedimientos.

La obra de Herrera y Reissig, fragmentaria en su lirismo, adquiere raro vigor, consistencia inesperada de cosa maciza, cuando se la contempla como podemos contemplarla nosotros ahora. Así, a la distancia, en la fatalidad de la muerte, su obra aparece compacta, unificada en el tiempo, con igual valor la que produjo en sus últimos días como la que en la hora entusiasta del comienzo fulguraba luminosamente. Ya no hay distinciones posibles. La cronología pierde su interés, desaparece en su propia inanidad y sólo subsiste en su conjunto maravilloso, como estatua purísima vivificada en la suprema idealidad de un ensueño, la armonía suprema de esa obra toda luz, surgida para dignificar el ambiente poético de América de insubstanciales chabacanerías.

* * *

El temperamento poético de Herrera y Reissig, exacerbado en la lucha a que le obligaba la hostilidad del medio, ascendió hasta rayar en los límites de lo enfermizo. Su gran sensibilidad, afectada por la inquietud espiritual, había de llevarle a extremos peligrosos de innovaciones, sin tener en cuenta que cada una de esas exageraciones, surgidas al calor

de la lucha, formaban en él parte integrante de su sér, hasta caracterizar definitivamente su situación en el mundo del arte.

Cuando Julio Herrera y Reissig comenzó a escribir sus admirables sonetos en que algo extraño aparecía, como una luz maravillosa que anunciara la esplendidez de los nuevos horizontes, el público uruguayo vivía entregado a la dulce recordación de una literatura muy apacible y muy mediana. Las innovaciones adquirieron el carácter de una verdadera revolución espiritual. Los poemas abstrusos de cierto momento de su musa, eran leídos con la suficiencia de los que ponían la suma de toda inspiración en los versos de *Tabaré*. Los otros, las ingénuas y sencillas pastorales, vertidas en molde clásico, eran tenidas por cosa de juego. Y así al poeta la incomprensión ambiente se obstinada en negarle toda cualidad, cerrándole todos los caminos.

Desorientaba a las gentes esa doble manera de ser: a un lado el poeta sencillo y fácil que en la corrección del viejo molde vertía noblemente sus ideas de belleza y a otro el torturado soñador de las cosas más vagas, lejanas e imposibles, discípulo de Baudelaire, de Poe, de Schopenhauer, de Nietzsche. Y esto era lo que desorientaba a los lectores de su lugar y de su tiempo, esa amalgama, esa confusión extraña, porque el simplismo del público reclama simplicidades espirituales y gusta de la línea recta que le brinda la facilidad extrema de un camino fácil.

Herrera y Reissig, nacido a la vida espiritual en momentos en que sus hermanos mayores, los Rodó, los Reyles, los Pérez Petit, habían librado ya su buen combate contra la mediocridad imperante, estableciendo el ensueño dignificador de los horizontes nuevos, retempló su espíritu en el estudio, ese estudio un poco desordenado y tumultuoso de los que no someten su curiosidad a la regla de un método. Por eso sus trabajos en prosa desbordan de citas, de alusiones, de reflejos. Leyendo sus estudios puede pensarse a veces en Víctor Hugo, por el amor a la antítesis, por la violencia de los contrastes en luz y sombra. Lector infatigable, sabe descubrir las ocultas semejanzas, los parentescos, las fi-

liaciones insospechadas. Y su estilo, en la confusión de las imágenes, tiene el atropello de lo juvenil, es como un galope de potros salvajes en la inmensidad de la pampa, bajo el gran silencio de la noche, levantando eco de truenos en todos los confines del horizonte.

Europeizante, puso en su obra todo el caudal maravilloso de sus conocimientos literarios y científicos. Sus estudios, sus poemas, que pueden ser americanos por el gran soplo de renovación característico que surge de ellos, son eminentemente europeos por la afinidad intelectual, por el alma superior que les vivifica. Hijo de una civilización bebida en la fuente de sus imaginaciones delirantes, rechazaba la sencillez materializada del ambiente americano, delirando por todos los ensueños de una existencia superior que era Grecia, Roma, Renacimiento, Siglo de Oro, París... Vivía en todas las épocas a través de la bruma de su ensueño y lo mismo dialogaba con Gautier en largas divagaciones románticas, que soñaba con Virgilio. No era el poeta de un tiempo, porque en su espíritu los concentraba todos, síntesis, resúmen de poesía.

Por esto la incomprensión rioplatense tuvo para él la palabra definitiva, de moda entonces: «Decadente». Y la crítica, simbolizada en el señor *Zeda* y la Universidad en el señor Unamuno, le dirigieron, respectivamente, terribles palabras de censura. Tenía que ser así. No era posible la comprensión por parte de esa trilogía vulgarísima Público, Crítica, Academia, resumen de todo lo constituído, de todo lo que a través de tiempo y edades va acumulando ideas hechas, frases corrientes, sensaciones epidérmicas. Requerir de esa trinidad que ahonde un poco, que investigue, que analice, es exigir lo imposible. Por ello, ante la obra del Poeta que no presentaba la facilidad de la línea recta, que era tortuoso como la vida, delirante como el pesimismo, que aceptaba toda una herencia milenaria para completar y definir su pensamiento en una época de transición, esas tres entidades, sintetizadas en una sola, como el rey Midas de largas orejas peludas y manos que todo lo truecan en materialidad baja, no podían tener más que un sistema: la ironía, la burla,

productos de la incomprensión. Y el nuevo Midas, ante esa obra que resistía a la trasmutación, gritaba a la sombra de sus ovejas: ¡Decadente!

Se discutía en aquellos días la decadencia, porque Max Nordau así lo había dispuesto, ese Max Nordau a quien todavía se consideraba como un crítico en su rebusca de miserias espirituales. ¿No dijo Symons que «lo que significa decadencia en literatura es esa sabia corrupción del lenguaje, por la cual el estilo deja de ser orgánico y llega a ser, persiguiendo tal forma de expresión, deliberadamente normal?» ¿No sostuvo Remy de Gourmont los derechos de la llamada «decadencia» como elemento de toda renovación ascendente?

Max Nordau calificaba de *decadencia* toda la literatura moderna, sin respetar nada ni a nadie. Y era fácil a la pequeña crítica de nuestro ambiente de cotizaciones y de negocios aceptar fórmulas y recetas, vistiendo las ideas en un gran almacén de ropas hechas.

Decadente por las ideas, que las libertan de singular y oprobiosa esclavitud; *decadente* por la forma que vive, palpita y bulle, en vez de ser la esclava muerta de una retórica malsana. Julio Herrera y Reissig fué por algún tiempo el tipo del escritor *decadente* en nuestro medio donde triunfaba lo bajo, lo chato, lo vulgar, el periodismo llevado al libro y lo cursi llevado al periódico. Y esa decadencia, como todas las que han aparecido en el mundo intelectual, era renovación, era ampliación de horizontes.

No hay más que ver cómo se presentaban los escritores nuevos antes de Herrera y Reissig, cómo se presentaron después de él. La tosquedad primitiva de otrora se ha cambiado en elegancia; la sencillez ha asumido caracteres de complicación, esa buena complicación que surge del conocimiento, del estudio, del trato con los maestros de todos los tiempos.

Herrera y Reissig ha sido en las letras del Río de la Plata como una gran piedra miliaria, como un hito en pleno descampado o en la cumbre casi inaccesible de una montaña, diciendo que algo empieza porque allí mismo algo acaba.

Con él comenzó un nuevo período literario en nuestra América, diciendo que a la espontaneidad de nuestros poetas, más o menos payadores, debía suceder el estudio que es la civilización.

* * *

Las enormes, inmensas dificultades con que tropieza el autor americano para la publicación de sus obras, víctima de una conjuración de intereses creados, postergaron la exteriorización de sus grandes méritos. La primera obra *Los peregrinos de piedra,* fué, por ley del destino, un homenaje a su memoria y en la última página manos ungidas en óleo de amistad hubieron de grabar el elogio póstumo. La vida, amante ingrata, se negó a los besos del soñador y éste tuvo el primer resplandor de la gloria cuando su frente yerta ya no podía saber de su color y de su luz.

Y esa obra, modesta en apariencia, bien oculta bajo la serenidad vulgar de la eterna cubierta amarilla, imitación del libro francés con que Herrera se libertaba del lujo escandaloso y fácil en que tan frecuentemente incurren los artistas americanos, exageradores de lo externo, vanidosos de la materia allí donde sólo debe imperar el espíritu, esa obra habría alcanzado mayor éxito si él hubiera estado allí para recibir los homenajes y defenderse lealmente de absurdos y encubiertos ataques.

Hay en todas las páginas de ese libro que la fraternal simpatía de Blanes Viales ha decorado con la silueta del soñador en violácea visión de lejanía crepuscular, todas las cualidades para el triunfo. *Los éxtasis de la montaña, Los parques abandonados,* he aquí la parte más saneada, más pura de su labor poética. El poeta, que era también habilísimo estratega del pensamiento, había buscado con genialidad mal intencionada la curva que despista. Los sonetos de esas par-

tes de su obra eran el primer paso, moderado en lentitudes graves, de su poética arbitraria, aceptado el cual no había más remedio que seguir, prolongando a lo infinito el ensueño del artista.

Desgraciadamente, la *manera* en que esos sonetos habían sido concebidos, era, pese a su invención propia, un poco anticuada, en esa rapidez de las modas del pensamiento, aquí donde el pensamiento no se ha consolidado aún en algo definitivo. *Anticuada*, decimos, porque otros se habían apoderado de esa manera de concebir el soneto, libertándolo de su férrea armazón asfixiadora.

La desgracia de un retardo involuntario—conjuración del ambiente, combate agresivo de las fuerzas enemigas,—impidió todo el éxito debido a su obra. Y así hasta sus mismos *Extasis de la montaña*, cuando aparecieron en el volúmen póstumo, a fines de 1910, bien que todos fueran de 1904, tenían un raro sabor de cosa vieja. ¡Ah, la lentitud lamentable del poeta falto de recursos para dar al público lo que al público destina, malgastando su ingenio en la fragilidad del periodismo, entregando su obra al abismo sin fondo de la hoja impresa! Equivale a luchar con las sombras, a batallar a tajos y mandobles con la niebla...

Al analizar sus trabajos sólo unos cuantos podrían establecer la verdad, muy pocos serán los que podrán decir cómo y cuándo el poeta fué construyendo su labor y de qué manera, abandonada en medio de la vida como ciclopea montaña inoculiable, otros fueron a ella como a inmensa cantera de ensueños, para extraer las bellas imágenes, toda la riqueza poética de que se habían de vanagloriar mientras la sombra de la muerte caía con pesadez de plomo.

Llegará el momento en que se pueda decir en qué forma influyó Herrera y Reissig en la marcha de la literatura americana. Entonces se verá cuán grande fué el esfuerzo de ese muchacho lleno de genialidades, que en grandes rasgos de visión infinita descubría toda la brillante perspectiva de horizontes ni siquiera soñados. Fué el *pionner*, el audaz aventurero que se lanza por los caminos nuevos, de cuya finalidad ríen los *hombres* prácticos, que, entretanto, aprovechan

de esa audacia para ir cosechando los frutos de oro que se encuentran en la brecha abierta por el ajeno empuje, en la hosca montaña que su parsimoniosidad jamás habría logrado escalar.

Y habrá de rendirse toda la justicia debida a este hombre que pasó por la vida un sueño, que amó mucho, que se entregó por entero en cada una de sus ilusiones y que no cayó nunca en el cabotinismo fácil, ni en la austeridad, ridícula a los treinta años, cuando la vida pide triunfos y los triunfos requieren audacia...

Julio Herrera y Reissig habrá de ser considerado en la vida literaria de nuestro idioma como el más puro de todos los líricos, restableciéndose el norte perdido por la brújula de la crítica en ese confuso maremágnum donde cien orientaciones pugnan afanosamente para orientar hacia sí la aguja, temblorosa y vacilante... Entonces se podrá determinar el verdadero valor de ese poeta extraño que pasó por la vida como en un gran sueño, que tuvo la altanería de su juventud y que aceptando toda una gloriosa tradición milenaria, bregaba para dar a la mente americana una poética nueva, en la que, como en su vida material, se mostraran todas las tendencias, fecundadas por una gran virtud propia, pura y exclusivamente americana.

Su amor al exotismo es propio del alma de América, como lo es su prurito imitativo, su ansia de renovación, su combatividad. Y todo hacía esperar que aquietado el torbellino, calmado el torrente, pacificadas las aguas revueltas, éstas, en la paz de su límpido cristal, sobre el fondo clarificado por la tortura, el cielo de América se habría reflejado y el Río de la Plata habría tenido su gran poeta.

VII

La palabra tenía en Herrera y Reissig el más fiel, el más noble de los cultivadores. ¡Ah, la Palabra! Era preciso devolver al más puro de los elementos de evocación artística

toda la sensibilidad perdida en manos de traficantes de baja estofa. El Color, la Línea, el Sonido, la Forma, ¿qué vale todo eso ante la vibratilidad del Verbo, que es como Dios mismo?

Herrera tenía el culto supremo de la Palabra; creía en ella, vivía en ella. Cuidaba su jardín de exotismo sólo para que en él floreciera la magnificencia de la palabra, no por el estrecho criterio aburguesado a lo Flaubert de «la impresión exacta», sentir de avaro y egoísta, sino por el entusiasmo artístico de una prodigalidad de que únicamente son capaces los locos, los enamorados y los artistas: afán de belleza que vuelca sobre el mundo los tesoros más maravillosos sin reflexión ni cálculo.

Sus exaltaciones no eran producto de la vacilación, como alguien ha supuesto. Sus comparaciones, de un lirismo desbordante, no eran el resultado de una debilidad mental, como en tantos otros, sino una consecuencia de su enamoramiento; no eran divagación, sino entusiasmo. No es énfasis calderoniano, pasión que bulle en sangre y atropella en tumulto; no la discordancia de una verborrea pasional, sino el himno reposado de un gran amor.

Y es entonces cuando dice:

«El verbo es gesto, escultura, brillo, cuartel de nobleza, friso o ánfora de onix. Tal como en Gautier, es medalla pompeyana de esmalte plutónico, y en Leconte grupa de sirena sobre un humo de oro, en un bajo relieve de Eginio. El Verbo es todo: magnífica perspectiva, vértice en que culminan los ángulos del pensamiento. El Verbo es el cetro de la frase, el ademán del ingenio, el nudo de la Vida, de la Forma, la clave victoriosa de la literatura. Es lo más difícil y lo más esencial. Es el «mate» del ajedrez en un juego elegante, rápido y seguro, de movimientos que sean ideas y de ideas que sean sonidos. Es también la gracia, porque es la línea».

Es preciso leer aquella introducción maravillosa, vasta como una inmensa perspectiva a todas las ideas de la humanidad, puesta por el poeta al libro «Placideces y púrpuras», de Carlos López Rocha. Cuando Herrera y Reissig

traza los lineamientos de ese prólogo, parece rasgar con su pluma mojada en tinta de eternidad el velo que cubre todas las épocas. Por sus páginas desfila en caravana inmensa todo lo infinito del Ensueño. Es la orquestación más formidable de palabras en belleza que se ha escrito nunca. Son páginas que deben leerse con el alma vuelta a Dios, como al escuchar la consagración del Santo Grial, en el poema wagneriano. Nunca la Palabra ha tenido estilización más acabada. Herrera culmina en esas páginas la altura de su propio genio.

Véase este desborde de poesía en que el poeta, elevado en alas de su propia inspiración, remonta por encima de veinte siglos de belleza para determinar el espacio ocupado cerca de su corazón por un poeta menor:

«Todos los poetas tienen un símbolo.

El Genio se emblematiza en una forma litúrgica de su naturaleza interior: diosa, objeto, monstruo, animal. En sus cuarteles significativos un mito sueña, canta, conmueve, se remonta, presagia, delira, aulla, divierte, peca, escupe, corroe, repugna, suicídase, envenena, sulfura, chapotea, se retuerce, explota, horroriza, espeluzna. Todos los verbos. Todas las virtudes. Todos los Pecados.

Cisnes para Santa Teresa, Lamartine, Petrarca.

Palomas: David, Geremías, Ossian, Racine, Zorrilla.

Ruiseñores: Kali-dasa, Tíbulo, Cátulo, Enrique Heine.

Mariposas: colibríes: Beaumarchais, Ronsard, Cetina, Manrique.

Aguilas: albatraces: Dante, Goethe, Víctor Hugo (1).

Cigarras para los Teócrito.

Abejas para los Anacreonte.

Cantáridas para los Antipáter, para los Horacio, para los Swimburne, para los Wilde.

Lucrecio es un macho cabrío.

Píndaro es un león.

Buitres para los Esquilo.

(1) Hugo es también un pulpo.

Quevedo, Bocaccio, Hamilton, Moore, Pulci, Saint Evremond, son pájaros burlones.

Góngora: un camello de dos jorobas.

Sirenas para los Safo (1).

Virgilio es un cordero. Mallarmé una Esfinge. Ibsen un oso blanco. Hafitz un corcel árabe, Byron es una serpiente (2). Ovidio, Alfredo de Musset: pelícanos que se desgarran. Voltaire es un mono. Rabelais es un cerdo. Rousseau un oso contemplativo. Balzac un elefante sabio. Gautier es un camaleón. Richepin un guanaco.

Oropéndolas; aves del paraíso para los Goncourt.

Golondrinas para el pobre Becquer.

Anatole France es un ibis.

Leconte de l'Isle un Centauro erudito. Poe es un cuervo. Verlaine un fauno. Maeterlink una cigüeña. Leon Bloi es un escorpión.

¿Y Fénix? Pues, D'Annunzio.

Gatos, demonios, buitres, tarántulas, para Rachilde, Huysmans, Baudelaire y Hautman.

Buhos, vampiros, chacales, hienas, dragones, endriagos, bestias de pesadilla, para Ezechiel, Amós, Daniel, Jonathás, Elías, Mathatías, San Juan de Patmos.

Job es un perro sarnoso.

Shakespeare, Homero: Toda la fauna. Toda la flora. Toda la poesía. Todos los elementos.

. . . . . .

A López Rocha la Luna.

La luna, desposada del sueño, ave blanca de la Inmortalidad, ave platónica y muda, pan eucarístico de los poetas, Espíritu Santo de los elegidos, musa simbólica de los creyentes, que cambia de forma y es siempre la luna, que se rejuvenece y adelgaza y muere y resucita, prodigio pálido, maravilla insomne, fénix de sonambulismo que sobrevive a su casta ceniza, en substancia y en espectro de ópalo, y

(1) Safo es también un hombre.

(2) Porque es bello, erótico, fascinante, maldito.

aparece transfigurada en la noche, sobre la muerte y el infinito silencio de las cosas, como la resurrección de la vida después del sepulcro...

La luna, metempsicósica, Esfinge Uránica, Helena voluble, Leonor imposible, Loreley demente, pintora de locos y de metafísicos.

La luna que sólo se entrega a sus Endimiones a través del éter, en miradas y en sonrisas cándidas. La luna aérea, fría, inaccesible, remota, alucinante, en éxtasis, Narciso del mundo, Dulcinea de los elementos, Amazona de las tempestades. Fredegunda inviolada por la que se hincha de idealismo el corazón del mar y revienta en aneurismas de espuma, desmayando un beso.

La luna, opiosa, inverosímil, superstancial, transformista macábrico, histérica religiosa, «peri-sprit» taciturno de un Cosmos, lívida medium, Santa Teresa de un astral Jesús.

La luna Spirita...

La luna Maya del sol en su velo de perlas.

La luna Pari-wanú.

Princesa Blanca Nieves.

Mademoiselle Utopia...

La luna: ¡quién sabe! ¡no puedo!

¡Ay! ¡si le veré! ¡no olvides!

La luna que es el reflejo del día como la Belleza, para el Salomón del Pórtico es el reflejo de Dios.»

Y así, al escribir en prosa, libre de la inquietud fatal de la medida y de la rima, Herrera y Reissig, músico del verbo, juega con las palabras, juglariza ideas, malabariza ritmos evocados al calor de un gran ensueño.

Podéis hallar extrañas, archi-sutiles y complicadas sus ideaciones; pero, allí donde el poeta ha impuesto su sello vive la belleza y os habrá de retener, fatalmente, inexorablemente, por eso... porque es bello, porque la esencia de la poesía que es fuerza de vida ha quedado impresa en definitiva, para siempre.

Herrera y Reissig, gran sacerdote de la Palabra, oficiante magno del Verbo, se impone así en la general incomprensión de su medio y de su tiempo, glorificando por el propio

esfuerzo, que dignifica aun a los ojos mismos de aquellos que no comprenden, como no podían comprender las fieras dominadas por la armonía extraceleste de la lira de Orfeo...

VIII

Debajo de ese esplendor del verbo que estalla en delirante orquestación, había ideas propias, personales, exclusivas. Esa estética tenía una ética. Los grandes conocimientos de Herrera y Reissig, adquiridos en el trato asíduo de los maestros, fundamentaban teorías propias, más o menos adelantadas al ambiente y a la época, pero netamente personales.

Su trabajo más original en este sentido, el que mejor sintetiza su admirable percepción de toda la teoría artística, es el que con el título de «Psicología literaria» desperdició tan estérilmente en una hoja periódica, sin resonancia. Estudia en ese trabajo lo que en el artista es a veces ensueño, pero que alienta y vivifica su obra toda. Para Herrera hay algo intraducible en toda idea, algo inexplicable, que sólo puede acertar a ver quien lea en la naturaleza. «Lo inexpresivo no existe», dice «y si existiera, negación sublime, expresaría la nada, que equivale a expresarlo todo».

El camino para llegar a esa interpretación de lo desconocido se encuentra gracias al sentido evocativo, que es también el sentido de la selección, sexto sentido. Gracias a él se llega a lo simple, que es también lo genial, lo imperecedero, como que es síntesis admirable de todo lo vivo; pero, no es lo sencillo lo simple, sino más bien lo complejo sintetizado. Sencillo es lo fácil que encierra todas las cualidades de lo complejo, sugiriendo las vastas perspectivas de la creación infinita, sutilizando ideas.

Julio Herrera y Reissig proclamaba el imperio de lo sutil en su afán metafísico de interrogar en los espíritus y en

las cosas, llegando a la sintetización de una fórmula cuando decía: «El Arte es combinación, indagación, auscultación, interpretación».

De ahí surje su obra, toda la inmensidad de su labor, complicada en sutilezas de irrealidad y de ensueño, purificada por un gran espiritualismo que la eleva, dándole alas. Todos sus poemas tienden a encontrar ese oculto misterio que proclama, haciendo de la palabra toda una fuerza, creadora en sus efectos.

Herrera y Reissig, con sus teorías, conspiró contra los que entendían poder romper con todo un pasado que da a la literatura americana una tradición. Evidentemente, el americanismo en arte ha de ser algo más que una innovación: ha de ser una continuidad de esfuerzos muy bellos, muy gloriosos, de los que no se puede renegar impunemente. Y así cuando aseguramos que Herrera habría sido con el tiempo un gran poeta de América, damos a entender que no lo han sido los demás, cuando en aras de un criollismo absurdo han querido inmolar todas las bellezas heredadas.

A él se le acusó de «europeísta». No faltó quien le enrostrara su abandono del ambiente, sin tener en cuenta que, como ha dicho alguien, «cada uno tiene la patria espiritual que quiere». La patria espiritual de Herrera fué la Belleza, toda la belleza esparcida por el vasto mundo, sin prejuicios lugareños, sin mezquindades aldeanas. Su entusiasmo lírico recorrió los campos más diversos y su flauta de panida sonó al pié de todos los altares. Más tarde, más adelante, más lejos, cuando la Belleza pudiera posar en la tierra que era su patria, él cantaría también a ésta, pero había de ser lejos, más adelante, cuando en tierras de América los poetas tuvieran derechos y prerrogativas de ciudadanos...

. . . . . .

IX

En el corazón de la ciudad vieja, la casa de la calle Buenos Aires que el poeta había dignificado de los pecados

de la política, se envolvía en sombras. Todo el Montevideo colonial, austero y grave, parecía revivir en aquella masa, con sus dos amplias puertas laterales, su reja tradicional en medio, sus dos pisos altos, de balcones corridos y barandilla de hierro. El último piso mostraba sus tres puertas, dos de ellas con persianas de madera, la central tapiada. Encima se extendía la azotea, una de esas anchas y hermosas azoteas de Montevideo, que en los apacibles crepúsculos, cuando el sol hunde su disco de oro en el fondo leonado del gran río distante, se llenan de risas femeninas y hay vuelos de diálogos a la distancia y señas vagas uniendo corazones.

Crepúsculo de otoño, sombra en los espíritus, inquietud de la vida. Era de suponer que también en las tardes de ese otoño el sol encendiera en oro, en rojo, en morado, los celajes de occidente, antes de caer allá en el confín del horizonte... Pero, a la azotea otrora resonante de coloquios a la luz de la luna, cuando el astro amigo delineaba sobre el fondo de la noche la silueta de una pareja contemplativa, no acudía nadie a ver el descenso milagroso del sol. Sobre la casa y sobre las almas que la habitaban, había caído la sombra. Rumores extraños turbaban la quietud del momento y en los rincones de la vieja casa parecían enconderse figuras repelentes, evocando visiones de muerte.

Era el otoño, más triste, más gris, en ese momento de gran angustia. Y el Poeta, hundido en su sillón de viejo damasco, con el gato Orofernes sobre las rodillas que cubría una manta de seda verde, tal como nos lo representa la borrosa familiar fotografía, largas horas quedaba en actitud contemplativa, viendo a través de los vidrios correr las nubes, volar las hojas, desaparecer los ensueños. De vez en cuando un sobresalto: ese corazón... Y era entonces, bajo la influencia del otoño, cuando el pesimismo llenaba su alma y entreviendo quién sabe qué traiciones en lo futuro, se volvía a la joven compañera para decir su queja:

—¡Ay, Julieta! ¡a mis obras les van a hacer la guerra del silencio, la guerra sorda que siempre me han hecho!

¿Qué se hicieron los días luminosos de fe y de esperanza? ¿qué de aquellas bandadas de ilusiones echadas a volar de

lo alto de la Torre de los Panoramas, como en vuelos de conquista sobre la monotonía del mundo burgués? Los amigos están distantes, lejos, en el triunfo o en la muerte y él es el único que se obstina en la santa lucha por Nuestra Señora la Poesía... Nadie sube ya a la vieja torre... el caserón de los ensueños se va deshaciendo en la ruina de los días y el corazón, terrible corazón bien gastado en el ensueño, tiembla, desfallece, amenaza detenerse, impotente ya para seguir en la dulce compañía bien hallada...

Los últimos trabajos que le ocupan son los *Sonetos de Asia*, en que su fantasía desborda, evocando los lujuriosos encantos de las gemas que brillan en los cuadros de Gustavo Moreau. Su último poema, trabajosamente escrito, en intermitencias dolorosas, llevando la mano al pecho que parece petrificarse, es la *Berceuse blanca*, dedicada como en un suspiro: «*A tí, Julieta, a tí...*»

Adorad a la Virgen en su amable santuario,
junto al lecho en que velan devociones azules;
una forma imprecisa bate el sordo incensario,
y es el humo de encaje, la cortina y los tules.

El poeta lee en la calma de la tarde su último poema. Su voz es como un sollozo; las rodillas forman un hueco en que ya no se recoge el manso Orofernes, muerto días antes—presagio fatal,—sin que pudiera escribir en su honor el poema que pensara dedicarle.

Los versos fluyen de sus labios pálidos, dicen las bellezas de la Amada, son como un nuevo Cantar de Cantares, salomónica exaltación de la suprema fraternidad del corazón leal. El poeta evoca en sus versos el momento de la separación; pero, no es él quien muere en el poema, sino ella. Y entonces dice su amor, poderoso amor que va más allá de la tumba y es como un eco de gloria.

Duerme, que cuando duermas la eterna y la macabra,
la insensible y la única embriaguez que no alegra,
y sea tu himeneo la esfinge sin palabra,
y el ataúd el tálamo de nuestra boda negra.

Con llantos y suspiros mi alma entre la fosa,
dará calor y vida para tu alma yerta,
y con sus dedos frágiles de marfil y de rosa,
desflorará tus ojos sonámbulos de muerta.

Termina el poema en una gran pausa. Un sollozo mal contenido estalla en la sombra. Y el Poeta, extático, inmóvil en su viejo sillón de damasco, mira a través de los vidrios cómo pasan las nubes, vuelan las hojas, desaparecen los ensueños, en esa tarde de otoño, la dulce y amada estación del año...

***

Es de noche. Se ha hecho en la casa otrora ruidosa la terrible quietud precursora del gran Silencio. Se habla en voz baja y hay pasos que se deslizan furtivamente en la sombra. Un viento frío entra por la puerta que alguien olvidara cerrar y que golpea pausadamente, como si midiera el tiempo. Los ojos brillan extrañamente y los labios se contraen en doloroso pliegue.

Tarde, el poeta se ha incorporado en el lecho y ha tendido la mirada hacia el viejo piano, fiel amigo de todos los días.

—Chopin..., ha dicho.

Evocada por blancas manos temblorosas suena en la noche el gemir del alma encantada y romántica de Chopin. Es

largo sollozo diluído en música; lento gotear de lágrimas en la calma de la hora. El espíritu del pobre músico que pasó por la vida como un torturado, canta sonoramente en la noche y sus armonías son aliento de vida para el Poeta.

—Schumann..., dice luego.

Y las notas dolorosas del «Carnaval», trágicas como una gran traición, como una protesta, llenan el ambiente. Es todo el drama del vivir que suena en esa partitura macabra, en la que hay carcajadas haciendo eco a sollozos y gestos extraños...

El esfuerzo ha sido excesivo. El corazón parece asfixiarse en el tumulto pasional de la evocación... Todo se precipita... En la tortura de la tentativa última: inyecciones, inhalaciones... ¡Ah, los tanteos de ciego de la ciencia impotente! El Poeta grita en un momento de calma:

—¡Si no fuese católico me pinchaba una vena!

Confusión; tumulto sordo; todo parece precipitarse como en un gran agujero negro, en el que se distinguen en revuelta mescolanza pasos acelerados, llantos que estallan, remover inútil de frascos con remedios absurdos, inquietud de alguien que entra y sale.

El Poeta murmura al oído de la Amada:

—¡Tú has sido toda mi novela en la vida!

Estas pocas palabras acaban con sus fuerzas... Vuelve la mano al corazón rebelde que amenaza estallar... que estalla ya...

...Después un gran silencio, largo, profundo, interminable... Y al rato un grito desgarrador... Y en el cielo pálido y fino de esa madrugada de otoño, una estrella que surje, pura, luminosa, como lavada en lágrimas...

JUAN MAS Y PÍ

18 Marzo, 1914.

LOS PEREGRINOS DE PIEDRA

(TOMO I DE LAS OBRAS COMPLETAS)

Los éxtasis de la montaña

Eglogánimas

El despertar

Alisia y Cloris abren de par en par la puerta
y torpes, con el dorso de la mano haragana,
restréganse los húmedos ojos de lumbre incierta,
por donde huyen los últimos sueños de la mañana...

La inocencia del día se lava en la fontana,
el arado en el surco vagaroso despierta
y en torno de la casa rectoral, la sotana
del cura se pasea gravemente en la huerta...

Todo suspira y ríe. La placidez remota
de la montaña sueña celestiales rutinas.
El esquilón repite siempre su misma nota

de grillo de las cándidas églogas matutinas.
Y hacia la aurora sesgan agudas golondrinas,
como flechas perdidas de la noche en derrota.

El almuerzo

Llovió... Trisca a lo lejos un sol convaleciente,
haciendo entre las piedras brotar una alimaña,
y al son de los compactos resuellos del torrente,
con áspera sonrisa palpita la campaña...

Rumia en el precipicio una cabra pendiente;
una ternera rubia baila entre la maraña,
y el cielo campesino contempla ingenuamente
la arruga pensativa que tiene la montaña.

Sobre el tronco enastado de un abeto de nieve,
ha rato que se aman Damócaris y Hebe;
uno, con su cayado, reanima las pavesas,

otro distrae el ocio con pláticas sencillas...
Y de la misma hortera comen higos y fresas,
manjares que la Dicha sazona en sus rodillas.

El alba

Humean en la vieja cocina hospitalaria
los rústicos candiles... Madrugadora leña
infunde una sabrosa fragancia lugareña;
y el desayuno mima la vocación agraria...

Rebota en los collados la grita rutinaria
del boyero que a ratos deja la yunta y sueña...
Filis prepara el huso. Tetis, mientras ordeña,
ofrece a Dios la leche blanca de su plegaria.

Acongojando el valle con sus beatos nocturnos,
salen de los establos, lentos y taciturnos,
los ganados. La joven brisa se despereza...

Y como una pastora, en piadoso desvelo,
con sus ojos de bruma, de una dulce pereza,
el Alba mira en éxtasis las estrellas del cielo.

La vuelta de los campos

La tarde paga en oro divino las faenas...
Se ven limpias mujeres vestidas de percales,
trenzando sus cabellos con tilos y azucenas
o haciendo sus labores de aguja, en los umbrales.

Zapatos claveteados y báculos y chales...
Dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas.
Huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas.
Un suspiro de Arcadia peina los matorrales...

Cae un silencio austero... Del charco que se nimba
estalla una gangosa balada de marimba.
Los lagos se amortiguan con espectrales lampos,

las cumbres, ya quiméricas, corónanse de rosas...
Y humean a lo lejos las rutas polvorosas
por donde los labriegos regresan de los campos.

La huerta

Por la teja inclinada de las rosas techumbres
descienden en silencio las horas... El bochorno
sahuma con bucólicas fragancias el contorno
ufano como nunca de vistosas legumbres.

Hécuba diligente da en reparar las lumbres...
Llegan por el camino cánticos de retorno.
Iris, que no ve casi, abandona su torno,
y suspira a la tarde, libre de pesadumbres.

Obscurece. Una mística Majestad unge el dedo
pensativo en los labios de la noche sin miedo...
No llega un solo eco, de lo que al mundo asombra,

a la almohada de rosas en que sueña la huerta...
Y en la sana vivienda se adivina la sombra
de un orgullo que gruñe como un perro a la puerta.

Clarobscuro

En el dintel del cielo llamó por fin la esquila.
Tumban las carrasqueñas voces de los arrieros
que el eco multiplica por cien riscos y oteros,
donde laten bandadas de pañuelos en fila...

El humo de las chozas sube en el aire lila;
las vacas maternales ganan por los senderos;
y al hombro sus alforjas, leñadores austeros,
tornan su gesto opaco a la tarde tranquila...

Cerca del Cementerio—más allá de las granjas,—
el crepúsculo ha puesto largos toques naranjas.
Almizclan una abuela paz de las Escrituras

los vahos que trascienden a vacunos y cerdos...
Y palomas violetas salen como recuerdos
de las viejas paredes arrugadas y obscuras.

La Iglesia

En un beato silencio el recinto vegeta.
Las vírgenes de cera duermen en su decoro
de terciopelo lívido y de esmalte incoloro;
y San Gabriel se hastía de soplar la trompeta...

Sedienta, abre su boca de mármol la pileta.
Una vieja estornuda desde el altar al coro...
Y una legión de átomos sube un camino de oro
aéreo, que una escala de Jacob interpreta.

Inicia sus labores el alma reverente:
para saber si anda de buenas San Vicente
con tímidos arrobos repica la alcancía...

Acá y allá maniobra después con un plumero,
mientras, por una puerta que da a la sacristía,
irrumpe la gloriosa turba del gallinero.

El cura

Es el cura... Lo han visto las crestas silenciarias,
luchando de rodillas con todos los reveses,
salvar en pleno invierno los riesgos montañeses
o trasponer de noche las rutas solitarias.

De su mano propicia, que hace crecer las mieses,
saltan como sortijas gracias involuntarias;
y en su asno taumaturgo de indulgencias plenarias,
hasta el umbral del cielo lleva a sus feligreses...

El pasa del hisopo al zueco y la guadaña;
él ordeña la pródiga ubre de su montaña
para encender con oros el pobre altar de pino;

de sus sermones fluyen suspiros de albahaca:
el único pecado que tiene es un sobrino...
Y su piedad humilde lame como una vaca.

La llavera

Viste el hábito rancio y habla ronco en voz densa;
sigue un perro la angustia de su sombra benigna;
mascullando sus votos, reverente, consigna
un espectro achacoso de rutina suspensa...

Al repique doméstico de sus llaves, se piensa
en las brujas de Rembrandt... Sin embargo es tan digna
que Luzbel la chamusca, por lo cual se persigna
y con aguas benditas neutraliza la ofensa...

Ella sabe la historia de los Santos Patrones,
de Syllabus, de ritos y de Kirieleysones...
Ella sufre nostalgias sordas del Santo Oficio.

En la gloria del Padre será libre de expurgo.
Y se tiene por cierto que en la Noche del Juicio
dará fe de los buenos parroquianos del burgo...

La noche

La noche en la montaña mira con ojos viudos
de cierva sin amparo que vela ante su cría;
y como si asumieran un don de profecía,
en un sueño inspirado hablan los campos rudos.

Rayan el panorama, como espectros agudos,
tres álamos en éxtasis... Un gallo desvaría,
reloj de media noche. La grave luna amplía
las cosas, que se llenan de encantamientos mudos.

El lago azul de sueño, que ni una sombra empaña,
es como la conciencia pura de la montaña...
A ras del agua tersa, que riza con su aliento,

Albino, el pastor loco, quiere besar la luna.
En la huerta sonámbula vibra un canto de cuna...
Aullan a los diablos los perros del convento.

La flauta

Tirita entre algodones húmedos la arboleda...
La cumbre está en un blanco éxtasis idealista;
y en brutos sobresaltos, como ante una imprevista
emboscada, el torrente relinchando rueda.

Todo es grave... En las cañas sopla el viento flautista.
Mas súbito, rompiendo la invernal humareda,
el sol, tras de los montes, abre un telón de seda,
y ríe la mañana de mirada amatista.

Cien iluminaciones, en flúidos estambres,
perlan de rama en rama, lloran de los alambres...
Descuidando el rebaño, junto al cauce parlero,

Upilio se confía dulcemente a su flauta,
sin saber que de amores, tras un álamo, incauta,
contemplándole Fílida muere como un cordero.

Las madres

Verde luz y heliotropo en los amplios confines...
El cielo, paso a paso, deviénese incoloro;
en la fuente decrépita iza un iris canoro
la escultura musgosa de los cuatro delfines.

Suena, de roca en roca, sus cándidos trintrines
la vagabunda esquila del rebaño, y en oro,
ante Dios que retumba en la tarde, urna de oro,
los charcos panteístas entonan sus maitines.

Y a grave paso acuden, por los senderos todos,
gentes que rememoran los antiguos exodos:
mujeres matronales de perfiles obscuros,

cuyas carnes a trébol y a tomillo trascienden,
ostentando el pletórico seno de donde penden
sonrosados infantes, como frutos maduros.

El domingo

Te anuncia un ecuménico amasijo de hogaza,
que el instinto del gato incuba antes que el horno.
La grey que se empavesa de sacrílego adorno,
te sustancia en un módico pavo real de zaraza...

Un rezongo de abejas beatifica y solaza
tu sopor, que no turban ni la rueca ni el torno...
Tú irritas a los sapos líricos del contorno;
y plebeyo te insulta doble sol en la plaza...

¡Oh domingo! La infancia de espíritu te sueña,
y el pobre mendicante que es el que más te ordeña...
Tu genio bueno a todos cura de los ayunos,

la Misa te prestigia con insignes vocablos,
y te bendice el beato rumiar de los vacunos
que sueñan en el tímido Bethlem de los establos!...

La granja

Monjas blancas y lilas de su largo convento,
las palomas ofician vísperas en concilio,
y ante el Sol que, custodia regia, bruñe el idilio,
arrullan al milagro vivo del Sacramento...

Una vil pesadumbre, solemne en su aspaviento
suntuoso, ubica el pavo: Gran Sultán en exilio...
El disco de los cisnes sueña Renacimiento,
mármoles y serenos éxtasis de Virgilio.

Con pulida elegancia de Tenorio en desplante,
un Aramís erótico, fanfarrón y galante,
el gallo erige... ¡Oh huerto de la dicha sin fiebre!

No faltan más que el agua bendita y el hisopo,
para mugir las cándidas consejas del pesebre
y cacarear en ronda las fábulas de Esopo.

Otoño

La druídica pompa de la selva se cubre
de una gótica herrumbre de silencio y estragos;
y Cibeles esquiva su balsámica ubre,
con un hilo de lágrimas en los párpados vagos...

Sus cabellos de místico azafrán llora Octubre
en los lívidos ojos de muaré de los lagos,
las cigüeñas exodan. Y los buhos aciagos
ululuan la mofa de un presagio insalubre...

Tras de la cabalgata de metal, las traíllas
ladran a las casacas rojas y a las hebillas...
El cuerno muge. Todo ríe de austera corte.

El abuelo Silencio trémulo se solaza...
Y zumba la leyenda ecuestre de la caza,
en medio de un hierático crepúsculo del Norte.

El monasterio

A una menesterosa disciplina sujeto,
él no es nadie, él no luce, él no vive, él no medra.
Descalzo en dura arcilla, con el sayal escueto,
la cintura humillada por borlones de hiedra...

Abatido en sus muros de rigor y respeto,
ni el alud, ni la peste, sólo el Diablo le arredra;
y como un perro huraño, él muerde su secreto,
debajo su capucha centenaria de piedra.

Entre sus claustros húmedos, se inmola día y noche
por ese mundo ingrato que le asesta un reproche...
Inmóvil ermitaño sin gesto y sin palabras,

en su cabeza anidan cuervos y golondrinas,
le arrancan el cabello de musgo algunas cabras
y misericordiosas le cubren las glicinas.

LA TORRE DE LAS ESFINGES

La torre de las esfinges

Psicologación Morbo-Panteísta

Tertulia lunática

VESPERAS

Jam sol recedit igneus...

I

En túmulo de oro vago,
cataléptico fakir,
se dió el tramonto a dormir
la unción de un Nirvana vago...
Objetívase un aciago
suplicio de pensamiento,
y como un remordimiento
pulula el sordo rumor
de algún pulverizador
de músicas de tormento.

El cielo abre un gesto verde,
y ríe el desequilibrio
de un sátiro de ludibrio
enfermo de absintio verde...

En hipótesis se pierde
el horizonte errabundo,
y el campo meditabundo
de informe turbión se puebla,
como que todo es tiniebla
en la conciencia del Mundo.

Ya las luciérnagas—brujas
del joyel de Salambó—
guiñan la «marche aux flambeaux»
de un aquelarre de brujas...
Da nostalgias de Cartufas
el ciprés de terciopelo,
y vuelan de tu pañuelo,
en fragantes confidencias,
interjecciones de ausencias
y ojeras de ritornelo.

Todo es póstumo y abstracto
y se intiman de monólogos
los espíritus ideólogos
del Incognoscible Abstracto...
Arde el bosque estupefacto
en un éxtasis de luto,
y se electriza el hirsuto
laberinto del proscenio
con el fósforo del genio
lóbrego de lo Absoluto.

Todo suscita el cansancio
de algún país psicofísico
en el polo metafísico
de silencio y de cansancio...
Un vaho de tiempo rancio

historia la unción plenaria,
y cunde, ante la arbitraria
lógica de la extensión,
la materialización
del ánima planetaria.

Del insonoro interior
de mis obscuros naufragios.
Zumba, viva de presagios,
la Babilonia interior...
Un pitagorizador
horoscopa de ultra-noche,
mientras, en auto reproche
de contriciones estáticas,
rondan las momias hieráticas
del Escorial de la Noche.

Fuegos fatuos de exorcismo
ilustran mi doble vista,
como un malabarista
rutilación de exorcismo...
Lo Sub-Consciente del mismo
gran Todo, me escalofría;
y en la multitud sombría
de la gran tiniebla afónica
fermenta una cosmogónica
trompeta de profecía.

Tal en un rapto de nieve
se aguza la ermita gótica,
y arriba la aguja hipnótica
enhebra estrellas de nieve...
El bosque en la sombra mueve

fantásticos descalabros,
y en los enebros macabros
blande su caña un pastor,
como un lego apagador
de tétricos candelabros.

Duerme, la oreja en acecho,
como un lobo montaraz
el silencio suspicaz
del precipicio en acecho...
Frunce el erial su despecho,
mientras disuelve y rehusa
el borbollón de la esclusa
monólogos de esquimal,
en gárgaras de cristal
y euforias de cornamusa.

Alarba en ristre, el sonámbulo
molino metaforiza
un Don Quijote en la liza,
encabalgado y sonámbulo...
Tortura el humo un funámbulo
Guiñol de Kaleidoscopio,
y hacia la noche de opio
abren los pozos de Ciencia
el ojo de una conciencia
profunda de espectroscopio.

Sobre la torre, enigmático
el buho de ojos de azufre,
su canto insalubre sufre
como un muezín enigmático...
Ante el augurio lunático,
capciosa, espectral, desnuda,

aterciopelada y muda,
desciende en su tela inerte,
como una araña de muerte,
la inmensa noche de Budha...

. . . . . .

AVERNUS

II

Tú que has entrado en mi imperio
como feroz dentellada,
demonia tornasolada
con romas garras de imperio.
Infiérname en el cauterio
voraz de tus ojos vagos,
y en tus senos que son lagos
de ágata en cuyos sigilos
vigilan los cocodrilos
réprobos de tus halagos!

Consubstanciados en fiebre,
amo, en supremas neurósis,
vivir las metempsicosis
vesánicas de tu fiebre...
Haz que entre rayos celebre
su aparición Belcebú,
y tus besos de cauchú
me sirvan sus maravillas,
al modo que las pastillas
del Hada Pari-Banú!

Lapona Esfinge: En tus grises
pupilas de opio, evidencio
la Catedral del Silencio
de mis neurastenias grises...
embalsamados países
de ópalo y de ventiscos,
bruma el esplín de sus discos,
en cuyos glaciales bancos
adoran dos osos blancos
a los Menguantes ariscos.

En el Edén de la inquieta
ciencia del Bien y del Mal,
mordí en tu beso el fatal
manzano de carne inquieta...
Tu cabellera violeta
denuncia su fronda inerte,
mi brazo es el dragón fuerte
y los frutos delictuosos
tus inauditos y briosos
senos que me dan la muerte!

Carnívora paradoja,
funambulesca Danaida,
esfinge de mi Tebaida
maldita de paradoja...
Tu miseria es de una roja
fascinación de impostura,
y arde el cubil de tu impura
y artera risa de clínica,
como un incesto en la cínica
máscara de la Locura!...

Et noctem quietam concedet Dominus...

III

Canta la noche salvaje
sus ventriloquias de Congo,
en un gangoso diptongo
de guturación salvaje...
La luna muda su viaje
de astrólogo girasol,
y olímpico caracol,
proverbial de los oráculos,
hunde en el mar sus tentáculos,
hipnotizado de Sol.

Sueña Rodembach su ambigua
quimera azul, en la bruma;
y el gris surtidor empluma
su frivolidad ambigua...
Allá en la mansión antigua
la noble anciana de leda
cara de esmalte, remeda
—bajo su crespo algodón—
el copo de una ilusión
envuelto en papel de seda.

En la abstracción de un espejo
introspectivo me copio
y me reitero en mí propio
como en un cóncavo espejo...
La sierra nubla un perplejo
rictus de tormenta mómica,
y en su gran página atómica
finge el cielo de estupor
el inmenso borrador
de una música astronómica.

Con insomnios de neuralgia
bosteza el reloj: la una;
y el parque alemán de luna
sufre una blanca neuralgia...
Ronca el pino su nostalgia
con latines de arcipreste;
y es el molino una agreste
libélula embalsamada,
en un alfiler picada
a la vitrina celeste.

Un leit-motiv de ultratumba
desarticula el pantano,
como un organillo insano
de un carrousel de ultratumba...
El Infinito derrumba
su interrogación huraña,
y se suicida, en la extraña
vía láctea, el meteoro,
como un carbunclo de oro
en una tela de araña.

. . . . . .

Officium tenebrarum

IV

Tal como en una capilla
ardiente de hiperestesia,
entre grillos de anestesia,
tiembla la noche en capilla...
Un gato negro a la orilla
del cenador de bambú,
telegrafía una *eu*
a Orión que le signa un guiño,
y al fin estrangula un niño
improntu hereje en *miaú!*

La luna de plafón chino
prestidigita en su riesgo,
la testa truncada en sesgo,
de algún Cuasimodo chino...
Sangra un puñal asesino
en la encrucijada obtusa;
y cual Tornera Reclusa,
abre—entre sordos cuidados—
las puertas, con solapados
llaveros agrios, la Intrusa!

Su hisopo sacramental
vierte en el lago amatista,
el sauce, como un Bautista
en gesto sacramental...
Diverge un fauno invernal
el símbolo de sus cuernos,
y con sulfuros internos
riela el charco de disturbio,
como un tragaluz del turbio
sótano de los Avernos!

En el Coro de la Noche
cárdena del otro mundo,
retumban su «De Profundo»
los monjes de media noche...
Desde el púlpito, un fantoche
cruje un responso malsano,
y se adelanta un Hermano,
y en cavernosas secuencias,
le rinde tres reverencias
con la cabeza en la mano.

Eriza la insidia sorda
del bituminoso piélago,
Caronte, con el murciélago
de su barca—vela sorda...
En las riberas aborda,
el desgreñado turbión,
y como la interjección
de un rayo sobre la Nada,
se raja la carcajada
estridente de Plutón!...

Numen

V

Mefistófela divina,
miasma de fulguración,
aromática infección
de una fístula divina...
Fedra, Molocha, Caína,
Cómo tu filtro me supo!
A ti—¡Santo Dios!—te cupo
ser astro de mi desdoro:
Yo te abomino y te adoro
y de rodillas te escupo!

Acude a mi desventura
con tu electrosis de te,
en la luna de Astarté
que auspicia tu desventura...
Vértigo de ensambladura
y amapola de Sadismo:
yo sumaré a tu guarismo
unitario de Gusana,
la equis de mi Nirvana
y el cero de mi ostracismo!

Carie sórdida y uremia
felina de blando arrimo,
intoxícame en tu mimo
entre dulzuras de uremia...
Blande tu invicta blasfemia
que es una garra pulida,
y sórbeme por la herida
sediciosa del pecado,
como un pulpo delicado,
«¡muerte a muerte y vida a vida!»

Clávame en tus fulgurantes
y fieros ojos de elipsis,
y bruña el Apocalipsis
sus músicas fulgurantes...
¡Nunca! ¡Jamás! ¡Siempre! y ¡Antes!
Ven, antropófaga y diestra,
escorpiona y Cliytemnestra!
Pasa sobre mis arrobos,
como un huracán de lobos
en una noche siniestra!

¡Yo te excomulgo, Ananké!
Tu sombra de Melisendra
irrita la escolopendra
sinuosa de mi ananké...
Eres hidra en Salomé,
en Brenda panteón de bruma,
tempestad blanca en Satzuma,
en Semíramis carcoma,
danza de vientre en Sodoma
y páramo en Olaluma!

Por tu amable y circunspecta
perfidia y tu desparpajo,
hiela mi cuello en el tajo
de tu traición circunspecta...
Y juro, por la selecta
ciencia de tus artimañas,
que irá con risas hurañas
hacia tu esplín cuando muera,
mi galante calavera
a morderte las entrañas!...

1909.

LOS PARQUES ABANDONADOS

Los parques abandonados

Eufocordias

El banco del suplicio

... et puis je suis parti, pleurant comme un enfant!
Musset

A punto de dormirte bajo el ledo
suspiro del arcángel que te guía,
hirióme el corazón tu analogía
con una ingrata que olvidar no puedo.

Reclinada en el banco del viñedo,
junto al tilo de exánime apatía,
al iluso terror de que eras mía
me arrodillé con tembloroso miedo.

Partido por antiguo sufrimiento.
Sobre tu frente agonicé un momento...
Y cuando el sueño te aquietó en el blando

tu irreal de los deliquios suyos,
uniéronse mis labios a los tuyos,
y como un niño me alejé llorando!

La estrella del destino

La tumba, que ensañóse con mi suerte,
me vió acercar a vacilante paso,
como un ebrio de horrores, que al acaso
gustase la ilusión de substraerte.

En una larga extenuación inerte,
pude medir la infinidad del caso,
mientras que se pintaba en el ocaso
la dulce primavera de tu muerte,

la estrella que amparónos tantas veces,
y que arrojara, en medio de las preces,
un puñado de luz en tus despojos,

hablóme al alma, saboreando llanto:
«¡Oh hermano, cuánta vida en esos ojos
que se apagaron de alumbrarnos tanto!»

El camino de las lágrimas

Citándonos, después de obscura ausencia
tu alma se derretía en largo lloro,
a causa de quién sabe qué tesoro
perdido para siempre en tu existencia.

Junto a los surtidores, la presencia
semi-dormida de la tarde de oro,
decíate lo mucho que te adoro
y cómo era de sorda mi dolencia.

Pesando nuestra angustia y tu reproche,
toda mi alma se pobló de noche...
Y al estrecharte murmurando aquellas

remembranzas de dicha a que me amparo,
hallé un sendero matinal de estrellas,
en tu falda ilusión de rosa claro.

La gota amarga

Soñaban con la Escocia de tus ojos,
verdes, los grandes lagos amarillos;
y engarzó un nimbo de esplendores rojos
la sangre de la tarde en tus anillos.

En la bíblica paz de los rastrojos
gorjearon los ingenuos caramillos,
un cántico de arpegios tan sencillos
que hablaban de romeros y de hinojos.

¡Y dimos en sufrir! Ante aquel canto
crepuscular, escintiló tu llanto...
Viendo nacer una ilusión remota,

callaron nuestras almas hasta el fondo...
Y como un cáliz angustioso y hondo
mi beso recogió la última gota.

La sombra dolorosa

Gemían los rebaños. Los caminos
llenábanse de lúgubres cortejos;
una congoja de holocaustos viejos
ahogaba los silencios campesinos.

Bajo el misterio de los velos finos,
evocabas los símbolos perplejos,
hierática, perdiéndote a lo lejos
con tus húmedos ojos mortecinos.

Mientras unidos por un mal hermano,
me hablaban con suprema confidencia
los mudos apretones de tu mano,

manchó la soñadora transparencia
de la tarde infinita el tren lejano,
aullando de dolor hacia la ausencia.

La reconciliación

Alucinando los silencios míos,
al asombro de un cielo de extrañeza,
la flébil devoción de tu cabeza
aletargó los últimos desvíos.

Con violetas antiguas, los tardíos
perdones de tus ojos mi aspereza
mitigaron. Y entonces la tristeza
se alegró como un llanto de rocíos.

Una profética efluxión de miedos,
entre el menudo aprisco de tus dedos,
como un David, el piano interpretaba.

En tanto, desde el místico occidente,
la media luna, al ver que te besaba,
entró al jardín y se durmió en tu frente.

Decoración heráldica

Señora de mis pobres homenajes,
Débote amar aunque me ultrajes.
GÓNGORA

Soñé que te encontrabas junto al muro
glacial donde termina la existencia,
paseando tu magnífica opulencia
de doloroso terciopelo obscuro.

Tu pie, decoro del marfil más puro,
hería, con satánica inclemencia,
las pobres almas, llenas de paciencia,
que aun se brindaban a tu amor perjuro.

Mi dulce amor que sigue sin sosiego,
igual que un triste corderito ciego,
la huella perfumada de tu sombra,

buscó el suplicio de tu regio yugo,
y bajo el raso de tu pie verdugo
puse mi esclavo corazón de alfombra.

La novicia

Surgiste, emperatriz de los altares,
esposa de tu dulce Nazareno,
con tu atavío vaporoso, lleno
de piedras, brazaletes y collares.

Celoso de tus júbilos albares,
el ataúd te recogió en su seno,
y hubo en tu místico perfil un pleno
desmayo de crepúsculos lunares.

Al contemplar tu cabellera muerta,
avivóse en tu espíritu una incierta
huella de amor. Y mientras que los bronces

se alegraban, brotaron tus pupilas
lágrimas que ignoraran hasta entonces
la senda en flor de tus ojeras lilas.

1900.

Consagración

Surgió tu blanca majestad de raso,
toda sueño y fulgor, en la espesura;
y era en vez de mi mano—atenta al caso—
mi alma quien oprimía tu cintura...

De procaces sulfatos, una impura
fragancia conspiraba a nuestro paso,
en tanto, que propicio a tu aventura,
llenóse de amapolas el ocaso.

Pálida de inquietud y casto asombro,
tu frente declinó sobre mi hombro...
uniéndote a tu sér, con suave impulso,

al fin de mi especioso simulacro,
de un largo beso te apuré convulso,
hasta las heces, como un vino sacro!

El enojo

Todo fué así: Sahumábase de lilas
y de heliotropo el viento en tu ventana;
la noche sonreía a tus pupilas,
como si fuera su mejor hermana...

Mi labio trémulo y tu rostro grana
tomaban apariencias intranquilas,
fingiendo, tú, mirar por la persiana,
y yo, soñar al son de las esquilas.

¡Vibró el chasquido de un adiós violento!...
Cimbraste a modo de una espada al viento;
y al punto en que iba a desflorar mi tema,

gallardamente, en ritmo soberano,
desenvainada de su guante crema,
como una daga, me afrentó tu mano.

La última carta

Con la quietud de un síncope furtivo,
desangróse la tarde en la vertiente,
cual si la hiriera repentinamente
un aneurisma determinativo...

Hurló en el bosque un pájaro cautivo
de la fascinación de una serpiente;
y una cabra enigmática, en la fuente,
describió como un signo negativo.

En su vuelo espectral de alas hurañas,
la noche se acordó de tus pestañas...
Y en tanto que atiplaban mi vahido

las gracias de un billete perfumado,
ofició la veleta del tejado
el áspero responso de tu olvido!

El sauce

A mitad de mi fausto galanteo,
su paraguas de sedas cautelosas
la noche desplegó, y un lagrimeo
de estrellas, hizo hablar todas las cosas...

Erraban las Walkirias vaporosas
de la bruma, y en cósmico mareo
parecían bajar las nebulosas
al cercano redil del pastoreo...

En un abrazo de postrero arranque,
caímos en el ángulo del bote...
Y luego que llorando ante el estanque

tu invicta castidad se arrepentía,
el sauce, como un viejo sacerdote,
gravemente inclinado nos unía!...

La fuga

Temblábamos al par... En el austero
desorden que realzaba tu hermosura,
acentuó tu peinado su negrura
inquietante de pájaro agorero...

Nadie en tus ojos vió el enigma, empero,
calló hasta el mar en su presencia obscura!
Inaccesible y ebria de aventura,
entre mis brazos te besó el lucero.

Apenas subrayó el esquife vago
su escuálida silueta sobre el lago,
te sublimaron trágicos sonrojos...

Sacramentó dos lágrimas postreras
mi beso al consagrar sobre tus ojos.
¡Y se durmió la tarde en tus ojeras!...

Expiación

Errando en la heredad yerma y desnuda,
donde añoramos horas tan distintas,
bajo el ciprés, nos remordió una aguda
crisis de cosas para siempre extintas...

Vistió la tarde soñadoras tintas,
a modo de romántica viuda;
y al grito de un piano entre las quintas,
rompimos a llorar, ebrios de duda!

Llorábamos los íntimos y aciagos
muertos, que han sido nuestros sueños vagos...
Por fin, a trueque de glacial reproche,

sembramos de ilusión aquel retiro;
¡y graves, con el último suspiro,
salimos de la noche, hacia la noche!...

Sepelio

Mirándote en lectura sugerente,
llegué al epílogo de mis quimeras;
tus ojos de palomas mensajeras
volvían de los astros, dulcemente...

Tenía que decirte las postreras
palabras, y callé espantosamente;
tenía que llorar mis primaveras,
y sonreía, feroz... indiferente...

La luna, que también calla su pena,
me comprendió como una hermana buena...
Ni una inquietud, ni un ademán, ni un modo;

¡un beso helado... una palabra helada.
Un beso, una palabra, eso fué todo:
Todo pasó sin que pasase nada!...

Amor sádico

Ya no te amaba, sin dejar por eso
de amar la sombra de tu amor distante.
Ya no te amaba, y me turbé, no obstante,
de la repulsa nos unió un instante...

Agrio placer y bárbaro embeleso
crispó mi faz, me demudó el semblante.
Ya no te amaba, y me turbé, no obstante,
como una virgen en un bosque espeso.

Y ya perdida para siempre, al verte
anochecer en el eterno luto,
—mudo el amor, el corazón inerte,—

¡huraño, atroz, inexorable, hirsuto...
Jamás viví como en aquella muerte,
nunca te amé como en aquel minuto!

Color de sueño

Anoche vino a mí, de terciopelo,
sangraba fuego de su herida abierta;
era su palidez de pobre muerta,
y sus náufragos ojos sin consuelo...

Sobre su mustia frente descubierta,
languidecía un fúnebre asfodelo.
Y un perro aullaba, en la amplitud de hielo,
al doble cuerno de una luna incierta...

Yacía el índice en su labio, fijo
como por gracia de hechicero encanto,
y luego que, movido por su llanto,

quién era, al fin, la interrogué,—me dijo:
—Ya ni siquiera me conoces, hijo,
¡si soy tu alma que ha sufrido tanto!...

LAS CAMPANAS SOLARIEGAS

Las campanas solariegas

La muerte del pastor

BALADA EGLÓGICA

Infelix o semper, oves, pecus...
VIRGILIO

I

Se lo dijo a la fontana
el llanto de una aldeana,
ya el carrizal no lo duda,
que oyó gemir al Poeta.
Todo, todo, lo trasuda:
El sauce y la mejorana...
Es bien cierto: ¡Pobre nieta!...

Lo cuenta en su lengua ruda
la Soledad rusticana;
lo deplora la campana
desde la Ermita desnuda,
la zampoña que está muda,
la flauta y la pandereta,
y hasta el cielo que interpreta
una gran tristeza humana...

¡Pobre nieta!...
¡Pobre abuelo!...

Hay un gran beso de duelo
en la quietud del ambiente.
Murió el pastor: ¡quién lo duda!
Desde la Ermita hasta el Huerto,
la montaña lentamente
se está vistiendo de viuda!...

¡Es cierto, es cierto!
Ya todos saben que ha muerto
el mozo de la carreta...
Por el camino violeta
su corazón va llorando
como un cordero inexperto:
¡Armando! ¡Armando!...

El alma de las montañas,
de sugestiones tranquilas,
mira, con penas hurañas,
aquellas claras pupilas
que en el camino violeta
lloran con lágrimas lilas...
Muda está la pandereta,
mudas están las esquilas,
ya nadie emboca las cañas,
desde que Armando está ausente,
en tanto que las montañas
miran pasar lentamente
aquellas vagas pupilas
que, tarde a tarde, intranquilas
van a llorar a la fuente...

¡Cuánto tarda la carreta!
¡Armando! ¡Armando!
Van sus ojos escrutando
por el camino violeta...
Por el camino violeta
va la pastora llorando,
sin rumbo, no tiene mando
su voluntad incompleta...
—¿Llora acaso por Armando,
el mozo de la carreta?
¿Adónde van sus pupilas?

Por el camino violeta
va la pastora dejando
su alma en lágrimas lilas.
¡Armando! ¡Armando!...

¿Murió su pastor? ¿Es cierto?
Ella interroga a la vieja
choza y al campo desierto,
a la distancia bermeja
y hasta al porfiado pedrisco...
A la retama, al lentisco,
a la vaguedad perpleja
del horizonte incierto,
al palomar, al aprisco,
al buey y al cardal arisco,
al asno, a la comadreja,
a la congoja del Huerto,
al buho rapaz que bisco,
un mito burlón semeja...
Y todo le grita: ¡ha muerto!...

¡Armando! ¡Armando!...
Su corazón va llorando
como un cordero inexperto...

II

Cruza junto al Adivino,
junto al Sabio y al Poeta,
no se fija en el pollino
del anciano Anacoreta,
y atraviesa la meseta,
bajo el misterio opalino
de aquella tarde secreta...
—¿Adónde va? ¿Qué la inquieta?
Ya la perdieron de vista
las cabañas lugareñas,
el pañuelo de batista
que de lejos le hizo señas,
el sonámbulo molino
y hasta el estanque amatista
donde termina el camino...
Va sin rumbo, soñadora
por el camino violeta,
la pastora...
¿Por qué llora?
¿Desde cuándo?
¿Adónde va? ¿Qué la inquieta?
Hoy se tarda más que nunca la carreta
¡Armando! ¡Armando!...

El aire es de terciopelo...
Por el camino violeta,
cual a través de una grieta,
se ve cómo piensa el cielo.
En el umbral el abuelo
está esperando a su nieta,
tiene en la mano un pañuelo
y en los ojos el consuelo
de una lágrima secreta...
Desde que partió la nieta,
llora a menudo el abuelo,
y por un ceño de hielo
se encuentra ¡ay Dios! obsedido.
El hace, con su pañuelo,
señas al Sabio, al Poeta,
a la inválida carreta
de andar penoso y dolido,
a la corneja, al mochuelo
y al misterioso cometa
que, hace noches, desde el cielo
le está diciendo: ¿Y tu nieta?
¡Mal año tienes, abuelo!...

No es esa, no, la carreta
que tú esperabas, ni el vuelo
de aquellas cornejas grises
te traerá de los países
tenebrosos a tu nieta...
¡Pobre abuelo! ¡Pobre nieta!...
Ya no verás la carreta
por el atajo vecino,
ya no oirás la pandereta,
ni comerás del tocino

que te brindara tu nieta...
Ya ni el Sabio, ni el Poeta
podrán darte algún consuelo,
ya no tendrás otro abrigo
que la lámpara del cielo,
ni tendrás más fiel amigo
que el pobre perro mendigo,
que fué en un tiempo de Armando,
y que ha de venir llorando
a consolarse contigo.
¡Armando! ¡Armando!...

III

El aire es de terciopelo...
Por el sendero vecino
llega un eco mortecino
de voces graves; el cielo
¡tiene un ensueño opalino...
A la vera del camino,
el Sabio y el Adivino
conversan con el Poeta
sobre el Amor y el Destino...

De repente, el Adivino,
después de invocar al Cielo,
solemnizó:—¡Pobre Armando!...
¡Es un decreto divino!...
Dios sabe...—y sobre el pañuelo
se inclinó un rato llorando...

Dice el Sabio:—¡Qué saeta
tuvo el ingrato destino!...
—¡Cierto!, reza el Adivino,
¡Era virtuoso, era blando!...
Dice a su turno el Poeta:
—¡Hemos perdido un amigo!...
Mientras el perro mendigo
se acerca al grupo ladrando.
¡Armando! ¡Armando!...

Hoy no viene la carreta...
¡Qué desolación secreta
tiene la tarde en el Huerto!
¡Adónde irá la pastora!
¿Se habrá extraviado que llora
como un cordero inexperto?...

IV

A la orilla de un camino
que frecuentó por su infancia,
oye el rumor campesino
de una antigua resonancia...
Es el pino, el viejo pino,
que le murmura temblando:
—¿Qué es de la vida de Armando?
¿Cuál ha de ser tu destino?
¡Armando! ¡Armando!...

En una de esas mañanas,
de esas mañanas muy blancas,
que parecen tener francas
ingenuidades de hermanas...
En una de esas mañanas,
al pie de ese mismo pino,
se dieron el primer beso
y partieron su destino
con una sola palabra,
mientras partieron el queso;
el pan, la leche de cabra,
la miel y las avellanas!...
En una de esas mañanas...

El perejil y el hinojo,
el romero y el tomillo,
lamen el ruedo sencillo
de su trajecito rojo;
y por el vago rastrojo
y el carrizal amarillo,
llega Lux, el perro cojo
que perdió a su pastorcillo.
¡Armando! ¡Armando!...

¿Cómo lo ha perdido y cuándo?
¿De qué suerte? Lux lo ignora,
pero aúlla y lo deplora
y al presentir la pastora,
brizna a brizna rastreando,
corre a su encuentro, la implora,
pregúntale por Armando,
si es que murió, cómo y cuándo,

y se arrodilla y lo llora.
¡Armando! ¡Armando!...

—¿Adónde fué el pastorcillo?
—¿Adónde irá la pastora?
—¿Qué será del perro cojo?
El adivino lo ignora,
y también el ruedo rojo
y el perejil y el tomillo!...

V

Nunca vendrá la carreta...
Ya no se oyen las tranquilas
dulzuras del caramillo,
y el crepúsculo amarillo
cuenta una historia secreta...
Muertas están las esquilas,
colgada la pandereta...
Sólo gime la campana
desde la Ermita desnuda,
bajo el cielo que concreta
una gran tristeza hermana!...

Mas, ciertas noches no hay duda,
cuenta la grey rusticana,
suele verse una carreta
y detrás una serrana
tocando la pandereta,
por el camino violeta
que conduce a la fontana...

—¡Adiós, mañanas tranquilas!
¡Oh, qué destino nefando!
—Diz que llora la silueta,
siempre andando, siempre andando.

—¿Qué ven sus glaucas pupilas?
¿Adónde marcha sin mando
su voluntad incompleta?...
Por el camino violeta,
va la pastora dejando
su alma en lágrimas lilas.
¡Armando! ¡Armando!...

1907.

EL TEATRO DE LOS HUMILDES

(TOMO II DE LAS OBRAS COMPLETAS)

El teatro de los humildes

Eglogánimas

Los éxtasis de la montaña

Es una ingenua página de la Biblia, el paisaje...
La tarde en la montaña, moribunda se inclina,
y el sol un postrer lampo, como una aguja fina,
pasa por los quiméricos miradores de encaje.

Un vaho de infinita guturación salvaje,
de abstrusa disonancia, remonta a la sordina...
La noche dulcemente sonríe ante el villaje,
como una buena muerte a una conciencia albina.

Sobre la gran campaña verde azul y aceituna,
se cuajan los apriscos en vagas nebulosas;
cien estrellas lozanas han abierto una a una;

rasca un grillo el silencio perfumado de rosas...
El molino en el fondo, abrazando la luna,
inspira de romántico viejo tiempo las cosas.

El dintel de la Vida

Oh, la brega que jacta de virsuta y de pieles!...
Las espesas comadres mascan livianas prosas;
y en proverbiales éxodos, promiscuan las jocosas
diligencias, su carga, bajo los cascabeles...

Ah, dicha analfabeta sin resabios, ni hieles!
El rudo pan del Cielo sabe a tomillo y rosas.
Ah, bañarse en la atónita desnudez de las cosas,
y morir en los brazos de la buena Cibeles!

Oh, mañana inefable de la Vida! Oh, la franca
risa como de leche de la conciencia blanca!
Ante el alba inocente—no bien la noche fuga—

se abre, entre la hierba viciosa de sus calles,
la dulce aldea: blanca violeta de los valles,
siempre dichosa y siempre buena porque madruga.

Clarobscuro

Son campos solariegos... Tal vez, ¡ay! ese muro
algún idilio trágico en su orfandad recuerde,
y la hiedra misántropa que su mármol remuerde,
dió sombra al gran Virgilio o a Lamartine tan puro!

El viejo caserío, chato, de aspecto duro,
allá en los accidentes, sonámbulo, se pierde;
y la pradera huraña mira, en éxtasis verde,
al monte que en el cielo enfosca un gesto obscuro.

La siembra su chillona, rústica pompa viste
en pañuelos pictóricos, que van hasta los cerros,
bordados de hortalizas, de lino, mies y alpiste...

Y en tanto, entre las roncas alarmas de los perros,
el tren se hunde en el túnel, como un ciclón de fierros,
el llanto de una gaita vuelve la tarde triste.

La procesión

El señor Cura, impuesto de sus oros sagrados,
acaudilla el piadoso rebaño serraniego;
en voz alta exorcisa los demonios, y luego
salpica de agua santa las siembras y los prados.

Corean cien ladridos la procesión. Por grados,
las músicas naufragan en el ancho sosiego...
Todo vuelve al divino mutismo solariego:
gentes, rebaños, eras, parroquias y collados.

La emoción del crepúsculo pesa solemnemente.
Pájaros en triángulo vuelan sobre el torrente...
De cuando en cuando gime con unción oportuna,

la inválida miseria de un viejo carricoche...
Todo es grave. El castillo encantado de luna,
llena de cuentos de hadas los campos y la noche.

El burgo

Junto al cielo en la cumbre de una sierra lampiña,
tal como descansando de la marcha, se sienta
el burgo, con su iglesia, su molino y su venta,
en medio a un estridente mosaico de campiña.

Regálase de oxígeno, de nuez sana y de piña...
Rige chillonamente gitana vestimenta:
chales de siembra, rosas y una carga opulenta
de ágatas, lapislázulis y collares de viña.

Naturaleza pródiga lo embriaga de altruismo:
El campo en su filósofo, su ley el catecismo.
Fieramente embutido en sus costumbres hoscas,

por vanidad ni gloria mundanas se encapricha;
tan cerca está del cielo que goza de su dicha,
y se duerme al narcótico zumbido de las moscas...

La casa de Dios

Flamante con sus gafas sin muchos retintines,
ataca a sus enfermos el médico cazurro:
Al bien forrado, es lógico, lo cura con latines,
y en cuanto al pobre, rápido receta desde el burro...

Como antes, la acequia comenta en parlanchines
borbollones el mismo confidencial susurro;
la orquesta del Casino, de un arpa y tres flautines,
descerraja una polca contra el coro baturro.

El pueblo ronca viejas credenciales de gloria:
Bastiones y acueductos con sus barbas de historia,
una escuela sin bancos y un hospicio en la cumbre,

criptas y humilladeros con medrosos retablos...
Y en los mismos dinteles, bajo un fanal sin lumbre,
una gran cruz de fierro para ahuyentar los diablos.

El espejo

Se hunden en una sorda crisis meditabunda...
El Ocaso suaviza los últimos enojos,
y Neith enjuga el oro líquido de sus ojos,
triste como su hermana, la tarde moribunda...

Conspira en acres vahos la insinuación fecunda
de la Naturaleza, por siembras y rastrojos;
y ellos, que ora se brindan flores en vez de abrojos,
suman entrelazados una unidad profunda.

Largamente, idealmente, como un sacro beleño,
Bión la apura de un beso hasta el fondo del sueño...
Por no verla, en procura de un instante de calma,

cierra luego los ojos, declinando en el hombro
la harmoniosa cabeza, y ¡oh! dulcísimo asombro,
como en un claro espejo, la contempla en el alma.

Bostezo de luz

Cien fugas de agua viva rezan a la discreta
ventura de los campos sin lábaro y sin tronos.
El incienso sulfúrico que arde por los abonos,
se hermana a los salobres yodos de la caleta...

Con sus densos perfiles y sus abruptos conos,
a lo lejos, la abstracta serranía concreta
una como dormida tormenta violeta
que el crepúsculo prisma de enigmáticos tonos.

Silencio. Un gran silencio que anestesia y que embruja,
y una supersticiosa soledad de Cartuja.
Ripian en la plazuela, sobre el único banco,

el señor del castillo con su galgo y su rifle...
Y allá en la carretera que abre un bostezo blanco,
se duerme la tartana lerda del mercachifle.

El ama

Erudita en legías, doctora en la compota
y loro en los esdrújulos latines de la misa,
tan ágil viste un santo, que zurce una camisa,
en medio de una impávida circunspección devota...

Por cuanto el señor cura es más que un hombre, flota
en el naufragio unánime su continencia lisa...
Y un tanto regañona, es a la vez sumisa,
con los cincuenta inviernos largos de su derrota.

Hada del gallinero. Genio de la despensa.
Ella en el paraíso fía la recompensa...
Cuando alegran sus vinos, el vicario la engríe

ajustándole en chanza las pomposas casullas...
Y en sus manos canónicas, golondrinas y grullas
comulgan los recortes de las hostias que fríe.

El entierro

Cuatro rudos gañanes, sobre el hombro herculoso
sustentan el humilde féretro descubierto.
El cura ronca el salmo del eterno reposo,
y redobla la esquila desde el valle hasta el huerto.

Las melenas volcadas de dolor, con incierto
ritmo tardo y solemne adelantan al foso...
Y los torvos ancianos, con la vista en el muerto,
se arrodillan en medio de un silencio espantoso.

«Adiós, alma bendita, paloma de los cielos»,
reza el cura. Y unánimes desdoblan los pañuelos...
Por fin, sobre la caja, con íntimo reproche,

cada cual un puñado de tierra vil derrumba...
Todo duerme. A intervalos lastiman en la noche,
los aullidos del perro que vela ante la tumba.

La cena

Un repique de lata la merienda circula...
Aploma el artesano su crasura y secuestra
media mesa en canónicas dignidades de bula,
comiendo con la zurda, por aliviar la diestra...

Mientras la grey famélica los manjares adula,
en sabroso anticipo, sus colmillos adiestra;
y por merecimiento, casi más que por gula,
duplica su pitanza de col y de menestra...

Luego, que ante el rescoldo sus digestiones hipa,
sumido en la enrulada neblina de su pipa,
arrullan, golosinas domésticas de invierno:

la Hormiga y Blanca Nieves, Caperuza y el Lobo...
Y la prole apollada, bajo el manto materno,
choca de escalofríos, en un éxtasis bobo.

SONETOS VASCOS

Sonetos vascos

El mayoral

Con la faja incendiaria de crugiente pingajo,
con su boina arrogante de carlismo y sus prendas,
ruge el viejo Pelayo sus morriñas tremendas,
y sus «jos» y sus «erres» desenfunda a destajo...

Nadie anima una yunta, nadie blande las riendas,
como el Cid montonero campeador del atajo;
juega en su modo el guante dócil de su agasajo
y le ofusca un invierno de lejanas leyendas...

El eco de sus bélicos alaridos rebota
de valle en monte, en ágiles balances de pelota...
En su recia cabeza y en su garbo de roble,

se recela un instinto algo terco de cabra...
Y soslaya sus ojos de mastín bravo y noble,
el orgullo que roe la tristeza cantabra.

El jefe negro

Temerario y agudo y diestro entre los diestros
el jefe negro empuña su indómita mesnada;
y en pos de bendiciones o al son de padre nuestros,
desata las guerrillas y asorda la emboscada...

Comulgan en alforja con los bandos siniestros
el cáliz, y con chumbos la Custodia Sagrada.
Canta misas en medio de los bosques ancestros,
y del santo responso pasa a la cuchillada.

Espeluzna en su neutra virilidad de eunuco
el rosario enroscado a un enorme trabuco...
Oh, buen león! Apenas bate el hierro inhumano,

para orar por el alma del vencido se vuelve:
el enemigo pronto se convierte en hermano,
y la mano que mata es la mano que absuelve!...

Tarascón

Oh, Tarascón heráldico, sin tacha y sin deslices,
Quijote de la hipérbole, Sancho del alma fresca!
Soñando tiburones, no duerme por la pesca;
y es fama que de muchos pescaron sus narices...

Oh, espanto de las liebres! oh, epicúreos felices!
En Tarascón no hay liebres, sin intención burlesca;
cazan a la platónica luna tartarinesca
y a sus gorras que luego guisan como perdices...

El sol, aquel sofístico mago de Mediodía,
exalta con alquimias locas la fantasía...
Densos y doctorales, jactan en sus querellas

de agrios positivismos, y aun los que pintan canas,
son almas tanto ilusas, que dijéranse hermanas
de los sauces: misántropos pescadores de estrellas.

El caudillo

Reciamente miraron siempre al destino bizco,
sus diez lustros nivosos, ebrios de joven Mayo;
y en el crespo entrevero, despojándose el sayo,
ordenó: «Fuera pólvoras! A puñada y mordisco!»

Nadie ajusta una barra; nadie bota un pedrisco,
ni la cáustica fusta zigzaguea en un rayo,
como el ancho caudillo, que en honor de Pelayo,
cabalgara montañas, fabuloso y arisco.

Ya que baile o que ría, ya que ruja o que cante,
en la lid o en la gresca, nadie atreve un desplante,
nadie erige tan noble rebelión como el vasco,

y sobre esa leonina majestad que le orla,
le revienta la boina de valor, como un casco
que tuviera por mecha encendida la borla!...

LAS CLEPSIDRAS

Las clépsidras

Idealidad exótica

Tal la exangüe cabeza, trunca y viva,
de un mandarín decapitado, en una
macábrica ficción, rodó la luna
sobre el absurdo de la perspectiva...

Bajo del velo, tu mirada bruna
te dió el prestigio de una hurí cautiva;
y el cocodrilo, a flor de la moruna
fuente, cantó su soledad esquiva.

Susceptible quién sabe a qué difuntas
dichas, plegada y con las manos juntas,
te idealizaste en gesto sibilino...

Y a modo de espectrales obsesiones,
la torva cornamenta de un molino
amenazaba las constelaciones...

Supervivencia

Con tu heroica sonrisa húmeda en llanto,
la veste ensangrentada de amapolas,
junto a la pira, joyas y corolas
sacrificabas, con un gesto santo...

Viendo cadáver lo que fué tu encanto,
te heló vivir como un espectro a solas...
Y te ofreciste, impávida de espanto,
al fuego que se hinchó en hambrientas olas.

Rugiendo en bramas de pavor estigio,
la hoguera, hipnotizada de prodigio,
lamió, león de trágicos antojos,

tus manos angustiosamente bellas...
Y al inmolarte luz a luz, tus ojos
sobrevivieron como dos estrellas.

Amazona

Sobre el arnés de plata y pedrería,
en trono de vértigo y marea,
te erguiste, zodiacal Pentesilea,
símbolo de la Eterna Geometría...

Zigzagueó el rayo de tu fusta impía,
y humeando en nimbos de ópalo, chispea
sulfúrico el bridón, sangra y bravea
y escupe rosas en la faz del día...

Contra la Muerte, de un abismo a otro,
blandió tu mano capitana el potro;
en un Apocalipsis iracundo,

lo dislocó, y ante la cresta indemne
surgiste sobre el sol, roja y solemne
como un Arcángel incendiando un mundo...

Génesis

Los astros tienen las mejillas tiernas...
La luna trunca es una paradoja
espectro-humana. Proserpina arroja
su sangre al mar. Las horas son eternas.

Júpiter en la orgía desenoja
su ceño absurdo; y junto a las cisternas
las Ménades, al sol que las sonroja
arman la columnata de sus piernas

Juno duerme cien noches... Vorazmente
Hércules niño, con precoz desvelo,
en un lúbrico rapto de serpiente,

le muerde el seno. Brama el Helesponto...
Surge un ampo de leche. Y en el cielo
la Vía Láctea escintiló de pronto.

El arpa y Dina

El arpa y Dina: sabias musicales...
mujer en música es el Arpa y Dina
mujer en verso y arpa femenina
de los arpistas supersubstanciales...

Mujer en verso y ánfora de astrales
pitagorizaciones, luna fina,
cisne del lago de Platón, ondina
con ojos de Venecias irreales...

Su mano es pájaro de luz que arranca
noche infinita a cada arpegio... Trema
el Arpa, y llora en una albricia franca;

y Dina muere de ilusión extrema...
Y ambas se cuentan su nostalgia blanca
en un abrazo de amistad suprema!

Epitalamio ancestral

Con pompas de brahmánicas unciones,
abrióse el lecho de tus primaveras,
ante un lúbrico rito de panteras,
y una erección de símbolos varones...

Al trágico fulgor de los hachones,
ondeó la danza de las bayaderas,
por entre un apoteosis de banderas
y de un siniestro trueno de leones.

Ardió al epitalamio de tu paso,
un himno de trompetas fulgurantes...
Sobre mi corazón, los hierofantes

ungieron tu sandalia, urna de raso,
a tiempo que cien blancos elefantes
enroscaron su trompa hacia el ocaso.

Misa bárbara

Trofeo en el botín de los combates,
propiciadora del Moloch asirio,
fué tu cautiva doncellez de lirio,
ofrenda de guerreros y magnates.

Ardía el catafalco. Ante el Eufrates
que ensangrentó el rubor de tus martirios,
sonreíste, entre lámparas y cirios,
al gemebundo requiem de los vates.

Sobre la hoguera de los sacrificios,
cirrió tu carne, mirra de suplicios...
Entonces los egregios Zoroastros,

en un inmenso gesto de exterminio,
erizaron sus barbas de aluminio,
supramundanamente, hacia los astros.

Liturgia erótica

En tus pendientes de ópalos malditos
y en tu collar de rojos sacrilegios,
fulgió un Walhalla de opulentos mitos
y una Bagdad de Califatos regios...

Ante los religiosos monolitos,
al mago influjo de tus sortilegios
grabé a tus plantas, zócalos egregios,
la efigie de mis besos eruditos.

Y fuí tu dueño... Entre devotas pomas;
sacrifiqué gacelas y palomas...
Después, en una gloria de fagotes,

surgiste hacia los tálamos votivos,
sobre una alfombra negra de cautivos,
bajo el silencio de los sacerdotes.

Renunciación simbólica

Entre las refulgentes armaduras,
en mi uniforme y sobre tus emblemas,
pintó la tarde bárbaros poemas
y hecatombes de olímpicas bravuras.

Apeámosnos de las cabalgaduras...
aulló la Esfinge cábalas supremas;
y en un búdico trance de torturas,
relampagueó mi yatagán de gemas.

Al desangrarme en un suplicio heroico,
desvanecí, como un suicida estoico,
mi frente exangüe en tus rodillas yertas...

Y ante el aro sutil de tus ajorcas,
inmolé un beso en las doradas horcas
de nuestras vanas ilusiones muertas.

Oblación abracadabra

Lóbrega rosa que tu almizcle efluvias,
y pitonisa de epilepsias libias,
ofrendaste a Gonk-gonk, vísceras tibias,
y corazones de panteras nubias.

Para evocar los genios de las lluvias,
tragedizaste póstumas lascivias,
entre osamentas y mortuorias tibias
y cabelleras de cautivas rubias.

Sonó un trueno. A los últimos reflejos
de fuego y sangre, en místicos sigilos,
se aplacaron los ídolos perplejos...

Picó la lluvia en crepitantes hilos,
y largamente suspiró a lo lejos
el miserere de los cocodrilos.

EL COLLAR DE SALAMBO

Ojos grises

No sé qué hurañas regiones
de ventisqueros y riscos,
se insinúan en los discos
de tus dos ojos lapones.

Noche boreal... Cerrazones...
Kremlín de nácar... Apriscos
de oso que braman ariscos,
hacia las Constelaciones...

No llores, mi dulce Cleo!
Amor regirá el trineo
por la quimera sin fin...

E iremos hacia los grises,
vagos, enfermos países
que hay en tus ojos de esplín...

LAS LUNAS DE ORO

(TOMO III DE LAS OBRAS COMPLETAS)

Las lunas de oro

Divagaciones románticas

(Junto al lago)

A tí, Julieta amada

I

Hoy mi jardín de pálido poeta
con azucenas de orfandad se viste,
un solo nombre vive en mí: Julieta!
Canta, mi amor, tu soledad y piensa
que sin el sol de su mirada inmensa
mi alma solloza como una agua triste...

II

Llega hasta mí una música divina
de besos y nostalgias: Es Julieta
que suspira en el piano una indiscreta
confesión de latidos... Ella trina
—alondra y surtidor y brisa fina
su canto—encaje y tul y perla rara.

Canta, mi amor, tu soledad y piensa
que al ver el sol de su mirada inmensa
mi alma revive como un agua clara...

III

Surge en delgada y gótica silueta
la tentación de la primera cita,
la buena luna sabe ser discreta
y parece que se oye a Margarita
decir: «un beso!»... «júrame!»... «te adoro!»

Canta, mi amor, tu soledad, y piensa
que sin el sol de su mirada inmensa
mi alma la sueña como un agua de oro...

Una forma sublime en la glorieta
de mi espíritu, vaga... se detiene
y mira... un crepúsculo violeta
junto a sus ojos inspirados tiene:
es mi quimera y es mi hurí, la inquieta
revelación de mi ansiedad obscura

Canta, mi amor, tu soledad, y piensa
que bajo el sol de su mirada inmensa
mi alma la espeja como un agua pura...

Poema violeta

I

Vivir: astros que amanecen,
ebrios de sonambulismo...
Morir: cual gemas de un mismo
collar que se desvanecen!

Conjugar el imposible
con muchos «cielo» y «aimé!»,
mientras el tiempo insensible
se aleja en puntas de pie...

Y en tanto en el bosque giran
elfos de ensueño y driadas,
suspiran porque suspiran
las fuentes enamoradas...

Nevar de frescos jazmines
la ingenuidad de tu moño,
mientras lloran los violines
amarillos del Otoño...

Regresar juntando lilas
por el camino más largo...
Sentir llanto en las pupilas
y sonreir, sin embargo...
Rezar un Ave María,

rimados por la cintura,
y sorprendernos el cura
en esa impropia armonía...

Y si nostalgias te abruman
por algún amor «lontano»,
me contarás en el piano
una quimera de Schumann.

Oh, soledad! Oh, retiros!
Oh, éxtasis! Oh, aflicciones!
Un ¡ay! entre dos suspiros,
como dos interjecciones.

En esto soñaba, cuando
temblé de sorpresa al verte...
Qué bella ha de ser la muerte
juntos... aquí... suspirando!

—Dime si soy tu tesoro,
si me amas a lo inaudito...
—Yo no te amo... te adoro...
Y hasta te odio un poquito...

II

Hora de ¡adiós! y ¡quién sabe!
De ¡te amo! y ¡eres mía!...
Tu mano tiene una suave
fragancia a melancolía!...

Tu peinador lila viste
la ambigua tarde ojerosa,
y está llena de una rosa
felicidad... algo triste!

Todo flota en un dormido
ambiente de más Allá...
Y la tarde en tu vestido
se embriaga de resedá...

III

Te llaman Melancolía
hermana del Arpa Eólica,
porque eres el alma mía,
y mi alma es melancólica...

Muere la tarde de seda,
muere la tarde y me encanta...
Tiene la fragante y queda
agonía de una santa!...

IV

Hay nebulosas discretas
sobre tus labios delgados,
como sombras de violetas,
suspiros precipitados.

Intriga, muerde, provoca
y te da un beso en la nuca,
el gnomo que se acurruca
en los hoyos de tu boca...

V

Cede a mi lírico arranque,
en tanto que taciturnos
sollozan en el estanque
los violoncelos nocturnos!

Deja rodar la fortuna,
ebriamente descuidada,

como un rosario por una
mano que ha estado entregada.

Tu dolor que apenas noto,
como una tenue fragancia,
tiene la triste elegancia
de tu primer guante roto.

No temas que te hagan daño
mis fieras desolaciones:
como Pedro el Ermitaño
jugarás con los leones!

En todo este desconsuelo
que late dentro de mí,
sabe que hay mucho de cielo,
espolvoreado de ti!

Consolará mi infortunio
tu frente, que es la mitad
serena de un plenilunio
pálido de Eternidad!

VI

La tarde que unge tu vida,
hermana de tus sonrojos,

se detuvo ante tus ojos
hasta quedarse dormida...

Tus languideces figuran
convalecencias escuálidas,
y se piensa en las que apuran
vinagre para estar pálidas...

Mientras la tarde se pinta
para sus bodas de muerta,
sueñas con gracia inexperta,
en una toilette de extinta!...

Tu mirada busca el cielo
como un incensario, y ella
se inclina como una estrella
amiga de mi desvelo.

La desolada embriaguez
de mi nostalgia moruna,
sueña con tu delgadez
aérea de joven luna.

Fuera en mi escudo augural,
tu frente, como un cometa,
con su cauda zodiacal
de cabello ultravioleta.

Por tu mirada nocturna,
desolado mar que pasma,

boga hacia Dios taciturna
mi alma, buque fantasma!

Todo lo que en mi te adora
me duele cuando te ruego:
tal un huerfanito ciego
que quiere hablar y en vez llora!

Muchas veces presintiendo
que al fin me puedas amar,
me sube como un pesar
feliz de seguir viviendo!

Y pienso en las oportunas
muertes de iluso desmayo,
y en el casual fin de algunas
novelas que parte un rayo...

Como una indulgencia clara,
sobre mi pecho depón
tu mano que se hizo para
la súplica y el perdón!

VII

La tarde que una Estambul
de oro pintó en tus quimeras,

se ha dormido en tus ojeras
con un éxtasis azul.

Tus dichas tristes en tanto
se muestran siempre inclinadas,
como esas enamoradas
que adoran el campo santo...

No hubiera mayor lisonja
que hacer de mi pecho adusto,
un monasterio a tu gusto
para que entraras de monja!

En la inmensidad remota
huye la tarde, y naufraga,
como una galera vaga,
bajo el incendio en derrota.

El viejo parque se embruja
y se idealiza el canal
y se agrava la Cartuja
de silencio medioeval

Te singulariza un sello
varonil de gracia loca,
la paradoja de vello
lila, que sueña en tu boca.

Tu frente bajo la bruna
duplicidad del bandeux,

delira un claro de luna
entre dos sombras: tú y yo!

Dime, qué brisa te peina,
y qué lucero te adora,
y qué cabeza de reina
humilla tu pie de Aurora?

La tarde que en tus pupilas
alhajó sus primaveras;
ha pintado en tus ojeras
un vago jardín de lilas.

Qué húmedas penas efluvia
tu mirada ultravioleta,
dice la luna incompleta
que tiene ojeras de lluvia.

Mi acento lleno de miedo
y tus miradas infijas,
se asocian como sortijas
hermanas de un mismo dedo.

Allá en la nocturna calma
tiembla un astro sensitivo,
como un punto suspensivo,
de tu alma hacia mi alma.

Y la violeta augural
que ajan tus labios de flor,

ríe a mi pena cordial
como una hermana menor.

Murió la tarde violeta,
tu hermana de soledad,
murió exhalando una quieta
fragancia de santidad...

Las lejanías se ahuman
hacia confines aciagos,
y todo: montes y lagos,
se congestiona de Schumann!

—Mira el azul constelado.
Qué grata iluminación!
Todo ese cielo estrellado
lo tengo en mi corazón.

Oh, tú, la copa irreal
de algún elixir atómico,
la mayúscula inicial
de mi breviario astronómico.

Haz de la luz que te viste,
que en mi penumbra se integre;
con tu dicha un poco triste
yo haría mi pena alegre.

Deja que tu alma retarde
desvanecida en mi hombro,

mientras nos unge la tarde
de vago verso y de asombro.

Condúceme a la imposible
helicona donde bebe
el Infinito y las nueve
musas del Incognoscible.

Sé tú la sacerdotisa
de mi eterna Religión,
y alza en la celeste misa
tu divino corazón.

Amor nos llama, mi dueño,
dame de soñar tu ciencia,
dame de beber la esencia
melodiosa de tu ensueño.

Yo iré hasta el pozo en que arde,
Samaritana tu vino,
como el lucero divino
de mañana y tarde a tarde.

Y sabré, ciego y de hinojos,
como ante el lúgubre Amós,
todo lo que hablan tus ojos
de la otra vida y de Dios!

ECOS

Ecos

El sueño

Pediré, cuando me muera,
que me pongan por sudario
tu divina cabellera,
y tu corazón a modo de divino escapulario...
A la fosa del olvido iré más tarde a soñar.
Llegará el día del Juicio... Cuando la trompeta austera
llame a los muertos—inútil!—yo no querré despertar.

Eres todo!...

Oh, tú, de incienso místico la más delgada espira,
lámpara taciturna y Anfora de soñar!
Eres toda la Esfinge y eres toda la Lira
y eres el abismático pentágrama del mar.

Oh, Sirena melódica en que el Amor conspira,
encarnación sonámbula de una aurora lunar!
Toma de mis corderos blancos para tu pira,
y haz de mis trigos blancos hostias para tu altar.

Oh, Catedral hermética de carne visigoda!
A ti van las heráldicas cigüeñas de mi Oda.
En ti beben mis labios, vaso de toda Ciencia.

Lírica sensitiva que la Muerte restringe!
Salve, noche estrellada y urna de quintaesencia:
eres toda la Lira y eres toda la Esfinge!

Nirvana crepuscular

Con su veste en color de serpentina,
reía la voluble Primavera...
Un billón de luciérnagas de fina
esmeralda, rayaba la pradera.

Bajó un aire fugaz de muselina,
todo se idealizaba, cual si fuera
el vago panorama, la divina
materialización de una quimera...

En consustanciación con aquel bello
Nirvana gris de la Naturaleza,
te inanimaste... Una irreal pereza

mimó tu rostro de incitante vello,
y al son de mis suspiros, tu cabeza
durmióse como un pájaro en mi cuello!...

Holocausto

Junto a la fuente, en posa de agonía,
con arrobo de trágicos juguetes,
hacías naufragar los ramilletes,
que fueron clave de tu amor, un día...

Con viperinas gulas, la onda impía
mordió los aromáticos billetes,
y el sol se desangró en la fantasía
de tus sortijas y tus brazaletes.

La tarde ahogóse entre opalinas franjas...
En tanto, desde el fondo de las granjas,
avivó un piano los inciertos rastros

de tu infantil amanecer primero,
y te sacrifiqué, como un cordero,
mi pobre corazón, bajo los astros!...

El beso

Disonó tu alegría en el respeto
de la hora, como una rima ingrata,
en toilette cruda, tableteado peto
y pasamanerías de escarlata...

De tu peineta de bruñida plata
se enamoró la tarde, y junto al seto,
loqueando, me crispaban de secreto
tus actitudes lúbricas de gata.

De pronto, cuando en fútiles porfías,
me ajaban tus nerviosas ironías,
selló tu risa, de soprano alegro,

con un deleite de alevoso alarde,
mi beso, y fué a perderse con la tarde
en el país de tu abanico negro!...

Determinismo ideal

Otra vez el pasado, con abstrusa
niebla, obsedía su razón serena,
y yo insinuaba a tanta sorda pena,
la sutileza de mi larga escusa...

Su llanto era un reproche en una ilusa
pauta de amor, y más que su alma buena,
me hablaba en elocuencia extraterrena,
su palidez celeste de reclusa.

Hacia la noche negra y estrellada
volvimos abstraídos la mirada...
nos pareció que sobre el tiempo amargo,

caía desde el cielo un gran borrón...
Y nos volcamos bajo un beso largo,
todos los astros en el corazón!...

La intrusa

Por aquella, que siempre me acompaña,
y a quien canto en mis versos, sientes duda,
que llora cuando lloro y que restaña
mi negra herida con su mano ruda...

No hay sino ella que a mi noche acuda,
con frente desolada y alma extraña,
a darme el beso de su boca huraña,
y mirarme con ojos de viuda...

Ella es mi hermana de melancolía,
que con pálida mano de abadesa,
de mustia luna mi camino alfombra...

Ay! si te viera, cuánto te amaría
la triste soledad, tu rival, esa
que odias y es apenas una sombra!...

El juramento

A plena inmensidad, todas las cosas
nos efluviaron de un secreto mago.
Walter Scott erraba sobre el lago,
y Lamartine soñaba entre las rosas...

Los dedos en prisiones temblorosas,
nos henchimos de azul éxtasis vago,
venciendo a duras penas un amago
inefable de lágrimas dichosas.

Ante Dios y los astros, nos juramos
amarnos siempre como nos amamos...
Y un astro fugitivo, aquel momento,

sesgó de plano a plano el Infinito,
como si el mismo Dios hubiera escrito
su firma sobre nuestro juramento!...

El crepúsculo del martirio

Te vi en el mar, te oí en el viento...
OSSIAN

Con sigilo de felpa la lejana
piedad de tu sollozo en lo infinito
desesperó, como un clamor maldito
que no tuviera eco... La cristiana

viudez de aquella hora en la campana,
llegó a mi corazón... y en el contrito
recogimiento de la tarde, el grito
de un vapor fué a morir a tu ventana.

Los sauces padecían con los vagos
insomnios del molino... La profunda
superficialidad de tus halagos

se arrepintió en el mar... Y en las riberas,
echóse a descansar, meditabunda,
la caravana azul de tus ojeras!...

Oleo brillante

Fundióse el día en mortecinos lampos,
y el mar y la ribera y las aristas
del monte, se cuajaron de amatistas,
de carbunclos y raros crisolampos.

Nevó la luna, y un billón de ampos
alucinó las caprichosas vistas;
y embargaba tus ojos idealistas,
el divino silencio de los campos...

Como un exótico abanico de oro,
cerró la tarde en el pinar sonoro...
Sobre tus senos, a mi abrazo impuro,

ajáronse tus blondas y tus cintas...
Y erró a lo lejos un rumor obscuro,
de carros, por el lado de las quintas!...

La liga

«Honi soit qui mal y pense:..»

Husmeaba el sol, desde la pulcra hebilla
de tu botina, un paraíso blanco...
Y en bramas de felino, sobre el banco,
hinchóse el tornasol de tu sombrilla.

Columpióse, al vaivén de mi rodilla,
la estética nerviosa de tu flanco;
y se exhaló de tu vestido un franco
efluvio de alhucema y de vainilla.

Entre la fuente de pluviosas hebras,
diluía cambiantes de culebras,
la tarde... Tu mirada se hizo muda

al erótico ritmo; y desde el pardo
Plinto, un Tritón significó su dardo
concupiscente, hacia tu liga cruda!...

Belén de amor

Soñaban los jardines, y a despecho
de Abril, gemía en fluctuación redonda,
tu seno; y tu cabeza de Golconda
se deshojó de esplín sobre mi pecho...

En la quietud ingenua del barbecho,
la arruga de mi mal se hizo más honda;
y un cisne daba luz entre la fronda
de un sauce, a orillas del estanque estrecho.

Con la última voz del campanario,
ardió la tarde, como un incensario...
Cediendo débilmente a mi querella,

Mojáronse tus ojos de idealismo;
y en nuestro corazón a un tiempo mismo
que en el azul, reverberó una estrella!...

Muerte blanca

Morías, como un pájaro en su nido,
en tu trono emoliente de escarlata;
tus dedos picoteaban al descuido
la fresa que asomaba entre la bata...

A ratos delirabas la sonata
que te inspiró un amor desvanecido;
y oh, resurrexit! con la aurora beata
se abrió a tus ojos un Edén florido.

Plegóse en suavidades de paloma
tu honda mirada; un religioso aroma
fluyó del alma, entre los labios flojos,

y florecieron bajo tus pupilas,
como sonrisas muertas de tus ojos,
dos diminutas mariposas lilas!

El juego

Que nunca llegaremos a encontrarnos...
HEINE

Jugando al escondite, en dulce aparte,
niños o pájaros los dos, me acuerdo,
por gustar tu inquietud casi me pierdo,
y en cuanto a ti... problema era encontrarte!...

Después, cuando el espíritu fué cuerdo,
burló mi amor tu afán en ocultarte...
Y al amarme a tu vez, en el recuerdo
de otra mujer me refugié con arte.

De nuevo, en la estación de la experiencia,
diste en buscarme, cuando yo en la ausencia,
suerte fatal, me disfracé de olvido...

Por fin, el juego ha terminado... Trunca
tu vida fué!... Tan bien te has escondido,
que, vive Dios, no nos veremos nunca!...

La golondrina

Batiendo lindes y salvando zanjas,
alegraba el amor nuestros latidos;
pañuelos charros de amarillas franjas
dijéranse los predios florecidos...

Tiñeron el azul, desvanecidos
celajes rosas, lilas y naranjas;
y collares de fósforo en fluídos
guiños, relampaguearon en las granjas...

Pidiéndome que entrase—en tu querella—
mi alma en tu alma y anidase en ella,
busqué en tu boca el oportuno acceso;

y mi alma—pájaro invisible cuya
gorjeante nota fuera un frágil beso—
entró cantando al seno de la tuya!...

LAS PASCUAS DEL TIEMPO

(TOMO IV DE LAS OBRAS COMPLETAS)

Las Pascuas del Tiempo

I.—Su Majestad el Tiempo

El viejo Patriarca,
que todo lo abarca,
se riza la barba de príncipe asirio;
su nívea cabeza parece un gran lirio,
parece un gran lirio la nívea cabeza del viejo Patriarca.

Su pálida frente es un mapa confuso;
la abultan montañas de hueso,
que forman lo raro, lo inmenso, lo espeso.
De todos los siglos del tiempo difuso.

Su frente de viejo ermitaño
parece el desierto de todo lo antaño;
en ella han carpido la hora y el año,
lo siempre empezado, lo siempre concluso,
lo vago, lo ignoto, lo iluso, lo extraño,
lo extraño y lo iluso...

Su pálida frente es un mapa confuso:
la cruzan arrugas, eternas arrugas,
que son cual los ríos del vago país de lo abstruso
cuyas olas, los años, se escapan en rápidas fugas.

Oh, las viejas, eternas arrugas!
Oh, los surcos obscuros!
Pensamientos en formas de orugas
de donde saldrán los magníficos siglos futuros!

IV.—Recepción instrumental del gran políglota Orfeo

(Cuentos de armonía)

Entra el viejo Orfeo. Mil notas auroran
el aire de ruidos, mil notas confusas:
suspiran las Musas, las Sirenas lloran;
las Sirenas lloran, suspiran las Musas.

Misteriosas flautas que modulan gritos
de bacantes ebrias, de hetaíras locas,
cantan las canciones de los tristes mitos,
de los besos muertos en las regias bocas.

Finas violas trinan los rondeles breves
que en la danza regia dicen los encajes,
las suaves y amables carcajadas leves
de las suaves sedas de los leves trajes.

Sistros marfilados hablan de las lidias
de los viejos reyes; de su real decoro;

de Judith y Esther cuentan las perfidias,
los asesinatos de sus besos de oro.

Címbalos de plata cuentan las historias
de reinas de Saba; de sangrientas misas,
y cascabelean las divinas glorias
de los viejos bardos y las pitonisas.

Suaves mandolinas desabrochan llantos
de Mignones ebrias y Lilis divinas,
y hacen las historias de crueles encantos
y dulces venenos, de las Florentinas.

Cuernos y zampoñas, cobres y trompetas,
(que tienen el triunfo dorado del Sol),
aullan y ladran y rugen y gritan,
los himnos más rojos en tono si bemol,
hablando de guerras, de sangre, de atletas,
de incendios, de muertes y cosas que excitan!

Organos tronantes murmuran canciones,
de mística, vaga, celeste armonía,
que hacen de las barbas de Jehová vellones
para ornar la mesa de la eucaristía.

Discretos violines hacen historietas
de pies diminutos, escotes y talles;
de anillos traidores; de las Antonietas;
de los galanteos del regio Versalles.

Narran mil alegros, de collares ricos,
de aleves conquistas, de alcobas doradas,
las conspiraciones de los abanícos
y las aventuras de las estocadas.

Timbales y oboes, panderos y gaitas
son gitanas tristes, ebrias bayaderas
que dan el almíbar de las chirigaitas,
sangre de cicutas, celos de panteras,

que sugieren dramas de placer y llanto,
risas y suspiros de Selikas locas,
sollozos de Aída, ramos de amaranto,
orgías de vasos, puñales y bocas.

Graves clavicordios, tristes violoncelos,
susurran amores de duques suicidas,
y hablan en la lengua de los terciopelos,
del vino que usaban las reinas queridas.

Guitarras sensibles, en raudos alegros,
hablan de toreros, chulos y manolas;
fingen las tormentas de los ojos negros,
y hablan de los celos de las reinas Lolas.

Ríen con la risa del castañeteo,
vuelan con el vuelo de la seguidilla,
y hablan del hechizo que en el culebreo
ponen las sultanas de la manzanilla.

Surgieren de pronto caderas ariscas,
gestos que provocan y ligas que atan;
toros de lujurias, besos de odaliscas,
canelas, mantillas y piernas que matan!...

VII.—El canto de los meses

Aramis ordena que los danzarines
cuenten sus historias. *Comienza el andante.*
Gimen los oboes, lloran los violines,
(Rabelais se ríe de un cuento picante).

(Cien pajes anuncian. «Monsieur Sagitario,
Madame Virgo, Taurus con un unicornio.
Géminis y Cáncer, Piscis, Léo, Acuario,
Escorpion y Aries, Libra y Capricornio).

Un pueblo de estrellas sus brillos expande;
la orquesta derrama torrentes de notas.
(Entra Cuasimodo, Federico el Grande,
y el Rey Pulgarcillo con sus grandes botas).

Canta el Rey Enero de circuncisiones,
de pascuas alegres, de reyes, de heraldos.

(Llueve blancos lirios, felicitaciones;
confites, muñecos, ramos y aguinaldos).

Liliput envía castaños de nieve,
Gulliver regala cartuchos de enanos;
el gorro de Enero golosinas llueve.
(Se besan las bocas, se juntan las manos).

Febrero el alegre canta y payasea
canciones borrachas, ebrias cavatinas.
(Arlequín solloza, Clown carnavalea;
mil pierrots se abrazan con sus colombinas).

Entra el Rey de Kioto con un frac de adúcar;
Baco está dormido y un bufón lo roba;
Cenicienta, muerde sus botas de azúcar;
(Napoleón es jockey de un palo de escoba).

Se anuncian Tom-Pouce. Montados en cebras,
entran saludando Narciso y Pepino.
(Llueve cascabeles, diablos y culebras;
botellas, harinas y affiches de vino.)

Marzo, Rey de Ayuno, canta la plegaria
de todas las téinporas, hambres y abstinencias.
(Se ven: una ermita triste y solitaria,
Fray en la garita de las penitencias).

Entra el Rey Otoño, de gris adornado,
muy pálido y triste (llueve agua bendita);

el Otoño quiere llorar un pecado,
y habla con el fraile que está en la garita.

«Cortaos el verde cabello»—le dice—
el fraile al oído fingiendo congojas.
(Mueren Julia, Elena, Flora, Cleo y Bice.)
Los árboles llueven su lluvia de hojas.

Los árboles lloran su calvicie blanca.
El Otoño llora; (llueve agua bendita)
el coiffeur aéreo las hojas arranca.
(Llora la campana de la triste ermita.)

Abril, el sagrado Rey de los olivos
canta el Evangelio de las buenas almas.
(Lucen en el ara los corderos vivos;
se agitan pañuelos, túnicas y palmas).

Abril, el sagrado Rey de los Calvarios,
canta de suplicios y llagas divinas;
(los frailes rezongan *Patres* y rosarios,
y llueve vinagre, sudores y espinas).

Abril, el sagrado Rey de los rituales,
entona maitines de notas opacas;
(de pronto anochecen los claros vidriales,
se apagan los lirios, ladran las matracas).

El Rey Abril canta de Resurrecciones,
de la alegre danza de los incensarios;

(las misas cantadas gritan sus canciones,
y laten los pechos de los campanarios).

El Rey Abril canta su alegría suma,
llamando a los fieles para sus convites
(Las campanas bailan, el incienso fuma;
llueve cera, cohetes, flores y confites).

Mayo, el caminante de la buena ruta,
canta los rastrillos, la sierra y el zoclo.
(San José fabrica trenzas de virutas;
San Isidro peina sus barbas de choclo).

Junio, el Rey de estufas, canta los rondeles
que hacen cuando bailan, los raudos patines,
(entra el rey Invierno, vestido de pieles,
con blancos paraguas y blancos botines).

Junio, el Rey más blanco de los doce Meses,
canta el aleluya de los reyes místicos:
(Llueven lenguas rojas los Pentecosteses.
Corpus Christi llueve panes eucarísticos).

Junio, el Rey más blanco, blanco néctar bebe;
bebe blanca nieve, nieva blanca harina;
toma blancas hostias; llueve leve nieve;
canta la nevada de la fe divina.

El monarca Julio canta las concordias
de las caridades y visitaciones.

(San Vicente llora sus misericordias,
y la Virgen llora sus revelaciones).

Agosto, el furioso Rey de turbulencias,
canta la sonata de los huracanes.
(Los ángeles juegan a las indulgencias...
Santa Rosa llora llanto de volcanes).

El joven Septiembre, trina las canciones
que hablan de bohemias, flores y zagalas;
que hablan de los bailes de los corazones,
y los cuchicheos de las colegialas.

Septiembre, el mimado de las reinas rosas,
echa en su casaca mágicos olores:
(llora el Arco Iris, flores, mariposas,
ríe Primavera, ríen los amores).

Ríen los amores, ríe Primavera;
(llueven mariposas, flores peregrinas);
los amores ríen en su real litera
llevada por hadas y por golondrinas.

Octubre, el Rey dandy canta de las blondas
que en el aire dejan dulce de fragancia,
del beso que ritman las formas redondas
que atesoran opios y magias de Francia.

Noviembre se signa y hace funerales,
y responsos mudos, de mudos misterios:
Noviembre es el mudo de los carnavales,
de los carnavales de los cementerios.

Noviembre, el Rey Negro del ceño fruncido,
canta los lamentos de una viuda alouette;
a todos los santos les hace un cumplido,
cuando no lo espía Madame Squelette.

Noviembre a quien aman las negras Gorgonas,
es Rey de cipreses y de golondrinas.
(Las bellas floristas le labran coronas;
los sepultureros le piden propinas).

Diciembre el Rey Fauno, canta barcarolas
que elogian los raptos de blancas primicias,
que hacen en la playa las lúbricas olas
babeadas de besos y suaves caricias.

Diciembre el ardiente canta el ritornelo
de blancas kermeses y fiestas del río;
(llueve brin, zaraza, sudores y hielo.
Vestido de rojo penetra el Estío).

Diciembre el ardiente sus pasiones narra,
y habla de indiscretos, suaves esperezos.
(pulsa su bordona la inquieta cigarra,
y el grillo armoniza collares de rezos).

Diciembre, el alegre Rey de Nacimientos,
habla de pesebres, bueyes y cayados.
(Los abuelos cuentan sus más lindos cuentos,
y llueve pan dulce, castañas y helados).

Alegres saludos y aplausos corteses
vibran en los aires. (Una bella hazaña
cuenta un duque. Ríen, amables, los Meses
haciéndole gracias al noble Champaña).

Resuenan los Coros:

Amemos al viejo Patriarca
que todo lo abarca;

Su pálida frente es un mapa confuso;
la abultan montañas de hueso
que forman lo raro, lo inmenso, lo espeso,
de todos los siglos del tiempo difuso.

LOS MAITINES DE LA NOCHE

Los maitines de la noche

Desolación absurda

Je serai ton cercueil
aimable pestilence!...

Noche de tenues suspiros
platónicamente ilesos:
vuelan bandadas de besos
y parejas de suspiros;
ebrios de amor los cefiros
hinchan su leve plumón;
y los sauces en montón
obseden los camalotes
como torvos hugonotes
de una muda emigración.

Es la divina hora azul
en que cruza el meteoro,
como metáfora de oro

por un gran cerebro azul.
Una encantada Stambul
surge de tu guardapelo,
y llevan su desconsuelo
hacia vagos ostracismos,
floridos sonambulismos
y adioses de terciopelo.

En este instante de esplín,
mi cerebro es como un piano
donde un aire wagneriano
toca el loco del esplín.
En el lírico festín
de la ontológica altura,
muestra la luna su dura
calavera torva y seca,
y hace una rígida mueca
con su mandíbula obscura.

El mar, como gran anciano,
lleno de arrugas y canas,
junto a las playas lejanas
tiene rezongos de anciano.
Hay en acecho una mano
dentro del tembladeral;
y la supersubstancial
Vía Láctea se me finge
la osamenta de una Esfinge
dispersada en un erial.

Cantando la tartamuda
frase de oro de una flauta,
recorre el eco su pauta
de música tartamuda.
El entrecejo de Buda
hinca el barranco sombrío,
abre un bostezo de hastío
la perezosa campaña,
y el molino es una araña
que se agita en el vacío.

Deja que incline mi frente
en tu frente subjetiva,
en la enferma sensitiva
media luna de tu frente,
que en la copa decadente
de tu pupila profunda
beba el alma vagabunda
que me da ciencias astrales,
en las horas espectrales
de mi vida moribunda!

Deja que rime unos sueños
en tu rostro de gardenia,
hada de la neurastenia,
trágica luz de mis sueños.
Mercadera de beleños
llévame al mundo que encanta;
soy el genio de Atalanta

que en sus delirios evoca
el ecuador de tu boca
y el polo de tu garganta!

Con el alma hecha pedazos,
tengo un Calvario en el mundo;
amo y soy un moribundo,
tengo el alma hecha pedazos:
cruz me deparan tus brazos,
hiel tus lágrimas salinas,
tus diestras uñas espinas,
y dos clavos luminosos
los aleonados y briosos
ojos con que me fascinas!

Oh, mariposa nocturna
de mi lámpara suicida,
alma caduca y torcida,
evanescencia nocturna;
linfática taciturna
de mi Nirvana opioso,
en tu mirar sigiloso
me espeluzna tu erotismo
que es la pasión del abismo
por el Angel Tenebroso!

(Es media noche). Las ranas
torturan en su acordeón
un «piano» de Mendelssohn

que es un gemido de ranas;
habla de cosas lejanas
un clamoreo sutil;
y con aire acrobatil,
bajo la inquieta laguna,
hace piruetas la luna
sobre una red de marfil.

Juega el viento perfumado,
con los pétalos que arranca,
una partida muy blanca
de un ajedrez perfumado;
pliega el arroyo en el prado
su abanico de cristal,
y genialmente anormal
finge el monte a la distancia
una gran protuberancia
del cerebro universal.

Vengo a ti, serpiente de ojos
que hunden crímenes amenos,
la de los siete venenos
en el iris de sus ojos;
beberán tus llantos rojos
mis estertores acerbos,
mientras los fúnebres cuervos,
reyes de las sepulturas,
velan como almas obscuras
de atormentados protervos!

Tú eres póstuma y marchita
misteriosa flor erótica,
miliunanochesca, hipnótica,
flor de Estigia acre y marchita;
tú eres absurda y maldita,
desterrada del Placer,
la paradoja del sér
en el borrón de la Nada,
una hurí desesperada
del harem de Baudelaire!

Ven, declina tu cabeza
de honda noche delincuente
sobre mi tétrica frente,
sobre mi aciaga cabeza;
deje su indócil rareza
tu númen desolador,
que en el drama inmolador
de nuestros mudos abrazos
yo te abriré con mis brazos
un paréntesis de amor!

Julio

Frío, frío, frío!
Pieles, nostalgias y dolores mudos.

Flota sobre el esplín de la campaña
una jaqueca sudorosa y fría,
y las ranas celebran en la umbría
una función de ventriloquia extraña.

La Neurastenia gris de la montaña
piensa, por singular telepatía,
con la adusta y claustral monomanía
del convento senil de la Bretaña.

Resolviendo una suma de ilusiones,
como un Jordán de cándidos vellones
la majada eucarística se integra;

y a lo lejos el cuervo pensativo
sueña acaso en un Cosmos abstractivo
como una luna pavorosa y negra.

Octubre

Primavera celebra las pubertades...

Un crimen de cantáridas palpita
cabe el polen. Floridos celibatos
perecen de pasión bajo los gratos
azahares perversos de Afrodita.

Como un corpiño que a besar excita,
el céfiro delinque en los olfatos;
mientras llueven magníficos ornatos
a los pies de la Virgen de la ermita.

Tocando su nerviosa pandereta
una zagala brinca en el sendero;
y al repique pluvial de la pileta,

con un ritmo de arterias desmayadas,
se extinguen en el turbio lavadero
las rosas de las nuevas iniciadas.

Esplin

Todas las cosas se visten de una vaguedad profunda;
pálidas nieblas evocan la nostalgia de París;
hay en el aire perezas de cocotte meditabunda.
Llenos están cielo y tierra de un aburrimiento gris.

Otoño el príncipe, vela tras una tenue vitrina,
medio envuelto en la caricia de su pálido jubón.
Flora, enferma, se desmaya mientras el Hada neblina
abre a los silfos del sueño, su palacio de algodón.

Pulsa el arpa somnolienta; y haz que tus dedos armónicos
salten como plumas de ópalo de un verderol del Edén
y que me finjan tus manos dos insectos filarmónicos,
dos arañas venturosas de un ensueño de Chopin.

Yo quiero ver en tus ojos una tiniebla azulina
de la clorótica noche de tu faz plenilunial;
crucifícame en tus brazos, mientras el Hada neblina
fuma el opio neurasténico de su cigarro glacial.

LAS PLAGAS

Las plagas

«Era su mano una sentencia. Y me arrastré como un gusano...»—*Job.*

—Aguza la vista, imbécil: Brilla el crimen en las dagas,
frente a ti;
las emboscadas se erizan en el bosque. Dos chacales,
gruñen fieramente el rastro de tu inconsciencia febril!
—No puedo, no!
Ya la noche de tus ojos ha caído sobre mí!...

—Un paso más y amaneces, necio pingajo de arcilla!
La cumbre canta tu gloria como un blanco muecín.
No alientes, cierra los párpados! Bajo tus pies, el abismo
polariza su mirada criminosa de Caín.
—No puedo, no!
El vértigo de tus ojos ha caído sobre mí!...

—Iluso, el polo te arroba. Sobre la blanca gangrena,
clave tu paso la enseña del atavismo viril!
Gloria a tu nombre! Adelante, cretino, con tu osamenta!

La aurora boreal corona tus audacias de reptil.
—No puedo, no!
El invierno de tus ojos ha caído sobre mí!...

—Vuelve hacia atrás miserable! Saluda al simún, no tiembles;
toma rumbo a la cisterna y al datilero gentil.
Oh, estulto! La Esfinge aulla de muerte a tu caravana.
Viene un séquito verdugo de cuervos para el festín...
—No puedo, no!
La perdición de tus ojos ha caído sobre mí!...

—Boga con genio, insensato! La epilepsia constrictora
del Océano te escupe. Puja con rabia, infeliz!
La jauría de las olas grita el drama de tu sangre
y en las fauces de algún monstruo irás pronto a sucumbir!
—No puedo, no!
La tempestad de tus ojos ha caído sobre mí!...

—Canceroso de soberbia, mordido por la neurosis:
erige al Cielo tus náuseas. Rinde la torva cerviz!
Primaveriza, cadáver amable de ilustre crápula!
Dios te concede un minuto cordial para ser feliz.
—No puedo, no!
La maldición de tus ojos ha caído sobre mí!...

—Condenado espeluznante, donde vas y donde pisas
la alegría tiene fin:
perro esclavo de ti mismo, réprobo infame, libértate

de tu infección luminosa, gusta la paz, Angel ruín!
—No puedo, no!
El infierno de tus ojos ha caído sobre mí!...

—Cuánto sufres, dios leproso del corazón; es horrenda
la vigilia suicidante de tus llagas, alma vil!
Depón tu vida, cobarde; besa el asco de la muerte;
entra en mi tumba de olvido y dejarás de existir!
—No puedo, no!
La eternidad de tus ojos ha caído sobre mí!

Octubre 1904.

Amor

Papa intrigante y femenino, lame
tu sandalia infecciosa el mundo entero;
sublime charlatán, gran embustero,
mercader falso de amuletos,—dame

tu filtro que envenena y que hace infame;
anima con tu cifra nuestro cero,
tu lepra es el incienso más sincero
que ondular puede el vil que te proclame.

Simpático demonio! Monstruo hipnótico
de cuerno egregio y alas de narcótico...
Galante dios podrido hasta los huesos.

A ti la gracia de humillar te cupo,
siglos y reyes, con tus aptos besos,
oh, Amor, gloria a tu nombre!... yo te escupo!

LA VIDA Y OTROS POEMAS

(TOMO V DE LAS OBRAS COMPLETAS)

Los ojos negros de Julieta

De par en par muy abiertos
cual las puertas del amor,
he visto en sueños dos ojos
que me causaron pavor;
golondrinas de mi Otoño
y aureolas de mi Cruz,
me alumbraron con su sombra,
me cegaron con su luz!

Desde que soñé con ellos
les vi ternura y reproche:
son mis amigos de día,
son mis huéspedes de noche!
Centinelas de mi alma,
nunca dejaron de verme,
se abren para interrogarme,
jamás para responderme!

Profundos ojos de Símbolo
en cuyas negras elipsis,
ríe «Las mil y una noches»
y brama el Apocalipsis!
Lóbregas linternas mágicas
de un vago kaleidoscopio:
alcázares de silencio
y Paraísos de opio!

Ojos que insultan y aplacan,
ojos que enseñan a amar,
y que en el fondo de un vaso
los encontró Baltasar!
Ojos raros, negros cisnes
del bosque de la Pasión,
que adoró Pentesilea
y soñó la Maintenon!

Son la noche de Saturno
por el alba sorprendida:
verdugos y creadores,
matan al par que dan vida!
Me hacen ver gratos Edenes
y a un tiempo me dejan ciego:
para mí está el Paraíso
en las llamas de su fuego!

Como la frente de Jove,
tiene la luz que repele:

la luz que dió vida a Baco
e hizo morir a Semele!
Ojos de briosas Medeas,
ojos de altivas Zoraidas,
arrancadas por las Furias
a las sangrientas Danaidas!

Son de una mujer amable
y terrible, cuando quiere:
que mata cuando acaricia
y acaricia cuando hiere!
Ojos en cuyas ojeras
Amor esbozó un violado
Jardín del Mal, y dos manchas
sacrílegas del pecado!

Cuando adora son sus ojos
un «fiat lux» de placeres:
como las piedras de Pirra
cristalizaban mujeres!
Cuando no late o execra,
son Cerberos que arrebatan
y son glaciales Medusas
que petrifican y matan!

Ojos de enigma sombrío,
ojos de rapto severo:
ojos que dicen: te juro!
ojos que dicen: me muero!

ojos románticos, límpidos
como dos lagos de Escocia,
y guardados por un monstruo
como el raudal de Beocia!

Al par que mucha esperanza,
mucho dolor miro en ellos:
negras Esfinges de duda,
son terribles y son bellos!
Como imanes caprichosos,
me atraen y me rechazan,
y son faros que me guían
y carbones que me abrasan!

Arde el amor en su foco
como en un vivo crisol,
y en su regia faz esplenden
como las manchas del Sol!
Cuando me esquivan los busco,
pálido de frenesí,
cuando no quiero mirarlos
siempre están fijos en mí!

Astros de eclipse, agoreros
en mis esplines de niebla:
astros que son pura lumbre
y que son pura tiniebla!
Precipicios en que habitan
flamígeros Leviathanes,

y cráteres carbonosos
de fatídicos volcanes!

Son cual ossiánicas nubes;
que dan vértigo y desmayo;
con el relámpago alumbran,
para matar con el rayo!
Son los negros ruiseñores
de mis noches de insosiego:
son dos duendes emboscados
en un castillo de fuego!

Ojos que he visto en Damasco,
ojos que he visto en Ormuz,
que son Alhambras de sombra
y Trocaderos de luz!
Ojos que son las monedas
con que se compra una hurí,
y los claros talismanes
que usó el Pontífice Alí!

Son las lámparas eternas
y las flamígeras urnas
de Neith, y los laberintos
de las Thulé taciturnas!
Fuegos fatuos que lucieron
en la Reina de Sabá,
y palomas mensajeras
venidas del más Allá!

Ojos fetiches sonámbulos,
ojos etíopes con celo,
ojos que tienen rugidos
como las iras de Otelo!
Ojos en que hay raros bailes
de salamandras lascivas,
ojos que muerden, que besan
y que son dos «aguas vivas»!

Ojos perversos y mansos,
ojos tristes y risueños,
ojos que son como el «Mane,
Tecel Fares» de mis sueños!
Proserpinas indulgentes
para el Plutón que las roba:
criminales en su celda
y Sultanes en su alcoba!

Lo que más me agrada en ellos
es ¡ay! lo que más me arredra:
son la plegaria de Palas,
y la imprecación de Fedra!
Ojos de dulce Solyma
y de espantable Gorgona:
son Radamante que juzga,
y son Minos que perdona!

Ojos que como el Mar Muerto,
tienen sordas ardentías,

y que son dos uvas negras
de la vid de mis orgías!
Cafres que atisban; vampiros
de luz acariciadores:
ojos que tienen el brillo
de los aceros traidores!

Astrólogos en vigilia,
cuervos de Odín en visión;
y a media noche extasiados
muecínes en oración!
Ojos que evocan insomnes
lampadarios de un Augur,
y que semejan dos negras
panteras de Vishapur!

Ojos troneras del Tártaro,
y espejos del Eliseo,
cisternas del Flegetón
y Pagodas del Leteo!
En ellas bebe retinto
café de insomnio, mi esplín;
y en su fondo desolado
guiñan noches de Caín!

Ojos Crujías del Caos, donde
el Angel Negro se asoma,
y que son (alguien lo ha dicho)
dos pecados de Sodoma!

Ojos que hacen pensar
en pócimas de Lucrecia,
y en trágicos enlutados
de un Carnaval de Venecia!

Son fulgurantes Profetas
sobre un Tabor inspirado:
son las manchas del Vacío
en el gran cielo estrellado!
Son luciérnagas en fiebre,
luces malas en delirios,
hadas negras de Damasco
y Plañideros Asirios!

Braseros de Nigromancia,
custodias de pedrería,
Santa Santorum del Cielo,
y Hortus Conclusus del Día!
Piscinas de mármol negro
y asfodelos de Judá,
broches de estrellas de Maya,
y cuevas de Alí Babá!

Lunas raras de Astarté,
basiliscos de Colonia,
vigilantes hidras negras
de un portal de Babilonia!
Son carbunclos de Semíramis,
perlas negras de Astrakán,

y son flores luminosas
del jardín de Solimán!

Ojos narcóticos; tétricas
adormideras de Budha,
lotos que abren en los parques
de la gran Nirvana muda!
Borras que halló Sardanápalo
en la copa del Placer,
amuletos de la muerte
e imanes de Lucifer!

Bellos ojos que surgieron
de las iras de Neptuno,
cual insigne Vía Láctea
brotó del seno de Juno!
Ojos cantáridas vivas
y falenas venenosas
que sirvieron de excitantes
en la mesa de las Diosas!

Ojos Olimpos de gloria
que me dicen: Vuelve atrás,
Belerofonte ha caído
y tú muy pronto caerás!
Ojos de Osiris, hipnóticos
soles de Serapeión,
astros que emerjen con garras
de la boca de un Dragón!

Ojos de Estigia en que rielan
lunáticos cabrilleos;
alacranes de Rachilde
en lúbricos himeneos!
Ojos que se me figuran
agazapados ladrones
y zalameros abates
del tiempo de los Borbones...

En su presencia me asisten
quiméricos Zoroastros:
soy Melampo que adivina
y Quirón que lee en los astros!
Lejos de ellos, soy Mazeppa
espectral sobre una suerte
de Clavileño murciélago,
en viaje hacia la muerte!

Ojos que son las ventanas
insinuantes de un harén,
y como el fruto especioso
que Eva comió en el Edén!
Ojos que tienen veneno,
ojos que dan el hatchis,
procedentes de Turquía
y adquiridos en París!

Cuando los estoy mirando
siento un placer que me duele,

siento un dolor que me gusta
y una atracción que me impele!...
Sé que en ellos flota un algo
que es amor y es odio eterno:
son las alas del Empíreo
y los antros del Infierno!

Ojos que hubiera soñado
el travieso Rabelais,
que dicen un epigrama
como bailan un *minué*...
Que en el registro del alma
tocan provocando *bis*,
un allegro de Rossini
y una sonata de Liszt!

Son los crótalos de Siva,
son los rayos de Visnú,
y son las piedras de escándalo
con que lucha Belcebú!
Son los fosos de las fieras
que salvaron a Daniel,
son las selvas de Alighieri
y los antros de Ezequiel!

Ojos que me crucifican
sueño a sueño en el Azur,
transmigrados en los nítidos
clavos de la Cruz del Sur...

Son mis amigos remotos
y en la noche en que sucumba,
en el Carro de los Astros
me llevarán a la tumba!

Ojos que sois gloria y luto
de mi eterna pesadumbre,
que vuestro fulgor me ciegue
y vuestra sombra me alumbre!
Ojos de alegre tiniebla
y de triste resplandor:
sed los cirios de mi féretro,
sed la antorcha de mi Amor!

Sueño un sol que me oriente
y una noche que me enfríe.
Jonás busca quien lo trague
y Tobías quien lo guíe!...
Oh, mis divinos verdugos!
Ojos que vais donde voy,
no me matéis, alejaos...
Venid, matadme, aquí estoy!...

LES VIERGES AU CREPUSCULE

Les vierges au crépuscule

(De Albert Samain)

—Naís, de tu sortija no veo los colores...
—Lydé, yo de los cisnes he notado la ausencia...
—Naís, no oyes la dulce flauta de los pastores?
—Lydé, de los naranjos no percibes la esencia?
—Naís, por qué soy presa de un acerbo temblor,
al mirar a lo lejos morir el sol marino?
—Lydé, por qué yo sufro y tiemblo de pavor
al ruido de los carros que entran en el camino?
Y ambas de quince años, vírgenes criaturas,
sienten en la terrasse de olores emolientes,
el corazón fundírseles en lágrimas obscuras,
y, uniendo sus cabellos al inclinar las frentes,
a un rapto en que la boca en la boca palpita,
dulcemente sollozan en la tarde infinita...

EL CIRCULO DE LA MUERTE

El círculo de la muerte

Entre los procedimientos literarios que se han sucedido, desde la época de la Biblia y de los rapsodas, hasta nuestros días, en verdad, no hay ninguno que pueda vanagloriarse de vivir demasiado, lo que quiere decir que el alma de la sociedad, sedienta de imposible, versátil y caprichosa, cautiva, inquieta, encantada de más allá, y sin poder rebasar un límite, como la onda llena de luna, anhela siempre variar, variar infinitamente, mostrándose en esto mujer, que se aburre harto pronto de un mismo color y de una misma moda, que desdeña hoy lo que hasta ayer adoraba, y que mañana volverá a adorar lo que hoy le hastía (1).

---

(1) Pienso en la regresión a los antiguos cánones y en cómo se tocan los extremos más avanzados de los caprichos de actualidad, con sus se-

Mucho se ha escrito y se ha tartamudeado, por estetas, revisteros, dilettantis y hasta reporters, sobre el eterno, como a mi ver, inútil pleito de las literaturas; y es de buen gusto evitar citas y reminiscencias al beato lector cuyo es el derecho de exigirnos una opinión por sandia que sea, pero al fin propia y no de las que se deslizan por contrabando habitual y pacto con la memoria, después de ricos preludios y fugas de biblioteca, en este libresco siglo.

Si es que en definitiva las viejas formas de expresar la sensación hubieran sido universalmente rechazadas por todos los escritores y «sensitivos», después de veinte o treinta centurias de disciplina en el yunque, y substituídas por otras que simbolizasen una actualidad artística de gustos y matices, contrapuestos a los lejanos moldes primerizos, —esto nos suministraría el criterio científico de una innegable superioridad de arte y de pensamiento en nuestra época, sobre el pasado, y de una sanción darwiniana de complejidad o heterogeneidad, en los órganos psicológicos de apreciar y producir lo Bello. Tal adelanto implicaría, sin aspavientos, un simple grado en el proceso de la máquina sensible, correlativo a otros adelantos que se realizan en el organismo. Desde luego no sucede así: el campo de la Estética, tanto en su fondo como en su apariencia, sigue dividido protéicamente en banderías que entra-

---

mejantes de hace dos mil años. Presumo un ciclo de evoluciones cuyo término está en el principio ya conocido, a donde tal vez nos dirigiremos, para volver a recorrer lo andado, sin cambiar jamás de horizonte y con extremos siempre los mismos.

ñan las más variadas indumentarias, y que se divorcian, por grados, en definiciones, en sutilezas, en un dédalo de fórmulas y de razonamientos casi metafísicos, que hacen sonreir, cuando no bostezar, y que conducen, después de todo, al laberinto de las cien mil puertas. Se trata de una Babel en que las lenguas se confunden y en que los hombres riñen, mientras el edificio se desmorona aplastándolos a todos.

Quienes arrancan de la lógica, quienes del lenguaje, quienes del capricho, quienes del desinterés en la sensación, quienes del ensueño, quienes del sonido, quienes del aparato fisiológico, quienes de la emoción quintaesente, quienes de la novedad sutil, quienes de la revelación pitagórica o de un concepto místico de la virtud como belleza, quienes de lo morboso y de lo efímero, quienes de lo impreciso en la conciencia, quienes de la natura, quienes del yo egoísta y paradojal, quienes de la moral sociológica en la simpatía. ¡Qué infierno, santo Dios!... ¿Y qué es Belleza, al fin; en qué consiste; cómo se produce; en dónde se la encuentra; cuáles son sus leyes?...

Todos hablan en nombre de alguna cosa y nos invocan alguna razón y nos deparan algunos libros y se acogen a algún profeta, filósofo o literato. Estos predican la sobriedad, la sencillez, la justeza, la línea, la proporción, la melodía, el contorno; aquellos, el derroche, la complejidad, la imaginación, el color, el desaliño, la asimetría, las di-

sonancias de Wagner; los de más allá se enferman o aspiran opio para ver lo que nadie ha visto y decirnos lo que nadie entiende; se clama por lo objetivo sereno; se vocifera por lo subjetivo estremecedor; luchan la Biblia y la Odisea, la curva y el zig-zag, la música y el aullido, Sófocles de plata y Job de estiércol; aquí se grita: sed claros, haceos comprender; más allá: esfumad, apagad, misteriad... haceos adivinar; los brujos de Mallarmé nombran sus padrinos a Pitágoras y Zoroastro; los escultóricos de Leconte de Lisle a Newton y Aristóteles; tales hacen la aritmética de la gramática y la gramática de la sensación, budhistas enterrados vivos en sus retóricas de penitencia; otros como fetiches de histerias raras, atormentan la sintaxis y el sentido a plomo con torcimientos de danza del vientre, a cual más absurdo y vicioso... Luego, fumistas y rajahs, visten exótica y carnavalescamente el pensamiento, hasta el punto que éste no asoma ni las narices, entre la espesa malla de ornamentaciones inútiles o grotescas que lo degradan—y quienes, por último, lo ponen fotográficamente en carnes sobre la página viva, en nombre de un realismo que es, a veces, banalidad de tres al cuarto, y, a menudo, escándalo de «vaudeville».

¡Qué diversidad de gustos y de aspiraciones ¡Qué inquietud dantesca de receptividad emoviente! ¡Qué embolismo de palabras y de teurgias antípodas! ¡Qué crespa vorágine de pensamiento! A través de tan insólitos disfraces y del charlatanismo oficial de pre-

ceptores y discípulos, se diría que Belleza no es «una», sino múltiple; que es un mero punto de vista personal, un tono del prisma psíquico, que cada hombre ve y siente de distinta manera, bajo circunstancias especialísimas, una cosa que es siempre la misma en potencia y substancia, que forma parte elevada de nuestro sér íntimo; un postulado natural, que aparece, por decirlo así, como una condición psicológica prestablecida en nuestra existencia, como un modo innato del espíritu, pero, que el frío análisis nos lo da como un sentido particular, en conexión con los centros unánimes del sistema nervioso, más o menos desarrollado en ciertas razas y en ciertos individuos, pero un sentido, al fin, que como el gusto o el tacto, todos tenemos, y que lo podemos ejercitar, con mayor o menor eficacia, según los temperamentos.

Tal anomalía fuera que unos vieran verde lo que otros contemplan rojo, o que ciertos paladearan vainilla donde algunos saborean ajo, lo cual me parece una broma. El caso, sin duda, no deja de ser curioso, y tienta agudamente la introspección seriada que, a mi juicio, deberá aplicarse no al arquetipo, ni siquiera al selecto, sino en común, a la colectividad sintiente, según los grupos, las circunstancias exteriores y las características étnicas.

Examinemos sino estos dos criterios, puesto el uno frente al otro después de dos mil años, como dos enemigos dentro de una misma plaza: Platón, el que fundó la Estética del Ideal, hizo consistir el

Arte en el pensamiento puro. «Pensad y haréis sentir», decía a sus discípulos el enemigo de los poetas. Las palabras eran para el Maestro una servidumbre del único señor, el raciocinio, sin embargo de que el gran ideólogo ha sido, por excelencia, el soñador armonioso y el más insigne de los poetas.

Verlaine, un pobre Platón de taberna, decía, por lo contrario: «Sonad y haréis pensar: sugerid ideas por simples sonidos: las dos son ideas melodiosas. Todo ritmo da un pensamiento. Impresionad». También los formalistas, los estatuarios, los neo griegos del Parnaso, dan preferencia a la palabra sobre la idea y a la línea sobre la emoción. En mi concepto —abro un paréntesis—los «mentistas» exclusivos nunca harán arte culto, dándonos el pensamiento en estado de barbarie ingénita, como un metal grueso, áspero, obscuro y sin relieve, que ofende el espíritu; los segundos, exagerando el principio de la forma, caerán en la impostura infantil de un falso arte como es el de modelar caprichos inexpresables, sin verdad y sin vida, o de vestir por simple «snobismo» maniquíes de entretenimiento.

Desde el Profeta del Pórtico al cíclope agudo Kant, el esteta de la percepción, y desde Kant a Guyau, un joven Crisóstomo que fundó su encantadora doctrina sobre el principio de la simpatía social, cuánto se ha discutido, cuánto se ha sofismado inútilmente sobre el modo de hacer arte, de fundarlo, de dirigirlo; sobre su génesis, sobre su naturaleza filosófica, sobre su objetivo esencial o sobre su no obje-

tivo, que lo mismo da; (1) haciéndolo derivar de Dios, o de la fuerza panteista magnética del Universo, considerado utilitariamente como un fin necesario, como una ley de orden vital, como un precipitado de la conciencia o como un diletantismo superior, según Spencer,—y en el delirio místico de algunos sacerdotes, ha llegado hasta proclamársele ilustre engendro de Satanás, que vino al mundo para servirlo... Sonriamos, no es para menos, de lo que es el hombre ante la Belleza, y de lo que es el genio ante su obra. Que espíritus oceánicos, síntesis de humanidad, mayúsculas de psicología, sumas totales de la especie, jueguen un rol de niños docentes, queriendo explicar qué es Arte y en qué consiste, y que se pasen la vida inflando burbujas y moliendo sabias necedades, es algo solemnemente jocoso...

Y en cuanto a géneros, orígenes y tesis constitutivas, ¡qué caos de divergencias! Desde el arte por Dios, que fué el primer arte, arte por la patria, arte por la guerra, arte por la agricultura, arte sibarítico por el placer, arte caballeresco por la dama, arte palatino por el ingenio, arte por la política, pasamos, nada menos, que al arte por la Humanidad, cuyo patriarca es Hipólito Taine; arte

(1) Hubieron filósofos y moralistas enemigos del arte, que le negaron rol alguno de importancia en el desarrollo del espíritu, y hasta lo responsabilizaron negativamente de atrofiar las facultades superiores en provecho de un ejercicio animal de sentidos subalternos. Los cristianos lo execraban, pretextando estos y otros razonamientos y culpándole de vanidad y de hipócrita materialismo.

por «uno mismo» del señor Ego Sum Barrés; arte por «todos» que se heleniza en Renán, se poetiza en Hugo, se socializa en Guyau y se espiritualiza en Tolstoi; arte por la Vida que se atosca de Claudio Bernard y de los médicos del naturalismo en boga; arte por la Muerte, suicidante, asiático, pesimista, que se envenena, en Schopenhaüer, hace arcadas en Baudelaire, y se afemina en los ingenuos místicos de la decadencia; arte por la Superioridad, que se individualiza en Herbert Spencer y se embriaga en la viña tudesca de la detonante megalomanía de Nietzsche, con que nos asordan los mesiánicos del super-hombre; arte por el arte, dulce y huraño, contemplativo y grave que se «glisa» silenciosamente por una cinta blasonada, a la media noche, desde la Torre del conde Vigni; y hasta—¡qué gracioso!—arte por la Ciencia, lo que es un colmo de colmo, un duplicado aritmético, dos presas de un solo disparo, un super-arte neoyorkino, en fin, como es poner en consonante nada menos que un curso de historia, la geografía o los preceptos del guaraní!...

¡Cuánta definición, cuánto embrollo, cuánta nada imponente, qué frontispicio de papel impreso! ¡Cualquiera los entiende a estos prestidigitadores de palabras, que hacen de un adjetivo una verdad, y de una bella frase una filosofía!... A Dante se le olvidó tal vez un círculo en donde jadearan, condenados a echar cimientos en el aire, los especiosos arquitectómanos de teorías, que habiendo podido concretar su espíritu en un «cuantum» generoso de emotivi-

dad viviente, pasaron su mejor vida entre el por qué y el cómo, haciendo equilibrios sobre el vórtice de la ciencia, en un alambre quimérico...

Me afirmo en que no hemos adelantado un paso en materia de producir y de apreciar la Belleza, desde que el mundo es redondo... Todos aman lo noble, lo grande, lo fuerte de la antigüedad, y Homero y Anacreonte, Píndaro e Isaías, Kalidasa y Ossian, con ser tan diversos, jamás podrán ser negados, a pesar de los múltiples gustos que en materia de uniformar el pensamiento existen, según las razas y las sugestiones del ambiente. Y no es esto sólo, sino que en la actualidad muchos prefieren los moldes puramente clásicos de las desnudas épocas fraternales;—la palabra ingenua, húmeda de luz, caliente todavía, recién salida del molde, vecina de la emoción como un eco, sencilla, tierna, trémula de rocío, olorosa y acre como una planta que humea al ser removida; el grito espontáneo que es acción refleja, la frase sin remilgos, la postura natural de Cibeles, el encanto eglógico del cuadro que sonríe y llora con la mañana, la sintaxis precisa, el lenguaje sobrio y hasta modesto—al arsenal retórico de estos tiempos, a su léxico exuberante y peinado, a la «pose» diplomática de la frase, a la bruma nórdica de la sensación evaporada en imprecisos vocabularios, a la opulencia fatigosa y al arreo iridiscente de su lenguaje selecto. Todo parece indicar que el espíritu desengañado de aventuras manchegas

por los vericuetos del Ideal, vuélvese triste y nostálgico, hacia las lontananzas de la Hélade, suspirando por la Hipocrene sonora de linfas grácilles, transparentes y curvas, como los versos de Eurípides y como los sueños de Fidias, orquestados en blancos Acrópolis.

Se delira por una reacción al método milenario, a las fuentes primitivas de nuestros sabios maestros greco-latinos, y, últimamente, grandes poetas han escrito según los moldes arcaicos, incitando a una saludable reacción de estética.

Esto nos conduce a la siguiente interesantísima cuestión, que forma, según creo, la médula cogitacional de mi temerario opúsculo:—¿Por qué, pues, si el espíritu evoluciona en sus más altas especulaciones; por qué si nuestras facultades superiores—según la ciencia positiva—crecen, sin cesar, y varían al complicarse, apartándose más y más del punto de partida, lo cual implica ya una diferenciación interna y por consiguiente un adelanto estable; cómo es que habiéndose desarrollado nuestros sentidos notoriamente, de treinta siglos a la fecha—como lo aseguran los más notables antropologistas y filósofos de las modernas escuelas alemana y escocesa—y complicado y reintegrado sin excepción, todas nuestras funciones psíquicas, cuyos aparatos nerviosos difieren y se producen con gran ventaja sobre los del hombre antiguo—cómo, pues, no se ha resuelto en un tipo fijo y más alto de apreciación y de cultura, el sentido de la Belleza, habiéndose quedado

estacionario, como indiferente, en medio del progreso de todos los demás órganos?... (1)

Tendremos que volver a Platón, al idealismo puro, al oráculo recóndito de la pre-conciencia, a las especulaciones místicas sobre lo Bello; convenir en que este abstracto, anterior a toda experiencia psicológica, es un recuerdo de Dios, superviviente y sellado en nuestros espíritus, el que no puede, por lo tanto, variar, ni desvirtuarse, libre de toda acción de Naturaleza; será preciso remontarnos al cándido espiritualismo «a priori» de los caminos azules, desechando toda idea de progresión, de sensibilidad, a ese respecto, que explique su concepción emotiva, y afirmamos en que el concepto de armonía, de pura Belleza, procede de un ojo invariable, eternamente abierto hacia Dios, Suprema Causa y Belleza en sí mismo. ¿Tendremos que creer que no habrá ni más ni menos Belleza que la que hubo siempre, para el espíritu humano; que éste no la verá nunca dis-

(1) Porque es indudable que los centros de juicio, de compenetrabilidad, de abstracción y correlación, de amplitud, de síntesis, de memoria, toda la máquina de raciocinio, todo el tejido celular, ha ido creciendo por aluviones inteligentes, y de ahí el progreso teórico y práctico del género humano, la prodigiosa inventiva, la capacidad sintética, el poder remoto de abstraerse, y la fuerza de inducción a que se ha llegado. De igual manera, en cuanto al progreso de los sentidos, podría citar un sin número de ejemplos y de testimonios en la materia, probando que nuestros sentidos de hoy son muy superiores a los del hombre de hace veinticinco siglos. Los griegos de la época de Homero no veían ciertos colores, ni oían ciertas notas que el más rudo de los bípedos civilizados distingue, sin mayor esfuerzo. Esto a un lado, pienso que el gran Arte no depende únicamente de la imaginación, de un sentido parricular de Belleza, sino que está ligado en sus raíces alimenticias a facultades superiores del espíritu como reflexión, síntesis, discernimiento y amplitud, y por eso, a mi juicio, su mayor o menor intensidad y vida.

tinta en esencia, ni la sentirá de otro modo, que es un relativo absoluto de un Absoluto Perfecto; que no depende de un sentido corporal sujeto a desarrollos y reacciones psicoorgánicas, sino de un principio inmutable y perenne: el alma; ya que si dependiera de un sentido al variar el agente variaría el fenómeno?... ¿Admitiremos, como razón filosófica, que la Belleza es un prefijado de orden sobrenatural, unigénita y divina en sí; un sentido metafísico como el sentido de Dios, según Descartes, que se resuelve en espontaneidad consciente al ser provocado?

¡Misterio!... El espíritu se cruza de brazos e inclina como Hamlet la frente llena de noche...

Lo que parece innegable es que se la comprende y hasta se la adivina, en sus mil oscilaciones e inquietudes, a través de los ropajes más complicados del estilo—esta moda de las literaturas (1)—y de que allí donde la hay, aunque se la atormente, se oye como una voz que dice: adoradme, estoy prisionera, estoy pintada, estoy mal vestida, pero soy yo: adoradme!

---

(1) Me refiero únicamente al estilo de la letra. Y a propósito, ¿el estilo, es una moda, es algo pasajero, es lo que viste y resalta por sí solo, llevando en triunfo al pensamiento, por la página, como un bello traje a una mujer, o como dicen los alemanes: lo más intenso del espíritu, lo invariable, la idea que corre en toda su fuerza natural, arrastrando la palabra como un juguete?... He aquí otro punto interesantísimo sobre el que nadie está de acuerdo ni ha reparado como se debe. Para hablar con propiedad filosófica, débense distinguir en mi concepto, dos estilos dentro de uno mismo, el de la palabra y el del pensamiento, como hay dos cosas en una: la natural y la artística, y dos hombres, el fisiológico y el psíquico. Quererlos separar para hacer escuelas es, desde luego, rebajarlos puerilmente. El primero sin el segundo es muerto; el

Escuelas son palabras. Belleza es eternidad. Para vivir se necesita vivir realmente y no explicarnos qué cosa es la vida. Tal en arte.

¿De las polémicas de los filósofos y de las «mise en scéne» de los flamantes programistas de Estética, qué es lo que nos ha quedado? No son sus paradojas, sus exégesis, sus pintorescas burbujas vanas, ni sus catecismos alambicados, sino algunas bellas páginas en que nos expresan con lealtad su emoción y su pensamiento, en el grado más culminante y a veces modestamente. Lo que vive es lo que hace vivir, lo que impresiona; es la aguja imantada que nos hiere sin decirnos «cómo», y no el hornillo teúrgico del alquimista, donde se cuecen ímprobas hipótesis, que ahuma nuestro pensamiento y lo entorpece en calenturas agrias.

Virgilio, Petrarca, Shakespeare y Cervantes, genios tan diversos, no se preocuparon mayormente, al es-

---

segundo sin el primero es nonato: uno por incapacidad, otro por deformidad. Vemos en la literatura de los genios, como esos estilos se unen y se confunden, repartiéndose en el mismo grado de potencia y vibración. Pienso que el triunfo de un verdadero estilo está precisamente en una compenetrabilidad hermética y sin esfuerzo de los que llamaremos sub-estilos, palabra y concepto. El pensamiento, que es fuerza activa, debe tomar su parte de gracia al encarnarse en el vocablo para gustar sin violencia,—el vocablo, que es gracia pasiva, su parte de fuerza, para vivir sin humillación. Es una duplicidad armónica y semejante; trátase de que la idea tome inmediatamente la forma del vocablo, como un perisprit la forma del cuerpo donde mora, confundida en él y fraternizando hasta parecer tangible; y a su vez de que la palabra se imprima en el pensamiento y entre en él, de un modo ágil, ni más ni menos que como en un molde preciso y pulcro la cera caliente. El gran estilo es el que brilla y corre, como un agua primaveril, espejo moviente de sombras movientes y vivas que erran por la página y se hunden en ella, cual pececillos traslucidos, color del cristal...

grimir la pluma, de dónde procedía lo Bello, ni cuál era su objetivo, ni en qué consistía, ni en virtud de qué ley intrínseca se produce; no nos llenaron trabajosamente de reclamos de farmacia milagrosa; la estética estaba en ellos; ellos la sentían según su espíritu y la condensaban en vibraciones naturales; el vocablo, el modismo, la métrica, el color, la música, la forma, expresaron simplemente el fondo, confundiéndose con él, en una dulce amistad; fueron como la sombra sincera que proyecta el cuerpo herido por la luz desde lo alto y que se estremece junto con su amigo.

Tampoco el interés, la religión, ni la moral—simples accidentes o circunstancias de la obra—rebasan una época y, por consecuencia, no subsisten una vez eliminados dichos elementos subalternos por otros de su especie, o trasplantados a distintos países, en que prevalecen diversas costumbres. Isaías, judío, Sófocles, pagano, Hafiz, musulmán, Milton, protestante, Voltaire, escéptico, Goethe, indiferente, Chateaubriand, católico, Baudelaire, blasfemo, se veneran en el mismo santuario de Inmortalidad, con independencia absoluta de su credo o de su ateísmo. Y es que las religiones desaparecen o el interés que ellas nos inspiran, dejándonos únicamente la herencia de genio artístico que consiguieron reunir, a su paso por el espíritu. Así, la Venus de Milo, Minerva, Juno, los templos de Jonia, la mitología egipcia con sus bajo-relieves, sarcófagos, pirámides y obeliscos, los monumentos indús, la arquitectura

y la estatuaria de la antigüedad creyente, en todas las sociedades. Así también un Olimpo desnudo y un cristianismo carnal que viven fraternalmente en el Museo del Vaticano, a despecho de los fanatismos verdugos de las religiones que los engendraron: Satanás en casa de Cristo; Venus confidente de María; las vírgenes en dulce paz con las Bacantes; el vino de Saturno con la sangre del Gólgota: Milagro del Arte, derrota de Dios!

Idéntica cosa en cuanto a moral, interés, política, simbolismo. Nadie venera la Ilíada porque Homero templó con ella el alma de la Grecia, ni agradece a Theócrito y a Bión, que alentaran con sus églogas la ganadería, ni a Camoens, el haber inspirado la fiebre de las conquistas; no se adora a Miguel de Cervantes porque fustigó las supersticiones de la caballería andariega, ni a Molière porque rió de los hipócritas y de los impostores de la Ciencia, ni a Shakespeare porque dió el antídoto profundo de las pasiones, desnudando en su teatro tenebroso humanidades calientes.

Tampoco han sido execrados Anacreonte y Apuleyo—reidores de la orgía—por el furor afrodisíaco de sus Musas borrachas. Ni el crítico, ni el lector, enagenados por el encanto audaz que los enerva, piden cuenta a Horacio, el epicúreo sátiro de Roma; a Propercio, Cátulo y Ovidio, cantáridas de oro del rito esencial; a Saint Evremond, Bocaccio, Moore, Quevedo, Hamilton, pájaros burlones del jardín púrpura de Afrodita; al cínico Rabelais, cerdo galante;

a Byron, Shelley, Senancourt, Swimburne, de Nerval, Heine, Beaudelaire, Musset y los modernos carnívoros del París babilónico, de sus delirios y de sus blasfemias, los cuales, por otra parte, son un delicioso manjar de escándalo, que nadie rehusa a solas... o en compañía de Lucifer...

Sólo exigimos de ellos, y en esto opino contra Guyau, Max Nordau, Brunetière y Menéndez Pelayo, que nos sacudan, que nos emocionen, agradablemente o terriblemente, de un modo triste, alegre, mórbido, macabro, depresivo o vital, que lo mismo importa, pero siempre intenso, siempre poderoso; que nos sugieran estados de conciencia, ya reales, ya imposibles, ya vagos, simpáticos o refractarios al todo social, salubres o perversos, turbulentos o apacibles, que nos enaltezcan o nos debiliten, que nos alucinen o nos repugnen, pero siempre de tal manera, que una realidad parezca resucitar dentro de nosotros al ser evocada por el númen feérico, y que vivamos, un instante, violentamente, el capricho o la voluntad del libro que nos señorea.

Pienso que la moral en Arte es sólo un punto de vista, así como la simpatía es sólo un convencionalismo más o menos adaptable a la organización de la sociedad, o de cualquiera de sus grupos.

El arte no está obligado a ser cátedra evangélica, ni debe degenerar en eje de conducta de los hombres, perdiendo, por una solidaridad ajena a sus propios atributos, la soberanía de su fuerza libérrima de señor de todos los tiempos, de todas las razas, de

todos los espíritus y de todas las civilizaciones. La Belleza es por sí sola y se produce sin condición. Los griegos jamás nos la pintaron exclusivamente casta, generosa, cabal, plausible, sino con todos los atributos simpáticos o anti-sociales, positivos o negativos, ergotistas o colectivistas, útiles o deletéreos, con toda la gama del gesto humano y hasta fabuloso, pero, siempre revestida de una majestad suprema que es por sí propia una ley, una emoción y una vida orquestal. Dado que lo bello no es lo útil, que subsiste independientemente de aquel atributo, ¿por qué exigir al Arte una utilidad social o doctrinaria que repugna a su naturaleza íntima; a qué obligarle a diluir a la plena luz de la vida, en el palenque de la lucha humana, el elemento de sueño y de imposible de que se compone en alto grado, y en el que se ha mecido ingenuamente, desde que nació? La hermosura, fuera de la Etica: tal es el ideal. Libremos al Arte de toda conducta, del pesado arreo de los atavismos. Nadie pregunta a Safo: ¿sois hetaira? y a Teresa de Jesús: ¿sois santa? y a Corina: ¿sois marimacho? y a Rachilde: ¿sois demonio? Nos gustan y nos penetran: eso es todo, y eso nos basta. Por eso viven. Por eso vivirán. Mismo, lo feo, lo repugnante (juzgados como inmoralidades de las cosas en la escolástica de Alejandría), lo trivial, lo horrible y hasta lo absurdo, fuertemente sugestivos, constituyen a veces los elementos de la Belleza en la obra de arte, y agradan en un conjunto armónico a fuerza de repelernos por separado.

Se trata, ni más ni menos, que de una trasmutación superior, de una solución de antítesis, en vista de un esfuerzo absoluto del genio, que todo lo puede y todo lo doma a su antojo anormal, imantándolo de su virtud rediviva.

En la naturaleza existe en gran parte el elemento de fealdad o desagradable: noche, borrasca, invierno, aridez, constituyen los elementos negativos de uno de los hemisferios del mundo Armonía, que encierran en sí su entidad de emoción y se resuelven en Belleza suma al combinarse con los positivos del polo contrario: así la noche y el día nos dan la aurora al besarse, triunfo magnífico del color—y entre el invierno y el verano, tiende un puente de rosas la primavera: maravilla del perfume y de la poesía. Veamos también según esto, como a imagen del genio—foco de creación espontánea, que todo lo transforma con su chispa inédita—un simple rayo de sol puede, en cualquier circunstancia, tornar un cielo caótico de frías nubes, descolorido y sin expresión, en campo de panoramas sublimes, opulento de gracia y de relieve.

Y para concluir con la moral en la literatura: ¿quién habrá que desaire a Schiller, condenando «Los Bandidos» porque estos titanes de la paradoja, incitaron a la vida salvaje, fuera de los códigos; ni tampoco quién blasfemará de Goethe, leyendo a Werther, por la epidemia de suicidios a que dió lugar su éxito en las almas hiperestésicas, enfermas de amor?...

Lo que hay de cierto, después de todo, es que lo único que perdura en la obra varonil, no es la técnica, no es el estilo, la palabra, el género, la orquestación, el cronos, la geometría, la mayor riqueza o simplicidad, la transparencia ni la bruma, y menos las definiciones harto inocentes de sus propios autores y de los escolásticos que las explican, con apostólica gravedumbre, a la posteridad; sino lo que escapa muchas veces a la red de la palabra misma y persiste en contra y a pesar de'la; es ese flúido familiar que nos impresiona, esa substancia imponderable que nos toca, estremeciéndonos, al simpatizar con nuestra misma substancia; es ese «algo» resistente al tiempo, a la censura y a la volubilidad de las modas artísticas, como un metal milagroso, moldeado en un conjunto de cosas simples y a la vez complejas, que grita, como Memnón en la obra del genio: ¡soy lo que vos anhelabais y lo que buscan todos: doblad la rodilla!

DISCURSO EN ELOGIO DE ALCIDES DE MARIA

Discurso en elogio de Alcides De María (1)

Señores: En nombre de un grupo excelso de paladines de la Ciencia y de sensitivos del Arte, que aspiran el aire hermano de la gran Ciudad del Sur: médicos y poetas, periodistas y dramaturgos—de esa pléyade ilustre de ciudadanos de la gran patria del Pensamiento,—de esa gran patria humana, sin código y sin fronteras, que limita con Dios, a orillas de lo Inaccesible y en la márgen de la Eternidad,—en nombre de todos esos Condecorados del Númen erudito, en cuyas frentes adelantadas—proras del Futuro—Minerva ciñó el conspicuo arrayán verde y en cuyos corazones sonoros, Polymnia afinó el del-

(1) Discurso pronunciado por el eximio poeta en el Cementerio del Buceo, en el acto de colocar la lápida conmemorativa que los amigos y discípulos del trovador muerto le dedicaron en el primer aniversario de su muerte.

gado alambre lírico del Sentimiento,—saludo al recuerdo del viejo león patricio de melenas gauchas, Alcides de María; al abuelo agreste de las veladas pintorescas de nuestras viviendas criollas, al pié de nuestros ombúes nativos y en torno de los hogares campesinos, encendidos con leña de mataojo y de espinillo,—al rapsoda ingénuo de la Epica vagabunda y bravía, erizada de tacuaras y de uñas de gato, de pitas y de macachines, de abrojos charrúas y de espinas de tala; de la epopeya ecuestre del facón y del trabuco, del poncho patrio y de la media luna, de lanza matrera y boleadoras indias; saludo al Homero criollo de nuestra Odisea desmelenada; de nuestra Odisea con labios púrpuras de margarita y mejillas de aterciopelado laurel-rosa; de nuestra Odisea china, vestida de percal y de zarazas—limpia y almidonada—de larga trenza recogida en gráciles moños multicolores y frisada con claveles de llama y con cedrones de los jardines,—de nuestra Odisea casi romántica—asomada el Domingo a la puerta del rancho de adobe y reclinada—bajo el crepúsculo—en la tranquera de ñandubay, en espera del prometido, que sueña... de nuestra Odisea con perfumes de trébol y de aroma, de menta y de toronjil, de hierba buena y de cedrón; Saludo, señores, al recuerdo familiar de nuestro Bión campuso de la guitarra florida, con cinta celeste y roja, filigranas de nácar, de la guitarra solariega de las citas en la media noche y de las rondas en la pulpería, de las serenatas al claro de luna, de los pericones y de los

malambos; de la vieja guitarra andariega y bohemia de las versadas en contrapunto y de las cifras quejumbrosas, bajo el alero; de la zumbona vihuela del pago, que es la lira de nuestro Olimpo y la ronca cigarra de nuestra Arcadia cimarrona,—saludo al bardo de las sabrosas Bucólicas a la intemperie, en el mimo madrugador de nuestros campos, de las bucólicas del churrasco gordo y de los chicharrones dorados, de las tortas fritas y de las empanadas de fruta, del mate amargo y de la suculenta mazamorra; de las bucólicas pampeanas, vividas fraternalmente sobre cabezas de vaca o en cuclillas alrededor de las brasas, entre las faenas heráclitas del «rodeo» y en los puestos de invernada, en las trillas canarias y en las siegas bíblicas, en los bailes rusticanos y en los velorios lenguaraces, en las «tabas» y en los «con cueros» en las carpas de la guerra montera y en el aleluya siniestro de los «vivacs»...

Saludo al Mosco de las Bucólicas genuinas, al chisporroteo doméstico del «Fogón», al son del chillido monótono de las pavas y del glu-glu de la olla rezongona en la vieja cocina hospitalaria, ennegrecida por los candiles de sebo y por los rajos de coronilla seca y de chal-chal.

Saludo al recuerdo grato del Cantor, por excelencia, de nuestra Egloga sentimental, saturada de sulfuros de siembra y de yodos marinos, de la Egloga curtida de sol y de salitres, en el abanicazo de los Pamperos salvajes; de la Egloga de ojos verdes como

nuestros bosques y nuestros esteros;—que se despereza desnuda en las márgenes de los ríos paternos y sonríe al éxtasis de nuestro cielo de Niza, bajo la barba israelita de los sauces; saludo al Virgilida de las pastoriles hirsutas, de chiripá cribado y nazarenas estridentes, de las pastorales retozonas y locuaces, que cabalgan el potro legendario de Fausto y de Santos Vega, con rutilante apero chapeado en oro, desplegando blondas y encajes al ritmo brioso de un escarceo!

Nadie como Alcides de María, intensificó las notas del ambiente, penetró con más gallarda agilidad en la psique de la raza amazona, esculpió el relieve psicológico del aborigen caballeresco, animó los perfiles, los lineamientos, el plasma aventurero, y los claro-obscuros de su idiosincrasia tumultuosa, la periferia rural y la lealtad en el fondo de su espíritu inconsútil, vagamente idealista, y apasionado de la Libertad.

Nadie como él moldeó el escorzo romántico de su bizarra hidalguía y de su empuje pelasgo, en el dibujo rígido de su varona salud de Teseo y en el gesto primario de su aurora étnica, semejante al de aquellos bandidos hidalgos a quienes Schiller dió vida imperecedera en los bajo-relieves del Poema inaudito. Por eso vive, por eso vivirá, como una síntesis, como una personificación, como un emblema, como el mito áspero de una primavera bárbara y de un idilio ancestral, en el friso ecuménico de la Gloria.

El «caló» travieso y móvil del morador de nuestras campañas, los proverbios de Sancho socarrón, la agudeza retozona de su verba, el indómito centelleo de su energía pasionaria,—su amor al juego y a la guerra—las asperezas y los caprichos,—todos esos mil tonos intermedios y suspensivos de la placa sensible, de su gama interna, la maraña de sus quimeras y de sus ensueños, las hipertrofias de su orgullo y de su misioneísmo sacerdotal, las modalidades de su «yo» inculto y supersticioso, sus intuiciones comprensivas, su brillo dialéctico y su despejo representativo,—todo eso cantó el Maestro perfecto, haciendo sollozar la bordona de las nostalgias nativas en los «cielos» elegíacos de sus trovas y reir—como gnomos funambulescos, como duendes del Decamerón criollo—las agudas «primas» de su regocijo, en vibrantes décimas de gayo decir gaucho, inagotables de humor bufo y de sabor rural, salpimentadas de intención y de virtud festiva, espumantes y ligeras como el moscatel latino de Juvenal y de Bocaccio, de Quevedo y de Saint Evremond.

Claro y sencillo, rico y cambiante—maleable y preciso, pictórico y musical—siempre sutil y mordaz—poseía la «escabrosa facilidad del engarce cómodo y de la expresión ingenua, que traduce por acción refleja los gritos del alma, vecinos del eco cándido y del balbuceo infantil, empapados en el bautismo de la emoción, como en un rocío luminoso del Amanecer, al primer estremecimiento de la Naturaleza, en el gorjeo de una sonrisa...

El conoció como nadie la teatralidad de los «rancheros» y sus atavismos antropológicos; él se aventuró en las picadas más tortuosas de su ideología y en los mil laberintos de su conciencia acometiva.

El precisó los medios tonos etnológicos; él destacó las vagas tintas subjetivas; él individualizó los detalles lugareños y los episodios característicos y los pruritos remotos; él puntualizó los aspectos interesantes; él subrayó todas las faces del «documento humano», los grados emocionales del pentágrama impresionista; él barajó como ninguno los neologismos de alma retrospectiva y huraña. La menagería arqueológica de los resabios y de las rutinas; toda la batería remorosa de los bagajes y de las vituallas; el diccionario bozal de los substantivos y de los retruécanos, la zandunga de las moralejas requintonas y de las máximas agro-pecuarias; la jerigonza refractaria y los bizcos calembures, la onomatepeya selvática de las interjecciones, que se «componen el pecho» y emergen la cadera guasa; todo lo sabía, todo le era familiar. De ahí la paleta prodigiosa de sus «aguas fuertes» y de sus «óleos verdes», el caldo único, el «cachet» comadrero de su léxico; el zumo substancioso de las notas charras; de ahí la propiedad imitativa, la estereotipia gráfica, el garbo paisano, la jovialidad caprípede, la prosopopeya arcáica, el «requesón» sabroso de sus pláticas, espolvoreadas con la harina de Polichinela y con el pica-pica, sin veneno y sin intención de las

almas que ríen, que la Virtud es alegre, como lo dijo San Agustín.

El adoró a Cibeles, él auscultó los latidos del corazón del mundo; él arrugó su frente sonámbula entre la hierba húmeda del Panteísmo; él se dió un baño beato de ingenuidad,—que abre sus ojos en flor y ordeña la leche sagrada de la buena Neith,—él se desnudó por dentro; él empezó a vivir a cada instante; él fué niño un minuto, para ser un hombre una eternidad!

El precisó y dió contorno de realidad demotiva; él vació en el molde escrito de su Arte simple, la nebulosa transitoria de un momento histórico y de una etapa social, la leyenda perínclita de una raza de Centauros, que se esfuma para jamás en el Crepúsculo de las transfusiones biológicas y de las confluencias extrañas de sangres nuevas, en la integración del tipo definitivo que sucederá al embrión pretérito.

El movimentó las olimpiadas gauchas en las metopas del clasicismo regional, del cual como Pousckine en Rusia, Sträuss en Hungría, Mistral en la Provenza, Cirano en la Gascuña, Klosptock en Alemania, Hafiz en Persia, y Syenkiewicz en Polonia,—él es el Profeta sumo, él es el ayo solariego, él es el muezin campechano de la mezquita tradicional, en la hora poética del ostracismo, y a la evocación retrospectiva de su cencerro jovial,—las viejas costumbres se actualizan, el encanto analfabeto llora saudades imposibles,—cacarea el reñidero, redoblan

las pencas, bufan las yerras inquisidoras, y las domas pentesilcanas, roncan los trucos refraneros y las esquilas patriarcales sueñan baladas de la Escritura.

Con el mismo garbo objetivo con que ginetea y escarcea, resopla, se encabrita, piafa, se balancea, blande la forma rítmica,—en la descripción su estilo, caracolea, relincha de vigor, atropella de audacia, humea en el vértigo, rebota y chispea en el pedernal del adjetivo, espumea rosas del freno y suda sangre de la pluma y arde en cantáridas de sol, entre nubes de polvo olímpico.

Y fué sencillo,—sin embargo—como debió serlo para ser sincero, para no turbar con especiosidades de compostura, el agua virgen de la «cachimba» serrana, que filtra en el alambique de las piedras azules del fondo, que fluye límpida en el cristal de sus versos, y que se brinda a los corazones «que se levantan antes del día» en la obertura sagrada del mundo niño que recién despierta, al primer gesto atónito de los seres, y en la placidez inédita de la primer sonrisa, en la mañana de las cosas.

¡Oh lo simple genial! ¡Oh lo simple imperecedero! Yo lo admiro no por ser lo simple sino por ser lo genial, por ser la expresión de lo más hondo, de lo más remoto y de lo más obscuro, como el rayo del lucero es la expresión de la distancia y de la Inmensidad misteriosa! Lo claro es lo obscuro. Lo simple es lo complejo. En el fondo del diamante está la noche del carbón y más allá el sol formidable

con el día plutónico de sus entrañas incandescentes.

¡Cuánto suda el alma para una expresión! Y una expresión es a veces toda el alma, toda la vida, un viaje a través de todos los dolores, de todas las embriagueces, de todos los círculos de la filosofía, de todos los universos de la conciencia.

Lo simple,—en las grandes literaturas,—lejos de ser lo trivial y lo fácil, es lo complejo simplificado, es la cristalización de la noche en síntesis luminosas. Tal como sueña un filósofo: Es la fina gota de agua que cae de la nube y que ha tenido necesidad para formarse, de todas las profundidades del cielo y del Océano.

Así en los ranchos más recónditos del Uruguay y de la pampa Argentina, se recuerda su nombre de Poeta y todos cantan sus décimas melodiosas más dulces que el burucuyá del monte y que las salutíferas lechiguanas, lo que prueba cuanto es amado y comprendido, por aquellos mismos que las inspiraron.

Yo también,—sacerdote del Templo imperecedero de la humanidad que sueña, del más espiritual y gallardo de los templos, del único, inconmovible y augusto, de las Cien Torres en éxtasis y de las mil ventanas en espectativa,—cuyo reloj marca la hora azul de la Inmortalidad y cuyas campanas trascendentales repercuten hasta las estrellas,—yo también rezo mi responso lírico de homenaje en gloria y gracia por un Hermano invisible, que no se ha ido, que no se podría ir, que no se irá jamás de nuestro

lado,—que vive y perdurará y está presente y consubstanciado en nosotros mismos, que nos mira con el ojo obsesionante y abismáticamente hipnótico desde el fondo de nuestras almas, que es el eco de nuestras reminiscencias y la sombra de nuestra vida pasada; cuyo aliento tibio nos quema el rostro, desde las páginas de sus libros bien suyos—como el flúido de una casa que fué habitada por un sér querido, al desplegar las puertas para entrar en ella;—cuya substancia íntima, cuya esencia inmortal—en flores de arte y en efluvios de honda supervivencia, —satura y electriza la receptividad de nuestro mundo interno,—porque, señores, nuestras formas de arte, nuestros sudores de luz, nuestros poemas sacros, los pensamientos, los vocablos, las sílabas, los borrones, las cosas más insignificantes, el papel que ha mordido vuestra pluma en la fiebre inspirada del Vértigo,—las reliquias sanguinolentas de nuestro Calvario,—todo eso es más que un molde rígido, que un símbolo convencional, que un rito estético, que un enser piadoso, que una creación autónoma y materialista,—sin más gesto, ni más espíritu, ni más entidad consciente, que el significado cerebral que le infundió aliento de Arte y la emoción que evoca al señorear las multitudes anónimas, en el comercio interpretativo de los ambientes. Esos poemas, esos mármoles, esos sueños corporizados en plenitudes eurítmicas,—ese patrimonio viviente del pensamiento y de la sensibilidad—tienen una vida, un corazón, una voluntad, un alma propia,—miran, sien-

ten, interrogan, piensan, escuchan,—y ese yo, y esa volición, y ese espíritu, y ese cuerpo fluídico,—fué formado, fué engendrado por nuestra vida, por nuestro amor hacia ellos,—bajo un relámpago de milagro, en la vorágine morbosa del fuero interno, con el ansia casi mística de lo Desconocido, en el beso espasmódico del Númen explorador, ebrio de Multiformidad y de Belleza, a la Musa esquiva de lo Increado, que niega el vaso de agua reparadora al sitibundo Tántalo que allega el labio enjuto...

¡Oh, sí, señores;—os lo aseguro,—esos versos, esas melodías, esos signos que gesticulan, suspiran, retozan y ríen o lloran o bailan—somos nosotros mismos, son nuestras propias almas sub-divididas en otras almas minúsculas, que reflejan el mismo sentimiento y el mismo carácter,—semejantes en un todo al alma generadora,—como los millares de trozos rutilantes de un espejo, son otros tantos espejos, —hijos, substancia, cualidad y vida, del cristal que se dió en pedazos al estrellarse para animarse en otros espejos!

Ley suprema—señores—de solidaridad incontrastable, corolario armónico de sana filosofía, evangelio divino de altruismo y de amor cristiano,—por la que en virtud de póstumas transmigraciones y ensambladuras íntimas,—los seres y los espíritus, las vibraciones y los perfumes y las cosas y los flúidos —se unen, se compenetran y se precisan—a través de la Vida y de la Muerte;—ley que vincula las almas a las almas, que modela el pensamiento de to-

dos con el pensamiento de uno y que integra el pensamiento de uno con el pensamiento de todos.—Ley de correspondencia y de mutua eufonía, de espiritualización pitagórica y de gravitación molecular. Platón completado por Newton. El cerebro ratificado por el Astro. El Evangelio y la Astronomía. El corazón y la Ciencia. Los números y las lágrimas. Las matemáticas y los versos. El alma y la fuerza. La moral y la física. El amor y la Inmortalidad. Y Dios en el centro de todo.

Así—como entre las almas—la substancia cósmica de un planeta es atraída y se agrega a la de todos los demás núcleos astrales, en imantaciones amorosas de Vida recíproca y de Dinámica creadora.

Por eso es que todo sigue viviendo. Y todos resucitamos apenas morimos—en la continuidad del afecto, de la integración hermética del flúido vital, por el vínculo fecundo del pretérito, que es el presente y que será el porvenir, por las afinidades correlativas de los caracteres, por la segregación de fuerzas biológicas y por el intercambio vivo de emanaciones sub-conscientes, que permanecen obscuras y escapan a nuestros sentidos,—por la herencia de Arte, imantada de subjetividad y de santo amor, que es la prolongación de nuestra esencia activa,—y quién sabe, señores, si por una colaboración invisible de ultra-tumba, en la luminosidad integral del espíritu—por la vibración sujerente del Pensamiento, en la suprema convivencia íntima de la personalidad abstractiva.

Así en presencia luminosa de vuestra gran alma que preside esta asamblea, ¡oh Poeta bueno! sabed, que como blasón emblemático de su prestigio, Teócrito evoca grillos, Silvanos Anacreonte, buitres Esquilo, sátiros Horacio, corderos Virgilio, palomas blancas Petrarca, águilas Víctor Hugo, murciélagos Baudelaire, ibis Leconte de Lisle, cuervos Edgard Pöe, Gustavo Becker golondrinas, y ruiseñores Enrique Heine. Sobre vuestra lápida rememorativa cantarán los pájaros ariscos de la tierruca: los zorzales y las calandrias, las viudas y los chajás, los benteveos y los chingolos, los caranchos y los teru-teros, en extraño consorcio con las brisas de la sierra y con el pampero inaudito, en una tetralogía salvaje de apoteosis póstuma, bajo las cuatro lágrimas de la Cruz del Sur.

Señores; Espíritus inmortales:

He aquí que la sanción del Tiempo se adelanta por mi mano—en nombre de Apolo—y descorre este velo piadoso, como la noche sobre un astro: y amanece un nombre en la Historia: «Alcides De-María»!

He dicho.

FIN

INDICE

	Págs.
Advertencia preliminar	5
Julio Herrera Reissig	7
Los éxtasis de la montaña.—El despertar	45
El almuerzo	46
El alba	47
La vuelta de los campos	48
La huerta	49
Clarobscuro	50
La Iglesia	51
El cura	52
La llavera	53
La noche	54
La flauta	55
Las madres	56
El domingo	57
La granja	58
Otoño	59
El monasterio	60
La torre de las esfinges.—Tertulia lunática	63
Los parques abandonados.—El banco del suplicio	79
La estrella del destino	80
El camino de las lágrimas	81

Págs.

La gota amarga. 82
La sombra dolorosa. 83
La reconciliación. 84
Decoración heráldica. 85
La novicia. 86
Consagración. 87
El enojo. 88
La última carta. 89
El sauce. 90
La fuga. 91
Expiación. 92
Sepelio. 93
Amor sádico. 94
Color de sueño. 95
Las campanas solariegas.—La muerte del pastor. . . 99
El teatro de los humildes.—Los éxtasis de la montaña. 111
El dintel de la Vida. 112
Clarobscuro. 113
La procesión. 114
El burgo. 115
La casa de Dios. 116
El espejo. 117
Bostezo de luz. 118
El ama. 119
El entierro. 120
La cena. 121
Sonetos vascos.—El mayoral. 125
El jefe negro. 126
Tarascón. 127
El caudillo. 128
Las clépsidras.—Idealidad exótica. 131
Supervivencia. 132
Amazona. 133
Génesis. 134
El arpa y Dina. 135
Epitalamio ancestral. 136

Págs.

Misa bárbara. 137
Liturgia erótica. 138
Renunciación simbólica. 139
Oblación abracadabra. 140
El collar de Salambó. 141
Ojos grises. 143
Las lunas de oro.—Divagaciones románticas. 147
Poema violeta. 149
Ecos. — El sueño. 163
Eres todo!!. 164
Nirvana crepuscular. 165
Holocausto. 166
El beso. 167
Determinismo ideal. 168
La instrusa. 169
El juramento. 170
El crepúsculo del martirio. 171
Oleo brillante. 172
La liga. 173
Belén de amor. 174
Muerte blanca. 175
El juego. 176
La golondrina. 177
Las Pascuas del Tiempo.—I.—Su Majestad el Tiempo. 181
IV.—Recepción instrumental del gran políglota Orfeo. . 183
VII.—El canto de los meses. 187
Los maitines de la noche.—Desolación absurda. . . 197
Julio. 203
Octubre. 204
Esplín. 205
Las plagas. 209
Amor. 212
Los ojos negros de Julieta. 215
Les vierges au crépuscule. 229
El círculo de la muerte. 233

BINDING LIST NOV 15 1938

LS
H653p
358957
Author Herrera y Reissig, Julio
Title Paginas escogidas.
NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED